NOSOTROS

Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/nosotros_1915-04_18_72

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS

ARTE · HISTORIA · FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1.° DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI · ROBERTO F. GIUSTI

AÑO IX — TOMO XVIII

BUENOS AIRES

1915

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein
1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

AÑO IX ABRIL DE 1915 NÚM. 72

NOSOTROS

NUESTRA TERCERA ENCUESTA

LA GUERRA EUROPEA Y SUS CONSECUENCIAS

A las contestaciones a nuestra encuesta publicadas en los números anteriores (1), *agregamos en el presente otra serie de las hasta la fecha recibidas. No son todas, pues la falta de espacio nos impide darlas todas a luz en este número, como desearíamos. En el próximo, en el que cerraremos esta encuesta, irán las restantes, y las que recibamos hasta el día 20 de Mayo. Encarecemos a los señores colaboradores de la revista que han sido interrogados sobre las proposiciones de nuestra encuesta, la conveniencia de contestarlas antes de la fecha indicada: la importancia y el significado de este libre debate, al que han concurrido numerosos y prestigiosos publicistas, demandan la colaboración de todos los hombres de pensamiento del país, a fin de que ahora y mañana se conozca la opinión nacional, por boca de lo más representativo de ella, acerca de la tremenda conflagración y de sus probables consecuencias.*

(1) Véase en NOSOTROS, núm. 70, los fundamentos de la encuesta y las respuestas de los señores Augusto Bunge, Luis R. Gondra, Guido Anatolio Cartey, Juan Mas y Pi, Julio Molina y Vedia, Ernesto Mario Barreda, Clemente Onelli y Juan Torrendell; en el núm. 71 las respuestas de los señores Gregorio Uriarte, Clemente Ricci, Enrique Herrero Ducloux, Alberto Tena, R. Monner Sans, Emilio Becher, Alfredo López Prieto, José H. Rosendi y Vicente D. Sierra.

Del doctor Alfredo Colmo

Señores directores de NOSOTROS: Al regresar de mis vacaciones, me encuentro con la consulta de ustedes relativa a las posibles ulterioridades de la actual guerra europea, que me apresuro a satisfacer.

En verdad, apuntaré desde luego, que me seduce mucho más la procedencia que el contenido de la misma. No sé yo hasta qué punto es posible profetizar en estas cosas, como no sea dentro de una generalidad que resta no escaso interés al asunto. Pero, al fin y al cabo, la previsión — que es la característica esencial de toda ciencia — en materia social no es, en el fondo, menos natural que en cualquier otra disciplina. No hay sino diferencias de grado, por grandes que ellas puedan ser. De otra manera, no habría legislación ni gobierno concebibles, que no son otra cosa que carriles o potencialidades dinámicas para el futuro. Por lo demás, las estadísticas demuestran cuanto es dable prever, siquiera dentro de la indeterminación de los grandes totales, en asuntos sociológicos.

De ahí que no crea infundada la encuesta. Es ella bien legítima. Lo único malo que le hallo es lo excepcionalmente complejo del asunto. Predecir en tópicos sociales "normales", puede no resultar algo del otro mundo, particularmente si se trata de la fenomenología de un ambiente dado. Pero aventurarse en un hecho "anormal" y que atañe a la mayoría de la humanidad civilizada del viejo mundo, es arriesgarse demasiado, así por virtud del conjunto enorme de los factores de todo orden que en el caso intervienen, como por efecto de la carencia de términos de comparación que siquiera autoricen un simple razonamiento analógico.

Me decido, con todo, a evacuar la consulta, en homenaje a lo simpático de su fuente. Mas debo advertir que lo hago con bastante hesitación, por cuanto los antecedentes son de insuficiencia suma (causas de la guerra, países que intervendrán en la misma, etc.); y que me limitaré a dar mi opinión personal del momento, que bien puede no ser la que abrigue mañana, cuando pueda hallarme en posesión de datos que hoy me faltan.

Y comienzo con las consecuencias que la guerra pueda tener para la humanidad. Creo que no saldrán ellas de las comunes a

todas las guerras: un hecho complejo que se agregará a la respectiva historia; un nuevo retroceso en el ciclo del desenvolvimiento; un argumento más contra el recurso brutal de las armas y en favor del arbitraje internacional, y una nueva prueba de que el solidarismo de las naciones es tan conveniente como el análogo solidarismo en el seno de cada pueblo, a fin de que se comprenda que las miras y ambiciones "individuales" son fundadas y nobles en cuanto no comprometen la consistencia colectiva, pues sólo dentro de ésta es cómo y cuándo cabe la obra armónica que permite las expansiones de cada uno, bien fuera de agresividades y de enemistades que son el antídoto de cualquier actividad serena y sostenida.

En lo que toca a las ulterioridades respecto del mundo civilizado, sería pueril insistir acerca del rudo golpe que la ciencia, el arte, las finanzas, la industria, el comercio, la ética (jurídica y moral), etc., sufren con la guerra. Tampoco vale la pena apuntar lo utópico, lo remotamente utópico del pacifismo universal: la época militar y guerrera de la humanidad tiene arraigos demasiado intensos todavía, para que pueda hablarse de su sustitución por la época industrial y científica. De ahí que no crea en que del futuro tratado de paz haya de surgir ninguna Themis milagrera para la solución de las diferencias que el porvenir depare a la vida de los correspondientes estados.

Pero merece especial consideración otro aspecto del asunto. Me refiero al mentís que la guerra ha dado y está dando a ciertos criterios unilaterales que no quieren ver en el dinamismo humano otra cosa que factores económicos, que capital y trabajo, que políticas oligárquicas de minorías adineradas, etc. Convengo, por de pronto, en que el elemento económico ha intervenido en no poco con relación a cualquiera de los países en lucha, y hasta admito que con respecto a alguno de ellos ha sido el más importante de todos, al extremo de relegar a plano muy inferior a todos los restantes. Pero en general, no veo cómo podría sostenerse la tesis. Así, por ejemplo, en Francia ha habido, como determinante de fondo, una cuestión nacionalista, de raza y de "revanche", que ha ido alimentándose y madurándose durante más de cuarenta años, bien a costa de sangrías financieras de su tesoro (empréstitos para aliados, etc.). La comunidad de Alemania y Austria-Hungría tiene, por sobre todo, asideros de raza y de lengua, mucho más fuertes y persistentes que los re-

cuerdos opuestos de la guerra por una hegemonía política y económica que los habría separado; sin contar con que, de otro lado, hay una odiosidad asaz marcada entre los elementos étnicos de estos dos estados y el de Rusia, que es quien, a lo que parece, ha precipitado la contienda (esta vez por razones económicas de mucha importancia: la "penetración pacífica" de los teutones, que en hombres, en capitales, en industrias, en comercio, en ciencias, en vida universitaria, en lengua y hasta en costumbres, había hecho de la Rusia europea una como factoría de Alemania, de cuyo sojuzgamiento era indispensable librarse sin parar en medios). La claudicación de Italia, cohonestada, frente a todo un tratado de alianza, con un distingo curialesco, ha sido debida a sentimientos populares tan graves y decisivos como los que pueden nacer de ambiciones nacionalistas, de memorias acibaradas y de prejuicios de raza. La misma extraordinaria simpatía de que gozan los "aliados" en todos nuestros países, no es en el fondo sino una manifestación de esto último, sobre todo con relación a Francia, que ha sido nuestra gran educadora desde la escuela primaria hasta la postuniversitaria, que ha sido el ensueño de nuestras visitas al viejo mundo, que tiene reverberos de glorias (como las napoleónicas) que son una sugestión, etc.; al extremo de que no se pare mientes en la circunstancia de que al lado de ella forcejea un país cuyas tradiciones civilizadoras no son un modelo en el mundo, cuya moral política y administrativa es poco menos que un bochorno, cuyo pueblo vegeta en la clorosis de una pobreza económica y psicológica indigna de Europa; y al extremo de que no se piense en que con el triunfo de los aliados — que es lo más probable — este país pueda imponer condiciones y leyes a ese mundo civilizado, y pisotear la cultura germánica que con la francesa figura entre las primeras del mundo entero.

En lo que concierne a los mismos países en guerra — y prescindiendo de lo atingente a consecuencias dinásticas o geográficas, que ustedes han excluído con todo tino del cuestionario —, se tiene una prueba aun más concluyente de lo equivocado o estrecho de tales criterios, que no ven en el caso otra situación que la de la antinomia entre el capital y el trabajo, con preponderancia forzada de lo primero en detrimento de lo segundo. Es empequeñecer demasiado cosas que son de por sí grandes. Hay más, mucho más que capitales económicos en lucha; hay menos,

mucho menos que explotación de pobres en beneficio de ricos. Hay en la guerra una explosión colectiva y casi unánime de intereses de toda especie: políticos, financieros, culturales, psicológicos y étnicos. Lo acredita, me parece, la circunstancia de que no haya una voz discordante en el seno de los respectivos pueblos, en los cuales todas las fuerzas y propulsiones se han aunado con admirable energía, malgrado las prédicas, las odiosidades y las disensiones intestinas tan varias y hondas en cualquier medio que como los del supuesto se hallan en un período de transición, en grave lucha de un pasado que se resiste a desaparecer, contra un presente contradictorio que a nadie satisface, y contra un futuro que trabaja con el vigor de lo que es joven y está lleno de venturosas promesas. Los correspondientes ejércitos son modelos de disciplina, de unidad y de heroísmo. Y las ciencias, las artes, el comercio, la política y la misma religión, no cesan de auspiciar dentro de cada país la causa nacional, con los sacrificios más generosos y en una íntima identificación con el alma colectiva que vibra en un espasmo de la más vital trascendencia.

Por lo demás, y en lo que toca a las ulterioridades que para esos países en guerra pueda tener la conflagración, opino que fuera de las inherentes a la pérdida o a la anquílosis de energías (población, capitales, industrias, ciencia, arte, educación, moral, etc.) que toda guerra entraña, y que suponen luego una era reconstructiva a fin de colocar las cosas y personas en condiciones de realizar tarea positiva de adelanto y de mejora; creo en varias principales, que especificaré sin distinguir entre vencidos y vencedores, ya que en fin de cuentas tan vencidos, o acaso más, pueden resultar los unos como los otros. Ante todo, una mayor fusión de los elementos sociológicos (étnicos, políticos, solidarios, etc.), que actúan dentro de cada país, y una consiguiente intensificación del espíritu colectivo y del sentimiento nacionalista o pan...ista de los respectivos pueblos. Enseguida una mejor comprensión de lo que es ese espíritu y de lo que tal sentimiento entraña, en el sentido de que se cuidarán muy bien en el correspondiente tratado de paz de pretender anexiones territoriales que resulten nuevas Alsacias. La cultura acumulada en cada país no puede perderse, si se descarta el indicado estancamiento y los efectos de natural destrucción de los bombardeos: la cultura alemana, por ejemplo (y quiero colocarme en el más posible de los supuestos) forma parte integrante del pue-

blo y de la conciencia de los germánicos, como modalidad específica de los mismos; de ahí que para desaparecer hubiera que admitir el contrasentido de la desaparición de los teutones. Acaso quepa señalar otra consecuencia, que variará según los países y de conformidad con la fuerza vital de los respectivos agregados. Me refiero al tónico — y se lo diría paradojal — que representa una guerra, en cuanto acarrea una como floración de las propulsiones hasta entonces latentes, y que entraña un resurgimiento industrial, científico, etc. Me bastaría con citar el ejemplo de Alemania después de 1870: sus progresos han superado en 40 años a cualquier otro país, y aun en detrimento parcial de algunos como Inglaterra eran como los monopolizadores del comercio universal. Y sobraría con señalar el caso de la vencida Francia: su exposición de 1878, su auge financiero y su preponderancia cultural, han atestiguado lo vigoroso de una reacción que parece no necesitaba sino un motivo para exteriorizarse.

Y me detengo, pues que mi respuesta va siendo, contra mis deseos e intenciones, demasiado larga. En lo que respecta a los países americanos (excluyo a los Estados Unidos y al Canadá, por razones bien obvias), las consecuencias son malas y buenas. Entre las primeras figurarán: una relativa disminución de corriente inmigratoria, ya que los hombres hábiles para el trabajo no habrán de abundar en Europa y serán allí más necesarios que nunca; un fuerte retraimiento de los capitales que nos son indispensables para nuestras obras públicas, para nuestras deudas, para nuestras industrias y para solventar más de una locura de nuestro común desbarajuste financiero, por lo mismo que la sangría operada al respecto en el mismo viejo mundo localizará allí su ubicación hasta por razones de egoísmo; un atraso, por lo menos un compás de espera, en nuestra evolución cultural, concomitante con el estancamiento verificado en Europa, ya que nuestra cultura es, en principio, de importación y, a lo sumo, de imitación; un encarecimiento en la vida general, por virtud de dos circunstancias opuestas y por lo mismo concurrentes: la importación europea será escasa, lo que hará que el artículo tenga mucha demanda, máxime si se tiene en cuenta que los Estados Unidos y los países restantes del mundo no pueden suplir la deficiencia; y nuestra exportación será más y más fuerte, cabalmente porque se trata de productos de primera necesidad y porque en el viejo mundo se los tendrá en menor cantidad que antes

y se llegará a pagarlos, por lo relativamente escaso de las ofertas, a precios bien elevados, de donde se seguirá que el pueblo local tendrá que adquirirlos a igual precio, si, como es de preverse, dado lo excesivamente, lo ciegamente "proteccionista" de nuestra política comercial, no se dictan leyes que limiten la exportación en beneficio del pobre pueblo que produce el pan y que ya lo está pagando, desde hace largo rato, tan caro como el extranjero que nos lo compra a bien alto precio recargado de fletes dispendiosos, de intermediarios diversos y, si a mano viene, hasta de derechos aduaneros. Entre las buenas consecuencias cabe apuntar las siguientes: el aludido aumento de nuestra exportación y comercio, que redundará sobre todo en provecho de los industriales y ganaderos; la lección — que no sabremos utilizar como correspondería — de lo nefasto del argumento bélico, no ya en asuntos internos y civiles, donde es un simple crimen, sino en materia internacional; el imperio de un poco de cordura y de buen sentido, para tratar de aprovechar nuestras fuerzas propias en cosas financieras y culturales, ya que la mano o el ejemplo ajenos nos faltarán en buena medida. Lo que apena es que éstas no compensen, ni con mucho, a las primeras. Nuestros países habrán de sufrir, como todos los del mundo, con motivo de la guerra. Pero deben procurar encontrar en ello el tónico o el excitante de una adecuada reacción. La reacción es signo de virilidad. Y debemos confiar en que la arterioesclerosis no nos ha invadido todavía...

Las ulterioridades específicas que aguarden a nuestro propio país se contienen, en general, en una intensificación de las comunes que acabo de indicar. Como que es el país latinoamericano que más vínculos de todo orden mantiene con los del viejo mundo: su comercio internacional supera en conjunto al de 17 países hermanos, en los cuales no entran el Brasil, Chile, ni Cuba; su inmigración, el monto de sus capitales extranjeros, su comercio en libros, sus ferrocarriles, etc., que exceden, sin comparación posible, al de cualquier otro país de nuestro continente, son obra de Europa... ¿Qué puede importar que su exportación culmine en un enriquecimiento en dinero, si, aparte de no ser esto colectivo, su importación se reduce y encarece, su inmigración se limita a cantidades mínimas, sus capitales disponibles se estacionan, su crédito resulta casi inútil, su educación se paraliza y sus obras públicas aguardan un advenimiento que no es nada próximo? Por eso mismo, porque será el país que haya de sufrir

con mayor intensidad los efectos de la contienda, sus dirigentes y gobernantes deben utilizar al máximum nuestros propios recursos, desvelarse por la preocupación de la cosa pública, dar muestras de tino y previsión, y revelar un espíritu de altruísta sacrificio que prepare y sedimente la reacción que nos lleve adelante y bien en alto. La Argentina tiene algo de común con el tigre: tiene su indolencia, pero también tiene su salto... Y este empuje es prueba de vitalidad. De ahí que no quepa desesperar acerca de su suerte y de su porvenir. Ya sabremos oponer al gran mal el gran remedio: el de la acción que todo lo vence, porque es fuerte y sostenida.

Del señor Víctor Mercante

A. — ¿Qué consecuencias tendrá la actual guerra para la Humanidad?

La Historia es una experiencia de largos siglos, de consiguiente, difícil de conjeturar sobre esta conflagración, que es una crisis de las ideas generales, preparada por el espíritu crítico de la Reforma, encarnado en los filósofos alemanes del siglo XVIII y XIX.

Los resultados efectivos se tendrán, medio siglo, por lo menos, más tarde.

Las consecuencias inmediatas serán: si vence la *entente,* aniquilamiento militar y económico de Alemania y Austria; desaparición de la Turquía Europea; disgregación parcial de Alemania y Austria; advenimiento de los gobiernos populares y muerte de las castas; probable crisis internacional entre Rusia e Inglaterra; extensión territorial de Italia; anexión de la Alsacia y la Lorena a Francia; desaparición del Luxemburgo como estado y anexiones territoriales del Reino Belga, tal vez compensado con colonias en Africa; autonomía de Polonia, con provincias alemanas y austriacas; anexión de Bosnia y Herzegovina a Servia; duplicación territorial de Montenegro; difusión y preponderancia del pensamiento filosófico y artístico latino.

Si vence Alemania: Aniquilamiento militar, político y económico de Rusia e Inglaterra; desaparición de Bélgica y Servia; organización del gran imperio germánico con la Alemania actual, el Austria, gran parte de la Rusia, Bélgica, Servia, la casi tota-

lidad del Africa; hegemonía política, económica e intelectual de Alemania sobre el mundo; conquista paulatina de la América del Sud; crisis internacional con Norte América; independencia del Canadá, de la Australia y de la India.

Quien quiera que venciera: Una profunda crisis intelectual, industrial y económica a causa de la miseria, de la honda tristeza de los hogares, de la ola de escepticismo que inundaría toda la Europa y de haber segado la guerra la cabeza de los mejor constituídos para el pensamiento y para el trabajo. Una fuerte emigración hacia América si no es contenida por leyes especiales. Un profundo odio al militarismo y a los monarcas. Disminución de los armamentos. Crisis del hogar. Presión sobre los parlamentos, probables medidas dictatoriales. Imponentes movimientos populares reprimidos a mano armada.

Las mediatas serán: La revolución social y crepúsculo de las monarquías; advenimiento de los gobiernos electivos; el desarme general; la confederación de los estados europeos tras propósitos comunes de grandeza y bienestar a base de un trabajo remunerado sin distinción de clases; crisis y disolución del gran imperio que se formara; advenimiento de una escuela común de tipo universal y humanista en cambio de la nacionalista, una escuela destinada a formar una conciencia universal de los destinos humanos y a educar los sentimientos de hermandad antes que consagrar propósitos utilitarios. Socialización de todos los trabajos, de todos los servicios y de todos los beneficios. Penumbra de la filosofía crítica y disolvente; irradiación de una filosofía natural y constructiva.

B. — Influencia de los acontecimientos actuales en la evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina.

Exteriorización de sentimientos internacionales de cariño y tratados de conservación, defensa y reciprocidad. Incremento inesperado de las industrias e inversión de grandes capitales en la explotación de los productos propios. Aumento extraordinario de la población por afluencia de inmigrantes. Modificación fundamental del régimen rentístico y formación de una poderosa marina mercante. Adopción del arbitraje internacional como único medio de dirimir todas las cuestiones que surjan entre los países de

América. Afianzamiento de la soberanía popular y de la escuela humanista. Más espíritu de economía, trabajo, honradez y sedentaridad en el pueblo argentino.

Del doctor Horacio C. Rivarola

Señores directores de la revista NOSOTROS:

Tengo el agrado de responder a las preguntas que ustedes formulan respecto de las consecuencias de la guerra europea con relación a la humanidad y a los países de América, especialmente a la Argentina.

A pesar de la intensidad y características de la guerra actual, creo que sus consecuencias para la humanidad en general como para la República Argentina, en especial, serán mucho menos importantes de lo que se supone.

Si se deja de lado, como ustedes desean, toda opinión sobre los efectos de orden geográfico, político y dinástico, que serán inmediatos, pues que sin duda cambiarán las fronteras, avanzará la democracia y nacerán nuevas repúblicas, sólo queda por examinar la posible faz económica y social subsiguiente a la guerra. Y bien: ni la vida de la humanidad, que sigue un proceso que obedece a innumerables causas, cambiará radicalmente por esta piedra que se le pone en el camino, ni la humanidad se compone sólo de las grandes naciones que ahora luchan.

La importancia de los acontecimientos son relativos a su época. Y tan grandes o mayores que la actual, con relación a su momento, debieron ser las guerras de que la historia da cuenta, entre las cuales hay algunas que nos revelaban la barbarie y el atraso social, del que creíamos haber salido, ilusión que la guerra actual ha esfumado. Si les quitamos a aquellas guerras sus consecuencias de orden geográfico y de orden político, entre las que deben contarse los conceptos de la democracia y gobierno, vemos que los restantes cambios no conmovieron fundamentalmente la humanidad: filósofos y estadistas hubo en los respectivos tiempos que vieron comprobadas sus teorías formadas en el estudio de múltiples antecedentes ya conocidos y no de la inmediata guerra.

La guerra, en cuanto a la vida de la humanidad, desempeña el papel de las enfermedades en cuanto a la del hombre. La humani-

dad está enferma, y ustedes al eliminar toda discusión en que pueda vislumbrarse cuáles son las simpatías del que escribe, le autorizan a reservar la opinión sobre quienes son en la tremenda lucha los microbios patógenos y quienes los glóbulos blancos que los combaten. Pero ello no impide decir que pasada la enfermedad, aunque el enfermo se sienta débil y necesite estimulantes en el período de convalecencia, no habrá cambiado su forma de pensar, ni habrá perdido sus características buenas o malas anteriores a su trance amargo.

Ni las guerras de tiempos antiguos ni las de los modernos han producido, por sí solas, cambios fundamentales no políticos: han sido elementos de cambios que se han unido a otros elementos. Creo erróneo suponer que pasada la guerra aparecerán formas nuevas, ideas nuevas, fundamentalmente diversas de las anteriores. Creo que las cosas quedarán poco más o menos como antes en cuanto a las ideas o a la vida social se refiere. Ahora mismo, ¿se nota acaso algún cambio en las naciones que no están en guerra? ¿se nota alguno en las mismas en guerra, que no sea el que produce la tristeza del recuerdo del hijo, del hermano, del amigo que combate, o el que impone la necesidad momentánea de economizar los recursos? La guerra pasará y quedará, sin duda, la legión de ricos empobrecidos y de familias sin hogar. Pero en la enormidad del tiempo y del espacio terrestre, aquello no originará sino las medidas necesarias para mitigar los dolores y reorganizar lo que estaba. La humanidad seguirá respirando del mismo modo y girará sobre sus mismas ideas y sobre sus mismas pasiones. Es posible que se perfeccionen algunas ciencias; es posible que las armas de destrucción sean completadas con algunas pequeñas modificaciones que faciliten su tarea. Quizás también pase un tiempo sin que se guerree de nuevo. Pero ni la guerra desaparecerá por ahora ni se suprimirán las tentativas de formar un derecho internacional. Los pueblos olvidarán esta guerra cuando se vean fuertes para dominar a sus rivales y algunas verá todavía este mundo antes de que la civilización sea tan elevada que haga innecesarias las divisiones territoriales y deje como función de gobierno sólo el administrar los bienes comunes, suprimiendo toda coerción. Habrá todavía tratados y convenciones sobre la guerra. Al fin y al cabo también ante los tribunales se presentan diariamente las situaciones que produce la violación de las convenciones libremente establecidas, y no por eso se suprime el derecho. Se creerá todavía

en la justicia, como se siguió creyendo entre nosotros aun cuando Juan Moreira peleaba y derrotaba a *la partida*. Nadie niega que el derecho privado ha progresado a pesar de todo; y podemos conservar sensatamente la esperanza en que también progresará el derecho internacional a pesar de todo. Es, sí, de lamentar que "no fuera verdad tanta belleza" cuando nos suponíamos en un grado de civilización más alto del que en realidad tenemos, cuando suponíamos a la humanidad solidarizada de tal modo que las guerras como la actual fueran imposibles. No hemos alcanzado aquella civilización; a ella debemos tender.

Las ideas filosóficas y artísticas, tampoco sufrirán, en mi concepto, fundamentales cambios.

Yo no creo que sea imposible prever algo del futuro. El pasado de la humanidad, el método comparativo y el histórico, autorizan a inducir, aunque las inducciones dependen de la exactitud de las observaciones anteriores. Y si ningún ejemplo anterior nos demuestra que una guerra en la que interviene una parte solamente de la humanidad, cambie de raíz los conceptos fundamentales que la misma tenga, es lógico suponer que tampoco ahora las cosas cambiarán en tal forma que nos creamos transportados a mundos nuevos. Seguiremos siendo nosotros.

Para darse cuenta de la intensidad de un foco de luz, hay que verlo de lejos. Visto a corta distancia encandila; visto de más allá permite observar cuánto espacio alumbra. Al buscar las consecuencias de esta guerra, debemos cuidar de no encandilarnos; y de ello corremos peligro, porque el foco es intensísimo. Mirémoslo de más lejos y pensemos que es posible que su luz, a pesar de su intensidad, no sea tan poderosa que logre cambiar la noche en día.

*

En los pueblos americanos esta guerra traerá como natural y más importante consecuencia, el convencimiento de la necesidad de crear industrias, y aportar los elementos necesarios para bastarse a sí mismos, por lo menos en los períodos críticos. Pero no basta el convencimiento de una necesidad para poderla satisfacer. Y tendrá que esperarse la llegada de capitales y hombres, para que la necesidad pueda ser satisfecha. Entretanto, si alguna lección útil pueden sacar los pueblos de América de esta guerra, es la de que no condice con el estado de civilización; que hay medios de

dirimir las contiendas, más justos que este que equivale, centuplicando su barbarie, a los duelos de los tiempos feudales y que todos nuestros esfuerzos deben contribuir al mantenimiento de la paz.

El momento en que la paz reina en América, no puede ser más oportuno, ya que ahora a quienes riendo de nuestras luchas interiores nos decían con gesto irónico: *South America!*, podemos contestar con ademán idéntico: *All Europe!*

Del señor M. Kantor

Señores directores:

Me parece imposible contestar a su primera pregunta, sin el examen de las causas de la guerra, y me parece ante todo necesario, ya que se habla de la humanidad, establecer qué es la humanidad, qué significa esa palabra y si realmente significa algo.

Hoy, cuando los diferentes pueblos en lucha se miran como enemigos encarnizados, cuando, llenos de odio, se lanzan unos contra otros ya no para vencer, sino para exterminarse mutuamente, cuando la razón está tan obscurecida por la pasión, que parece que los mismos cerebros funcionaran de una manera diferente, me parece más que nunca justificada la revisión de las ideas de lo que es, y lo que debe llamarse *humanidad*.

Hubo un tiempo inmensamente largo en el cual el hombre y la vida en general todavía no existían.

Después de largas evoluciones, la tierra, separada de los demás astros, quedó rodeada por la atmósfera; su corteza se hizo firme, su suelo sólido; se separaron mar y tierra y aparecieron seres infinitos, desarrollándose con una rapidez enorme.

Estos seres infinitos para vivir tuvieron que alimentarse, alimentándose tuvieron que luchar unos contra otros, luchando tuvieron que matar.

Por una larguísima evolución, también en una época muy remota, apareció el hombre sobre la tierra, un ser más inteligente que los demás, que dió nombres a las cosas inertes, a plantas y animales, y a sí mismo — animal también — dió un nombre diferente, y a su especie más tarde llamó Humanidad. En sus primeros comienzos el hombre en poco se diferenciaba de sus bestias-hermanas; también para alimentarse tuvo que luchar contra

los demás animales y los demás hombres, y luchando asesinaba, sin saber si hacía bien o mal: la ley biológica no es ni moral, ni antimoral.

Pero ya en las épocas muy antiguas el hombre se reveló como *animal social*. Las primitivas relaciones de tribu, de familia, de producción y cambio, basadas sobre esta estructura social de las primeras sociedades se volvían más y más complejas; reinaba cierta armonía entre los miembros de cada grupo, pero entre varios grupos dominaba la ley biológica de lucha por la vida, lucha sin escrúpulo y sin perdón.

Y como resultado de estas guerras primitivas vinieron *la esclavitud* y la diferencia social.

Desde entonces la humanidad no era homogénea: se dividía en esclavos y amos: los vencidos en la lucha eran los esclavos, los vencedores los amos. Con el tiempo, cuando la cantidad de los esclavos creció enormemente y su dominio se hizo difícil, nacieron los estados, y en el caso de estas organizaciones nuevas se desarrolló la desigualdad económica, una forma de esclavitud menos vista, pero no menos sentida. A la diferencia de grupo, tribu, raza, se agregó una nueva diferencia, no menos profunda, la de clase; la lucha biológica no ha cesado, pero ha aumentado con otra lucha social y económica. Y era aún más heterogénea la llamada humanidad.

Cuando nos referimos a los orígenes, nos es muy dificultoso indicar un punto fijo de partida; con mucho acierto afirma Renan, que todos los orígenes son obscuros. Sin embargo, en esta remota y misteriosa obscuridad se han ido formando los primeros gérmenes de los fenómenos más complejos que conocemos actualmente. El hombre primitivo cuando empezó a sentir y a pensar tuvo que experimentar su completa dependencia de fuerzas externas; la naturaleza no le tenía compasión ninguna, y con sangre y sudor debía conquistar la alimentación diaria. Adivinó estas fuerzas externas, y como un niño que cree que todo existe para él, para su placer o para su castigo, creyó que los dioses de su imaginación no se ocupaban más que de él, de su vida y su muerte, su dolor y su dicha, su bien y su mal.

Incapaz de comprender la muerte como un fenómeno natural, inventó la inmortalidad del alma, e ignorante ante los misterios de la Naturaleza era una fácil presa de los más listos y más sabios: de los sacerdotes, que fueron los intermediarios entre él y

sus dioses y en nombre de éstos le robaron, le dominaron, le castigaron. La humanidad resultó entonces una vez más despedazada: los esclavos de cuerpo se volvieron también esclavos de espíritu.

Pero en la obscuridad de la historia antigua del hombre se me presenta un relámpago: este relámpago es *la idea del bien.*

En las páginas de la historia que nos describen constantemente la guerra, la injusticia, el mal, *el mal obrar,* nos sorprende a veces una idea diferente, opuesta, la idea del bien, *del bien querer.*

Ya los egipcios tenían ideas altamente morales. Enseñaban: "En el mismo espíritu sé pacífico, habla con dulzura al que ha hablado brutalmente, trata bien a tu prójimo, sé constante y paciente en todas tus empresas".

Los indúes en una época anterior a la mosaica profesaban la resignación, la acción de devolver bien por mal, la pureza, la discreción y la benevolencia.

La doctrina de Buda es una doctrina de amor, de abnegación y de gracia: "Si un hombre me causa locamente perjuicio, yo le cubriré en cambio con mi amor ferviente; cuanto más mal me haga, más bien le haré".

Los estoicos en la era grecorromana, partiendo de conceptos diferentes del cristianismo, llegaron 300 años antes de nuestra era a ideas morales verdaderamente humanas: "debemos — decían — amar el bien por el bien mismo, lo justo es el único bien y lo injusto el único mal".

Y al principio de nuestra era vivió y murió un hombre llamado Cristo. Sin ser Dios enseñaba cosas divinas: Opuso a la ley biológica de la lucha por la vida, otra ley, inmensamente superior a la ley biológica y completamente contraria a ella: la ley de Amor, de Amor al Prójimo, *de Amor universal,* al que El llamaba Dios [1]. Al factor económico que separó la humanidad en dos campos enemigos: pobres y ricos, Cristo opuso el factor moral para anular esta desigualdad.

Es imposible dudar del factor moral: es un hecho que resalta en toda la historia humana y se basa sobre *un hecho real;* el sentimiento del hombre.

Bajo el impulso de este factor, natural sin duda, pero de orden interno, el hombre y a veces la humanidad, se ven arrastrados a

---

(1) Dios es el Amor, decía Cristo.

una franca oposición contra las fuerzas ciegas y fatales de orden externo: las leyes biológicas y económicas. Unas veces se rebela el hombre, cruzado de brazos, pero con palabras ardientes y proclama la verdad; otras veces se arma para conquistarla.

¿Y qué es la verdad?

La verdad es la victoria del factor moral sobre el factor biológico y económico.

Esta guerra que dura constantemente, desde siglos, en tiempos normales como anormales, la considero como la guerra más grande de todas — aun más que la guerra actual, — y sólo el día que termine con el triunfo del factor moral sobre el factor biológico y económico se podrá hablar de una humanidad en aquel sentido en que calladamente casi todos comprendemos esta palabra, como algo soberbiamente bello, armónico y digno.

¿Y hay alguna probabilidad que venza el factor moral?

Creo que sí, y lo creo porque el sentimiento del hombre halló un poderoso aliado *en su razón.*

Ya en los comienzos de la existencia del hombre, la razón, al revelarse de una manera clara y franca, le sirvió para aliviar su mísera existencia y sostenerle en la lucha por la vida. Por una idea genial, — y éstas no faltaron en aquellos tiempos remotos, inventó los primeros instrumentos de piedra, los que, en realidad, fueron los verdaderos fundadores de la sociedad y de la cultura humana. (1)

Pero la primera herramienta del hombre fué también su primera arma; aumentando su poder en la lucha biológica por la existencia, aumentó su poder en la lucha económica y social, y puesta más tarde en la forma perfecta de fusiles, cañones, acorazados, submarinos, al servicio de los amos y los reyes, sirvió para esclavizarle mejor.

Por un desarrollo natural y lógico la razón humana llegó a conquistas siempre mayores y siempre más sorprendentes. La experiencia humana ordenada y sistematizada formó las ciencias, y las ciencias, nacidas en el seno práctico de la vida, pasaron a un orden teórico, formaron y desarrollaron hipótesis, teorías y leyes del desarrollo del Universo y de las múltiples rela-

---

(1) "Las primeras herramientas de la humanidad fueron las fundadoras de la sociedad humana y de su civilización" — KAPP, *Los principios de la filosofía de la técnica.*

ciones de sus partes integrantes y facilitaron en sumo grado la adquisición de experiencia nueva y el descubrimiento de las fuerzas invisibles de la Naturaleza, del magnetismo, de la electricidad, radioactividad, etc., etc. (1)

La ciencia, nacida de la necesidad, ya en el estado en que se encuentra hoy, llegó al desinterés, o al interés puro de conocer la verdad, toda la verdad, de dar una concepción del mundo, de todo el universo: de las estrellas que le componen, de la tierra que habita el hombre y mejor conoce; del hombre que quiere conocerse a sí mismo; de las sociedades humanas, de las fuerzas biológicas, económicas y morales que rigen en ellas; del átomo que compone los elementos, y de la célula que compone la materia viva; de la energía que en sus formas diversas anima a la materia; de las causas de dolor como de las causas de dicha; de la vida corta y pasajera y de la muerte que no perdona nada y nadie, *del Todo.*

No hemos llegado a una concepción del mundo admitida por todos; más bien, la mayoría de las concepciones del mundo filosóficas, religiosas y científicas están en franca oposición unas con otras. Sin embargo, es para mi completamente claro: *que no hay ni verdadera ciencia del mal, ni verdadera filosofía del mal.*

La ciencia, que conquista de más en más las fuerzas naturales, haciéndolas servir a la voluntad del hombre, nos demuestra que para vivir no es necesaria la lucha entre los hombres; es necesario saber, y sabiendo, organizar la producción de tal manera que no falte nada a nadie, que desaparezca la desigualdad económica y que reine entre los hombres la libertad y el derecho.

Saber es amar, ignorar es odiar: Joaquín V. González sintetizó la ética de la ciencia en tan bella forma, y amar es organizar toda la humanidad en una colosal lucha contra el factor biológico y el factor económico, los que son la constante causa de nuestra brutalidad, de nuestra injusticia, de nuestra miseria.

No hay que dudar: en esta época en que el hombre se transforma por la ciencia, filosofía, arte, religión, de un "producto perfecto de la Naturaleza (en el sentido biológico) en un ser moral imperfecto; de un instrumento dichoso en un artista infe-

---

(1) "Lo que vemos — dice el genial físico inglés Maxwell — es lo invisible".

liz" [1]; en esta época en que estamos viviendo son inevitables el dolor y el sufrimiento, y este dolor y sufrimiento nos impiden a veces distinguir la verdad.

¿Y hay una filosofía del mal?

Desde Sócrates hasta los filósofos de nuestros días los hombres más ilustres, que han sido la gloria de la especie humana, profesaban el bien, el derecho y la justicia.

Para Sócrates la norma moral nace de la Naturaleza del hombre, no de cualquier hombre, sino del hombre como género, y quedó con eso fundada una ética científica; altamente moral es el imperativo categórico de Kant; "el que en todos sus actos se somete al dictamen de la Razón, decía Spinoza, se esfuerza cuanto le es posible en recompensar por el Amor o la generosidad el odio, la cólera, el menosprecio que los demás tengan para él"; Schopenhauer llamaba sublime a aquel hombre que perdona a su enemigo y devuelve bien por mal.

Ninguno de los grandes pensadores y conocedores de la humanidad y del mundo, aconsejaba: Obrad mal, asesinad, saquead y arruinaos unos a otros, armaos, sembrad terror y muerte.

Este examen, — necesariamente corto en las circunstancias en que ha sido promovido, — de las tendencias en la humanidad, me permitirá mejor definir su concepto: El concepto de la humanidad debe responder no solamente a lo que presenta en la actualidad, sino también a lo que ha sido en el pasado y será en el porvenir. Hoy la humanidad es un conglomerado de razas, naciones, pueblos, grupos y clases regidos por fuerzas biológicas, económicas y morales en oposición; en la humanidad de ayer prevalecieron los primeros dos factores, y en la humanidad de mañana la lucha entre los factores biológicos, económicos y morales puede terminar con la victoria del último, basado sobre dos fenómenos naturales: la razón y el sentimiento humano.

Bajo este concepto de la humanidad miro la actual guerra y pienso en sus probables consecuencias. [2]

---

(1) Palabras del poeta alemán Schiller.

(2) No me refiero a las causas y consecuencias económicas de la guerra: seguramente lo harán personas más preparadas en la materia. Me limitaré tan sólo a indicar *una* consecuencia económica: la escasez de combustible y metales después de la guerra. En otro lugar (sobre yacimientos de minerales útiles: *Boletín de Instrucción Pública,* número 39) llamé la atención sobre un hecho de gran alcance para el porvenir de la Humanidad:

¿Hay una causa moral que ha promovido la conflagración? Cediendo al primer impulso de horror por las víctimas que caen diariamente, al sentimiento de vergüenza que nos hace parecer que nosotros también directa o indirectamente somos los culpables y tenemos participación en este abominable crimen que se llama guerra, nos veríamos arrastrados a contestar: no, mil veces no: es imposible que una causa justa produzca efectos tan injustos, tan inhumanos, es ridículo hablar de la *moral* de las tropas, de la moral de aquellos hombres que se asesinan, saquean y roban mutuamente, y bajo este impulso inmediato nos inclinaríamos a las conclusiones más amargas y tristes: estamos sobre un abismo; la humanidad, o por lo menos lo que es humano en la humanidad, desaparece, fatalmente tiene que desaparecer.

Sin embargo hay un rasgo en la guerra actual que la diferencia de las guerras pasadas y arroja alguna luz sobre el porvenir.

Todos los pueblos en lucha, con razón o sin ella, se acusan y se inculpan entre sí; todos afirman que llevan una guerra defensiva y no ofensiva. Es indudable que desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días las ideas pacifistas tuvieron un gran éxito y han hecho imposible una guerra *ofensiva*, por lo menos entre los pueblos europeos. La opinión pública en Alemania, en Francia, en Rusia e Inglaterra era contraria a una guerra ofensiva y no era imposible que estos países reaccionaran con una revolución o una huelga general.

Pero la legitimidad de la defensa de un pueblo en caso de peligro no se discute por nadie, ni por los partidos socialistas. Es muy natural que un ciudadano ame a su país, que acuda a la defensa de su hogar, que defienda con su vida la independencia y la libertad de su pueblo que es su propia independencia y su propia libertad. Por eso las simpatías de todo el mundo, con una

---

la escasez de estas materias primas ya en tiempos normales, y el inevitable agotamiento de todas las minas en un espacio *de uno a dos siglos*, lo que pondrá a la Humanidad ante los más grandiosos problemas, pues se tratará de una tarea vital cual es la de continuar con la civilización a tan alto precio adquirida. Lo que en los tiempos presentes se aconseja es prudencia y economía.

Estas materias primas, los nervios de la vida económica y social se derrochan ahora de una manera alarmante: el gasto de combustible para las enormes flotas, y el de metales, especialmente de hierro en forma de máquinas, morteros, cañones, etc., llega a proporciones jamás vistas y presenta un *real peligro* para las generaciones venideras.

sola excepción, están con los belgas, y los acompañarán hasta que reconquisten su país y reconstruyan sus hogares.

Un pueblo no puede, por lo menos en la época actual, amoldarse a la única verdadera moral, la de Cristo, de no contestar con el mal por el mal, aun tratándose de la vida misma; un pueblo no se deja crucificar sin resistencia, y si sucumbe, sucumbirá con las armas en las manos.

¿Si es así, entonces no hay ninguna esperanza que las guerras algún día desaparezcan?

Lo que pasa ahora entre los pueblos más civilizados del mundo, podría tener lugar en la más rústica sociedad de artesanos, labriegos, hasta entre niños.

En verdad, si vemos a varios vecinos de los que ninguno tiene la intención de ofender al otro, ¿por qué entonces se arman de palos, de cuchillos, de fusiles? Una de dos: o alguno o varios de estos vecinos tienen malas intenciones y las ocultan bajo dulces palabras, o todos los vecinos son sinceramente pacíficos y sólo dudan de la pacificidad de los demás.

¿En cuál de los dos casos estamos en la guerra actual? Es imposible ser objetivo en estos momentos; todos más o menos, directa o indirectamente estamos interesados en esta guerra, y consciente, o inconscientemente, nuestro juicio será dictado por nuestras simpatías basadas en el sentimiento más que en la razón. Pero cuando la guerra termine, y las pasiones se calmen, será más fácil saber la verdad, y aquel gobierno que se burló de la opinión pública, presentando las cosas tergiversadas, cuando en realidad fué el ofensor disfrazándose de ofendido, se verá ante una gran revolución que difícilmente podrá ser sofocada. Esto será una gran lección para la humanidad: los pueblos comprenderán que la mejor garantía de la paz es la sinceridad de las relaciones, se purificarán sus tendencias, lo que hará imposible un segundo disfraz, siendo realmente sinceros creerán en la sinceridad de los demás y llegarán por un común acuerdo a un desarme parcial al principio, y general más tarde, para dedicarse en común y en paz a aquella guerra contra los factores biológicos y económicos de que hablé más arriba, la única guerra realmente humana que terminará con la victoria de la Razón y del Bien.

Con la humanidad pasa lo mismo que con el hombre que aspira al bien; se equivoca, cae, pero se levanta de nuevo, para marchar

adelante, enriquecido por la experiencia y el dolor, hacia la luz y la verdad.

En cuanto a la segunda pregunta, no me siento suficientemente preparado para contestarla, conociendo todavía poco los países americanos.

Del doctor Miguel Angel Rizzi

La actual guerra europea tiene origen en un conflicto subsistente entre sistemas y métodos, sobre todo, entendiendo por los primeros el armazón político-económico-jurídico de una sociedad y por los segundos el empleo de los medios de la misma según la mentalidad étnica en relación a sus momentos de decadencia, transición o apogeo en el proceso evolutivo de cada organismo social.

Cuando coexisten, como en Europa, sistemas diferentes o estados políticos sociales distintos, se mantiene oscilante el equilibrio de las relaciones mientras los métodos mediante los cuales se explican, anulen o disminuyan las divergencias, adoptando y adaptándose al modo de ser, es decir, de operar y pensar de cada entidad política.

Pues no apenas el desequilibrio derivado por el conflicto entre sistemas y métodos arrastre consigo en confusión los agregados sociales, cesarán las relaciones de hecho y de derecho prevaleciendo el espíritu de conservación que no es posible salvaguardar mientras el orden económico-político-jurídico se vea amenazado por diferencias profundas de idénticos efectos.

Causa primera de esta guerra es el factor económico, uno de los elementos básicos de la estabilidad o instabilidad de una asociación. Objetivo de los beligerantes es la posesión del imperio colonial, propulsor y sostén del comercio internacional moderno.

Los unos desean una participación más ecuánime en el reparto de las colonias (alemanes, especialmente), los otros defienden su hegemonía conseguida a través de siglos de lucha (Francia e Inglaterra).

¿Cuáles serán, entonces, las consecuencias futuras?

Ellas son de orden territorial, político y económico esencialmente.

Territorial: si la victoria es de los aliados serán menores los efectos. Alemania perderá algunos territorios fronterizos con Fran-

cia, Bélgica y Rusia; además sus colonias pocas y pobres se las repartirán los aliados. Austria será desmembrada y adjudicada cada porción de territorio del Imperio Austro-Húngaro según el principio de la nacionalidad.

Si venciera Alemania, Bélgica toda, parte exigua de la frontera francesa y una importante zona del territorio ruso se incorporarán al imperio. La mayor parte de las colonias inglesas y francesas pasarán a los alemanes. Esto en cuanto se refiere al orden geográfico.

Político: si en vez vencen los aliados, la hegemonía político-económica actual continuará persistiendo en Europa y en el resto del mundo sin grandes cambios; al contrario, si en el campo de batalla triunfa Alemania serán profundas las alteraciones en el orden político. Y es fácil deducirlo de lo dicho respecto al traspaso de los territorios europeos y coloniales, lo que significa la imposición del sistema de los alemanes y sobre todo de sus métodos.

Económico: vencidos y vencedores arrastrarán consigo el desastre financiero europeo y mundial. Por consiguiente, habrá un retroceso en las industrias y en el comercio europeo, con graves repercusiones internacionales.

He ahí por qué la crisis económica perdurará hasta que no se restablezca el equilibrio, que será más difícil conseguirlo si triunfan los alemanes, por tener éstos que rehacer lo que los aliados consiguieron mediante sacrificios de hombres, de dinero y de mucho tiempo. Esto referente a las influencias del conflicto europeo en general, es decir, a todas las naciones libres o no de la tierra, según sea el vínculo más o menos íntimo con el epicentro del movimiento sísmico-social.

Ahora, con relación a la América y especialmente a la Argentina, no serán muy graves las consecuencias de la guerra. Nuestro país sufrirá un retroceso en su rápido desarrollo, es decir, será más lenta su evolución material respecto a las colosales proporciones que de pocos años a esta parte claramente nos deja deducir la estadística de su movimiento comercial, agrícolo-ganadero e industrial. Además, será la guerra ventajosa para toda América y especialmente para los países latinoamericanos, porque aprenderán, forzados por la necesidad, a hacer de por sí cuanto sea favorable en su respectivo medio-ambiente, lo que redundará en pro de una cierta independencia financiera. La Argentina, a excepcion

de los Estados Unidos, progresará más con relación a los otros países americanos por ser su unidad étnica y solidez económico-política mayor, teniendo en cuenta que sus productos serían siempre los preferidos por ser necesarios, no teniendo competidores que nos sean afines, lo que es poco probable en relación al consumo internacional. Pero la nación que mayormente se beneficiará son los Estados Unidos de Norte América.

A causa del agotamiento de todas las energías sociales europeas, los Estados Unidos invadirán nuestras comarcas fértiles como un río caudaloso que desborda por exceso de agua en su lecho. Será para los países de América un alivio el concurso de los capitales de la técnica e iniciativa de los yanquis, pero si no procedemos con cautela tarde o temprano seremos un apéndice del coloso. Podrían los Estados Unidos jugar en América el mismo papel de Alemania en Europa. Pues hay que asimilarlos para someterlos, es decir, imitar al más fuerte. De ahí la necesidad de aumentar las industrias, acrecentar la agricultura, distribuyendo la tierra entre los agricultores y pequeños propietarios, crear una marina mercante, duplicar nuestro poder naval y militar antes que Europa sea quizás teatro de una nueva guerra. Si tales consecuencias no se preveen dentro de nuestra evolución futura, quedaremos a merced del capricho del más fuerte, porque todo el mundo después de una breve reacción contra los horrores de la guerra tenderá hacia el conflicto armado; es que quedará por muchos años latente el espíritu militarista. Cuando se desequilibran violentamente las partes que componen un todo orgánico éste no funciona normalmente mientras no se restablezca la armonía de las relaciones. Para conseguir tal fin será inevitable el surgir de nuevas graves alteraciones originadas por esa tendencia de converger todas las energías humanas desorientadas hacia un nuevo punto o centro de equilibrio en substitución del que preexistía.

En resumen, podemos deducir sintéticamente que el colosal conflicto bélico, cualquiera sea su resultado, no causará movimientos sociales de trascendencia, a no ser los efectos de una crisis económica aguda. Toda manifestación del pensamiento seguirá desenvolviéndose con leves modificaciones. Esto se explica por ser la civilización actual no solamente europea por haberse descentralizado, subsistiendo otros núcleos de sociedades orgánicamente constituídas, no partícipes de la conflagración, que conser-

varían las características europeas imprimiéndole solamente tendencias locales accesorias. Además no tendremos grandes revoluciones en el pensamiento artístico, literario, filosófico y científico por no luchar entre ellas civilizaciones distintas dada la uniformidad del progreso moderno. Y por último, siendo la evolución actual la expresión del apogeo de los movimientos del siglo pasado y presente en su pleno desarrollo, sufrirá sólo una transitoria paralización hasta que se reanude la vida normal de las naciones.

Como consecuencia de la guerra la humanidad verá reducirse su población, disminuir sus medios económicos, exceder con relación a su pasado poderío el efectivo militar y quizás solamente en Europa surtirán algunos efectos trascendentales respecto a las mejoras del proletariado sumido en la miseria, es decir, en materia de legislación económica.

De ahí concluyo que la conflagración actual, por ser origen de un conflicto entre métodos especialmente, y por decidirse cual de ellos triunfará mediante el poder militar, es para el progreso humano un cambio o movimiento de factores *accesorios* que se chocan entre sí.

Del señor Alberto Mendioroz

Las consecuencias que ha de provocar la liquidación de la tremenda catástrofe que contemplamos, se presentan a mi criterio de una manera harto nebulosa, miraje en el cual no deja de intervenir el pesimismo. Es cierto que nadie, sino ungiéndose inspirado profeta por obra y gracia de su espíritu santo, ha de sentirse capaz de "predecir en estos instantes todo el porvenir", ni aproximadamente siquiera; y detendría aquí la pluma y rasgaría lo escrito, si no me quedara la esperanza de que, en medio de la divagación que presupone mi respuesta, ha de encontrar, quien la lea, cierta originalidad en el modo de encarar el arduo tema. Y si ni eso halla nadie entre sus líneas, quede como audaz — ese fué el calificativo que se me ocurrió en un principio — mi participación en la encuesta abierta por NOSOTROS.

Deseo, antes que nada, dejar sentado que para que surja una consecuencia apreciable de la guerra europea, mejor dicho, para que podamos fantasear sobre sus presuntas consecuencias, es de todo punto necesario que ella remate en una victoria amplia

y aplastante de parte de cualquiera de los dos grupos contendientes. Una paz provocada por el cansancio material y moral de los Estados que luchan; una paz firmada a instigaciones de las potencias neutrales; una paz a base de diplomáticas concesiones recíprocas, implicará una simple tregua, un paréntesis abierto que se cerrará nuevamente para que continúe el discurso interjectivo de los cañonazos, un espacio que terminará a poco para que prosiga la sinfonía áspera de los caídos que se quejan. Se replegarán un instante los atletas sudorosos, colmarán sus filas diezmadas, restañarán sus heridas — todo esto con la prodigiosa rapidez de que son capaces los pueblos que algo tienen por vengar — y de nuevo verá la Humanidad atónita choques inverosímiles en inverosímiles campos de batalla. Porque ya estamos convencidos de cómo la paz eglógica que estos últimos cuarenta años extendió su imperio entre las grandes potencias que pugnan actualmente, no fué sino un aprovechado compás de espera para resolver el problema que había quedado pendiente desde el 70.

Primera hipótesis, pues, que es necesario formular: la coalición vencerá a Alemania... o Alemania triunfará sobre la coalición.

Si Alemania resulta vencedora — y no es imposible tal supuesto — pienso que la Humanidad se habrá echado encima un amo muy perfeccionado pero muy absorbente, algo así como un Preceptor sabio pero dogmático. Los dirigentes de este pueblo admirable están, al parecer, en asombrosa armonía con la Providencia, y el Kaiser tiene muchos puntos de contacto — aparte la época, aparte la figura evangélica, aparte el modo de obrar, de pensar, de decir, aparte casi todo — con ese pastor de almas que subió a recoger la Ley del Señor para sus súbditos a la cima de un monte. O sea que Alemania — lo ha dicho en todos los tonos, ¡lo han dicho sus sabios! — se cree elegida por Dios... Y pensemos en el peligro que entraña un pueblo divino que argumenta con bocas de fuego tan perfeccionadas, y que siente la invencible convicción de que no hay nada bueno más allá de sus fronteras. Ensanchándolas, evangélicamente, extenderá la superficie de la bondad sobre la Tierra... Pero como quiera que la divinidad alemana es positiva y científica, comercial y guerrera, antes que serafinesca, su positivismo, su ciencia, su comercio y su arte militar se desparramarán sobre el mundo. Todo esto, aparte lo último, no sería malo, si no presupusiera la anexión del resto del

planeta a su Preceptora de lengua áspera y de áspera metafísica. Y esto ya no es deseable; porque si bien es cierto que es ya tiempo de pensar sin estrecheces localistas en el día en que la Humanidad constituya una familia sin fronteras, tampoco es menos exacto, que, a simple vista no más, no parece el absolutismo monárquico de este pueblo heroico la forma más a propósito para presidir la junción de las naciones, ni el carácter absorbente de sus hijos, el más indicado para servir de norma de conducta a los demás hombres.

No creo que hiperbolizo la aspiración alemana. Si ahora es tan soberbia, tan colosalmente soberbia, frente a enemigos como Inglaterra, Rusia, Francia, el Japón — es decir, casi frente al resto del mundo — ¿qué gesto no hemos de esperar de ella el día en que aniquile a Francia, arrolle a Rusia, humille a Inglaterra, y se encuentre sin rivales, dueña de los mares o sea del comercio mundial, enormizado su territorio, y ardiendo en el pecho de cada uno de sus hijos el impulso irrefrenable del que se ha sentido invicto?

Pero, si la coalición vence — y parece, lógicamente, lo más probable — ¿habremos escapado, habrá escapado la Humanidad al peligro de los amos poderosos, ensoberbecidos por la victoria? Se habla en todos los tonos del imperialismo alemán; ¿es posible negar el imperialismo ruso y el afán inmoderado de prepotencia que alienta a Inglaterra? ¿Es aventurado pensar que la victoria de estas dos naciones colosales no admite la idea de un equilibrio europeo? ¿No quedan Rusia e Inglaterra — no quiero hablar de Francia — en la condición de dos mandones sin contralor apreciable, en aptitud de repartirse territorios y preeminencias? Todo esto pasando por alto, piadosamente, la posibilidad de rozamientos recíprocos en la hora del reparto. Porque, en verdad, ninguno de los dos pueblos aludidos, en virtud de sus antecedentes históricos y de su psicología peculiar, son los más a propósito para tranquilizar respecto a las ideas de predominio y absorción: ¿acaso Rusia no presenta la misma faz, cómico-trágica, de Pueblo del Señor, con el agravante de su desoladora cultura media, y acaso Inglaterra no ha mostrado en todas las oportunidades de su historia un ansia de poderío que no pocas veces la ha hecho pisotear los derechos de los pueblos débiles? Tan firmemente creo en todo esto, que a veces he encontrado razonable el militarismo alemán: ¿quién podría negar a los germanos la disculpa

de que procedían en legítima defensa al armarse hasta los dientes, porque si no lo hacían caerían sobre su suelo, para despedazarlo, Rusia, que siempre tuvo cuentas pendientes con ella por pedazos de territorio, Inglaterra, a quien molestaba en su reinado comercial el genio emprendedor de ese pueblo excepcional, y Francia, que espiaba con ansia legítima la hora fausta de hacer reingresar al seno del hogar las dos bellas hijas prisioneras?

Yo me limito a dejar así, abiertas, las preguntas que preceden: no sería, tampoco, capaz de responderlas. He tratado solamente de demostrar, con los interrogantes, la dificultad que existe para pronunciar un vaticinio.

Y es que las circunstancias en que la guerra se ha presentado son extraordinariamente complejas. ¿Quién choca con quién? ¿Qué ideales, qué intereses, qué razas están en pugna? Hablar del latinismo *versus* el germanismo es falso. ¿No resulta, al fin de cuentas, que la noble Francia es el único caudal latino que entra en la liza? Hablar, asimismo, de la justicia en lucha con la injusticia, del anhelo de paz enfrentando el militarismo, de la cultura yendo al encuentro de la barbarie, es declamar, declamar, declamar... ¿Dónde están la justicia, la paz y la cultura, y dónde lo antagónico a la cultura, la justicia y la paz? A poco que se ahonde el asunto nos contradecimos, nos desorientamos. A poco que interponemos la seriedad y la serenidad en el análisis de los hechos, huyen nuestras primeras explosiones sentimentales, que de un modo tan nítido y tan arbitrario deslindaron al principio nuestra simpatía.

Como una consecuencia de la dificultad en establecer qué se discute, qué problema se enfrenta, qué intereses entran en juego en esta contienda inverosímil, surge la imposibilidad de preguzgar lo que ha de venir luego que ella se liquide, aun partiendo del punto fijo de una victoria completa de Alemania sobre la coalición o viceversa.

Los autores de hipótesis sobre los resultados de la guerra, se han dado a la difícil tarea de prever en qué estado quedarán, qué desarrollo han de adquirir, qué impulso recibirán los problemas sociales palpitantes. No hay duda que existe más nobleza en esa preocupación que en la de lanzarse a barajar acertijos sobre la futura configuración del mapa europeo y mundial. Pero es que aquí mismo la dificultad es grande, la nebulosidad tal vez mayor que en el problema anterior. En ninguna época como en la pre-

sente, ha tenido una influencia tan enorme, se ha popularizado tanto, lo que pudiéramos llamar el caos de las grandes ideas contradictorias. No se han escrito, quizá, desde hace tiempo, esos libros-madres que han fundado por sí solos cada uno, una religión filosófica; pero la facultad de filosofar, de tener ideas, credo propios, ha perdido su aristocracia y se encuentra en las manos de la masa popular, tal como esa flor de que habla Maeterlinck, que, abierta en las alturas, termina siempre por caer al valle; no hay, quizá, autores geniales que continúen la obra de los autores-apóstoles, pero cada hombre es un alma abierta a las corrientes del siglo, que asimila originalmente lo que palpita en su alrededor. Así, los problemas del capitalismo y el proletariado, de la democracia frente a la monarquía, de la paz frente a la paz armada y la guerra, del cooperativismo, del socialismo, etc., quizá no tengan en la actualidad comentadores luminosos como los que fulgurarón en el período genesíaco de tales grandes ideas, pero encuentran glosadores modestos en cada ciudadano de cada país.

Y sin embargo de esta noble preparación intelectual, tan generalizada y tan a propósito para desterrar aberraciones arcaicas; sin embargo de que, a simple vista, púdose creer, hasta hace un año, que la humanidad había llegado a un grado de cultura capaz de excluir los impulsos unánimes e inconscientes, ¿cuándo han ido los hombres con más fiera tranquilidad a hacerse matar en los campos de batalla por otros hombres a quienes no odian, en nombre de ideales cuya ascendencia ha perdido todo su fanatismo obscuro, y movidos por causas que han quedado sepultadas en el secreto de las cancillerías? ¿No está justificado ser pesimista ante la demostración irrebatible de que todas las hermosas teorías se han esfumado frente a la consigna de ¡a la guerra! que parecía ya a ciertos espíritus una fórmula anticuada, vacía de sentido?—¡Ah!—responden, pero es que éste es el impulso último de inconsciencia; es que esto es como una postrer muestra que da el pueblo de ser rebaño ciego antes de trocarse en amo clarovidente. Quizá esas armas que apuntan ahora a pechos hermanos se vuelvan contra los gobernantes cuando la guerra haya terminado; tal vez estos hombres que componen ejércitos ahora, el día en que arrojen las bayonetas abran los ojos definitivamente y se dediquen a asegurar la paz, de modo tal que todas las utopías con que han familiarizado su espíritu puedan ser realidades sobre la Tierra!

¿Será esto cierto? Cabe, en verdad, dentro de la lógica de los sucesos, la idea de la reacción natural, y en este caso, luego de esta guerra desmedida, reaccionar no sería otra cosa que destrozar las máquinas de muerte para siempre. De parte de los gobiernos, reaccionar no sería otra cosa que elevar su nivel a la altura de la hora presente, y, al desaparecer de la sociedad las causas de opresión sobre la masa popular, desaparecería la armazón de los estados viejos y llegaría la victoria definitiva de las nuevas ideas. Esclarecido el pueblo, no habría ya guerras, porque los hombres aman la paz por instinto.

¿No podría suceder, lógicamente, lo contrario? Esta lucha que ha desenterrado tantos impulsos heroicos — ¡cuántos hombres, hijos de su tiempo, se habrán asombrado ante la revelación de un Yo sanguinario y romancesco que no conocían, que no supusieron nunca dentro de ellos! — esta lucha, repito, ¿no dejará en el fondo de cada pecho un sedimento impulsivo de aventuras guerreras? ¿No estará la Epopeya a un paso nuestro, plena, brutal, como en los tiempos legendarios? Pensemos a esta altura otra vez, en el estado especial de exasperación heroica en que ha de quedar el pueblo vencedor.

Y en plena Epopeya, lo último que se ventila es lo que pertenece al dominio del cerebro, que no prospera sino en los medios pacíficos, en pacífica evolución. De donde el caos de las grandes ideas contradictorias, seguirá como hasta aquí, como una hermosa teoría, o habrá retrocedido algunos pasos...

*

He hablado ya de América, sin nombrarla, cuando insistía sobre el programa político de predominios y conquistas que mi criterio ve en cualquiera de los dos grupos contendientes. Por eso creo que la actitud de los pueblos que la componen, será de franca solidaridad, ante el peligro común. Aprenderá también — sobre todo esta pobre South América, tan atrasada, tan turbulenta, tan distinta de Europa — a vivir por sí sola su vida intelectual y material. Con la enseñanza luminosa que el viejo mundo le ha dado, pródigamente, a través de los siglos, esclarecerá su camino, y, sobre esa base magnífica, edificará el palacio de su Idea Propia. No digo una novedad — al menos para mí no es nuevo escribir esto porque lo he pensado muchas veces — al asegurar que

si algún progreso social ha de resultar de esta contienda, ese ha de ser en el caso ideal en que los combatientes agoten sus fuerzas malas, y ha de tener su iniciación en América, libre de prejuicios reales, de edades medias angustiosas, de privilegios seculares.

Todo esto — y es triste pensar con tanto pesimismo — siempre que la Epopeya no nos envuelva en su vorágine.

Del doctor Victorio M. Delfino

A) *Introducción.* — "La gravedad del conflicto impone a todos los hombres definir perfectamente sus deberes y responsabilidades..." Tal es nuestra opinión manifestada antes de ahora con peligro visible y notorio, según nos lo han hecho sentir los fanáticos de todos los tiempos, sobre todo en nuestro reciente libro sobre *La Conflagración Europea.*

Pero, pensamos que esos "deberes" y "responsabilidades" han de definirse sin ambajes ni cortapisas de ningún género, que mal sentaría la verdad cubierta o a medias en este momento culminante de la estirpe. ¿Qué importa herir a los individuos o a las naciones, si fuese necesario, si para nosotros lo esencial debe ser la civilización del mundo en su sentido integral? ¿Qué puede interesarnos el individuo o la nación A. o B. ante el derecho asesinado y la justicia escarnecida? Nada, absolutamente nada frente a los principios inmanentes del derecho, la justicia y la verdad.

Desde luego, en materia histórica sólo una entidad debe tener en cuenta el que la escribe: la verdad. Lo demás es baladí y despreciable, frente a ella. La verdad es el alma mater de la historia; sin ella no existiría.

Ya lo he dicho y lo repito ahora, a modo de introducción: "La verdad es amarga como el áloe, pero es salvadora". El luto de la civilización abatida, sepamos llevarlo con la majestad de la madre sola. Sepamos soportar y llevar con nobleza el dolor del derecho asesinado. Todo esto está muy bien, pero "no coronemos con las flores del silencio la frente del delito vencedor". Porque la victoria no justifica la caída del hombre bueno. "La victoria no es la gloria: puesto que el crimen vencedor es siempre el crimen".

Si la civilización, la verdad, la justicia y el derecho, son los

vencidos, alcémonos contra la derrota. Pactar con la conquista, es la renuncia y la muerte de los pueblos fuertes.

Y sobre todo en el léxico inflexible de la incoercible conciencia humana hay una palabra que condensa la vida entera: el *deber*. Y el deber no se discute, se cumple. Y para el hombre de pensamiento existe en este momento angustioso y trágico una forma ineludible de ese deber: la de hablar alto y sin miedo, aunque con verdad, en las grandes horas de la historia.

No hay duda de que estamos en un momento angustioso de la estirpe. Es la hora del grito en las conciencias; es la hora del sembrador... de abecedarios y verdades donde mismo el plomo se derrama.

Bajo la advocación de tales principios, contestaré la oportuna y necesaria encuesta de esta revista, para la que se solicita mi opinión.

I

En gran parte tenemos ya contestada esta pregunta en nuestro reciente libro sobre la guerra europea. Con las consiguientes ampliaciones, sintetizaré lo que allí he expuesto. En orden a la geografía, la diplomacia y la política, juzgamos que las principales consecuencias que producirá la guerra europea, serán las siguientes:

1.º Las naciones más perjudicadas territorialmente serán Austria y Turquía. La composición etnográfica de la primera contribuirá a la división de la dual monarquía. La real e imperial monarquia desaparecerá como imperio integral. En cualquier caso, creeemos que no podrá subsistir el viejo imperio del Danubio: venciendo Alemania, que sería el mejor de los casos para ella, sería irremediablemente absorbida por el pangermanismo y por su extraordinario poder organizador. Triunfante Rusia, no hay para qué decirlo, dividida será.

Esa heterogeneidad de razas y la promiscuidad de territorios que coexisten artificialmente dentro del imperio, nos hace pensar en que lo que hoy es Austria-Hungría, quedará ditribuída así: la Bosnia y la Herzegovina se anexarán a Servia, que ya le pertenecía; la Bohemia se incorporará a Alemania; Tirol, Trieste y Trento pasarán a su dueña, Italia; Hungría se erigirá en reino independiente; la Polonia Austriaca gozará de autonomía. De

la real e imperial monarquía de Francisco José, quedará solamente Austria, propiamente dicha.

2.° No obstante el formidable e incontrastable poder alemán, su industria magníficamente poderosa, su enorme labor acumulada, su ciencia sin rival, su individualidad potente y característica y su gran poder militar, *a la larga,* se verá obligada a pedir la paz: los aliados la cercarán, la agobiarán, la cansarán, por el hambre, por la peste; pero nunca por la superioridad técnica militar y por el valor y arrojo de sus soldados. Habrá siempre que decir que tuvo que coaligarse la Europa entera para combatirla. No habrá, sin embargo, victoria definitiva: Alemania tendrá que devolver Alsacia-Lorena a Francia, pero, en cambio, obtendrá compensaciones coloniales.

3.° El dominio de los mares será compartido entre Inglaterra y Alemania.

4.° Desaparecerá Albania, incorporándose a los territorios a que *naturalmente* pertenecía: Montenegro, Grecia y Servia; exceptuando la ciudad de Valona que, como ya lo habíamos predicho en el mes de Agosto de 1914, pasará a Italia. Este hecho ha sido confirmado por la realidad, pues es sabido que Italia está actualmente ocupando la mencionada ciudad.

5.° Bélgica perderá su región flamenca y con el resto volverá a su admirable labor constructiva.

Fáltanos decir el gran peligro que, según nuestro juicio, amenaza a la Europa, después de la guerra: el *panslavismo.* El imperio ruso, por su enorme y casi fabulosa extensión (es el imperio más vasto del globo: 22.000.000 de kilómetros cuadrados de superficie); por su colosal población (170.000.000 de habitantes); por sus inusitadas riquezas naturales y por sus desmedidas aspiraciones de dominio, es una amenaza contundente y real para la Europa.

Pero en todas y cada una de las precedentes deducciones, producidas que fueran, se habrá observado que la humanidad no obtendría ningún beneficio moral.

¿Cuál sería, pues, la ventaja moral que sacaría la humanidad, si sacase alguna? Indudablemente el desarme y sus consiguientes beneficios.

Pero nosotros pensamos que el desarme no se producirá por parte de los gobiernos. No podríamos creer en esa sabia medida de política internacional. La experiencia histórica dice lo contra-

rio. El control sería imposible y, sociológica y psicológicamente, todo poder organizado, como la institución gobierno, es conservador por definición y tiende a su aumento.

¿Esto quiere decir que desesperaremos de los ideales altruistas y generosos, de la anhelada era de la paz y de la justicia social? ¡No, eso nunca! Sólo discutimos los *medios* de obtener esa era de paz, trabajo y concordia.

Pensamos que el desarme será un triunfo de las *fuerzas sociales* en ignición constante. Es la colectividad, la que realmente lucha en los campos de batalla, la que concluirá por *abstenerse*. Y, no hay duda, que después de la hecatombe habrá movimientos de esa especie en las grandes ciudades; pero no es de esperar todavía triunfos definitivos. Hoy por hoy, lo único que puede hacerse es que estas guerras se vayan haciendo cada día más peligrosas y difíciles de realizar.

Por de pronto, Europa toda se ocupará, y éste será su primer pavoroso problema, en construir lo destruído, en trabajar fervientemente, en reponer sus propias fuerzas morales desequilibradas en la contienda, en saciar el hambre de sus súbditos. La paz mundial quedará, sin duda, asegurada por más de medio siglo. Pero ello se deberá, fuerza es decirlo, al agotamiento material y moral de los hombres. Estas guerras casi rítmicas y sincrónicas, parecen una fatal predestinación para la Europa. Y en efecto, ella ha sufrido estos desastres con intervalos más o menos regulares. Ha construído lo destruído y ni bien terminada esta última tarea la tragedia se ha iniciado de nuevo.

No obstante, pensamos que la humanidad, después de esta guerra, prestará más que confianza, convicción a la paz augusta del reinado de la *ciencia;* y comprenderá que, después del conflicto, toca a ella dar la palabra de orden para la gran reconstrucción.

La institución "gobierno" se desprestigiará lógicamente y habrá más confianza en el pueblo. La emigración europea se producirá imperiosamente, pues sus hombres buscarán el territorio y el ambiente que más garantía les ofrezca de vida y tranquilidad.

Parécenos que de este enorme cúmulo de dolores, tristezas, violaciones, ausencia de derecho y de justicia y la obra formidable de la muerte, surgirá una moral más positiva y severa. Esta moral se asemejará mucho al *derecho positivo,* pero *inviolable,* por-

que será forzosamente individual; y será individual porque el hombre en esta tremenda guerra ha visto que todo ha fallado desde el punto de vista jurídico y moral y por eso apenas si se creerá a sí mismo.

II

Para América, la cuestión cambia fundamentalmente por razones de geografía, raza, ambiente y, sobre todo, por haber sido sólo escenario pasivo de la contienda. Juzgamos que ha llegado un período culminante para la evolución americana; período en que la humanidad extenuada deposita, por las imperiosas razones de las circunstancias actuales, deposita, decimos, en sus incontaminadas manos el acervo común de la civilización.

Moralmente, pues, América se engrandecerá. Intelectualmente también, pues su producción encontrará campo y ejemplo.

Materialmente, por lo que a América latina respecta, no creemos en un progreso sólido y duradero. La emigración, los capitales, las importaciones que se desbordarán la elevarán, sin duda, pero sólo transitoriamente y nada más. La razón de este fenómeno es para nosotros obvia: todo pueblo que quiera entrar en un nuevo *estado* sociológico, de progreso y civilización, deberá imprescindiblemente estar *preparado* y *predispuesto,* poseer el estado de conciencia necesaria para recibir sin turbación y tropiezo esa nueva etapa de su vida.

Y es eso lo que nos falta, precisamente; puesto que es ello un producto de la evolución, que "no hace saltos". Sus pasos son lentos y constructivos. Para que el niño reciba su traje de hombre, es necesario que tenga la posibilidad de ser tal, pues de lo contrario mal le sentará.

América latina, por sus leyes, su situación en la edad contemporánea, sus instituciones, su civilización, su diplomacia, casi nacional, su organización interna y su visible atraso técnico económico, no está en situación de recibir y *asimilar* con eficacia y provecho un adelanto sólido y duradero.

Estados Unidos de Norte América, es el pueblo apto para todo eso. Su conciencia pública está ya hecha, está preparada para el evento. Materialmente se engrandecerá inusitadamente. Moralmente ya no es posible, pues su moral, buena o mala, está ya construída en el gesto y en la idiosincrasia típica de sus ha-

bitantes. Pero, no hay duda, que esperan a Estados Unidos grandes días y, sobre todo, tendrá una grandísima misión a cumplir en el mundo contemporáneo, después de esta guerra: mantener la paz del Universo. ¿Lo hará con la nobleza debida? ¿Será grande y tendrá el gesto humanitario del apóstol? Tal es la incógnita reservada por entero al porvenir.

La verdad es que, para nuestro país, ningún hijo verdadero puede desear más para su grandeza que la paz y la experiencia concienzuda de sus beneficios. Nada más necesita esta nación: la paz para que sea posible el trabajo; y luego *hacer,* como decía Sarmiento.

Con haberse mantenido en paz y sin las sordideces cartaginesas ni la usura mercantil de los que aprovechan las grandes desgracias para lucrar, América latina se ha engrandecido inconmensurablemente en la tremenda tragedia.

En la concordia, la paz y el trabajo, ya puede ser Corifeo y en la buena fe de su política diplomática, maestra patriarcal.

Del doctor José León Suárez

Primera pregunta: *¿Qué consecuencias entrevé usted para la Humanidad, como resultado de esta guerra?*

Entreveo consecuencias altamente benéficas para la Humanidad. Creo que ésta se sentirá honda y positivamente solidaria. Opino que vendrá para el mundo un reinado de mayor justicia interna e internacional y que, por consiguiente, los derechos de los hombres y de las colectividades independientes serán mayormente respetados.

La democracia acentuará su influencia y los gobiernos ejercitarán una representación más efectiva.

Será muy difícil que los intereses de un partido y mucho más la voluntad de un hombre comprometan un país en guerra. Con más razón será difícil una nueva conflagración general.

Disminuirán o desaparecerán las alianzas y las "ententes" políticas con finalidades bélicas, para ser sustituídas por convenios tácitos y aun expresos en favor del mantenimiento de la paz.

Una nueva gran Conferencia de La Haya, realizará la mente de las de 1899 y 1907, que ninguna delegación se atrevió a exteriorizar. Surgirá una convención formal en que las naciones no

se limitarán a reducir las causas de conflicto o a condenar platónicamente la guerra, sino que *garantizarán* la paz general.

Parecerá, tal vez, que eso restringe el concepto teórico y absoluto actual de la soberanía, pero la humanidad exige, a gritos, la adaptación de la idea a las nuevas formas del sentimiento patriótico, igualmente firme, pero menos áspero y más de acuerdo con la concepción de justicia internacional.

Así como se restringe continuadamente facultades al individuo en nombre de la solidaridad social de su convivencia y porque vive y mientras vive en sociedad, así también se restringirá cada vez más el absolutismo de ciertos derechos de los Estados, inconciliables con otros de grado superior en la vida de creciente interdependencia de los países.

El derecho de hacer la guerra, implícito en la soberanía de cada país, no ha de ser concedido y aceptado como discrecional y con prescindencia de toda consideración de justicia o de interés internacional.

Todos los Estados se interesarán cada vez más en evitar ese "juicio de Dios" entre las naciones, como evitaron el "combate judicial" entre los individuos.

Las diferencias entre países serán cada vez más del resorte de la justicia internacional, ejercida no sé por qué forma de tribunal, pero que llegará a ser impuesta por las otras naciones.

La significación del estado de "neutralidad" sufrirá un cambio trascendental. Más que espectadores, los gobiernos neutrales en lo sucesivo serán jueces o eventualmente partes, según que intervengan con su fallo o con su imperio contra los que se nieguen a dirimir jurídicamente las cuestiones internacionales. En nombre de la solidaridad universal interpondrán sus oficios, y en último caso los impondrán, para evitar que la fuerza prime sobre el derecho y que la victoria suprima la justicia.

Si los cuarenta y cuatro Estados que concurrieron a la Segunda Conferencia de La Haya hubieran garantizado la paz general, no es dudoso que, a pesar de estar en guerra seis de las ocho grandes potencias del mundo, los neutrales uniendo sus fuerzas morales y materiales contra el beligerante que rehusara el arbitraje, hubieran impuesto esta resolución.

Pero es el caso de recordar con Virgilio: *Nescit mens hominum fati sortisque futurae* (desconoce el entendimiento humano sus hechos y suerte futura). Todo lo afirmado es hipotético y desde

luego ni yo, ni nadie, podría asegurar lo que ocurrirá inmediatamente o en un plazo fatal; pero es un pronóstico fundamentado e inspirado en la evolución que evidentemente se prepara. Por eso se refiere siempre a lo que será "el concepto universal" del derecho y de la justicia, tanto entre los individuos como entre los Estados.

Cuando hay concepto del derecho y espíritu de justicia, la ley puede tardar, pero en tiempo más o menos breve ha de llegar.

Puede afirmarse también que las leyes escritas o consuetudinarias del derecho nacional o del internacional, que no están de acuerdo con el concepto jurídico de la época, son efímeras y con mayor o menor rapidez caducan.

Las leyes no encarnan siempre la justicia, porque no son el derecho, pero deben serlo. En última síntesis, el progreso humano no es sino la incorporación del derecho a la ley y de la verdad a la ciencia.

Naturalmente, que antes que se noten los efectos del cambio que preveo, ha de liquidarse la actual guerra y todas sus incidencias inmediatas.

Como ocurrió en Viena en 1815, a raiz de la destrucción del imperialismo militar de Napoleón, habrá de reunirse un gran Congreso que, probablemente, corregirá a los cien años una buena parte de los errores cometidos en aquél.

La justicia y, por consiguiente, la paz del mundo, que sólo en su amplia base puede descansar, exigen que algunas de las entidades soberanas que hoy actúan, especialmente de las que participan en la tragedia europea, desaparezcan, se desmembren, o se transformen.

Todas las que mantienen en sus límites pueblos oprimidos y vejados, todas las que en el transcurso de los siglos en lugar de asimilar las diferencias, han exacerbado los antagonismos de raza; todas, en fin aquellas entidades que en lugar de ser "Estados-Naciones" continúan siendo, después de centenares de años de un régimen común, "Estados-Gendarmes", deben modificarse hacia otras formas que mortifiquen menos la justicia.

En Europa los Estados no se han formado por inmigraciones espontáneas y casi siempre afines como nuestro país y los Estados Unidos. Allí se han producido fenómenos migratorios bien distintos. Pueblos en masa emigraron de unas regiones a otras y conquistaron o fueron conquistados por pueblos de raza dis-

tinta. En la lucha aparentemente pacífica, pero enconada y odiosa, como todas las luchas étnicas y sociales, se asimilaron en muchos casos los factores más opuestos; en otros las colectividades salvaron intactas sus características y han conseguido a través de los años su independencia o por lo menos su autonomía; pero, con frecuencia, no ha habido asimilación ni reconocimiento de existencia, sino que se ha perpetuado la conquista empeorada con agravios acumulados por la historia.

El principio de las nacionalidades debe ser considerado como sagrado y reconocerlo y contemporizar con él, por lo menos como tendencia, es obra fundamental porque es obra justa.

Deseo advertir que hace tiempo enseño en mi cátedra un concepto racional de la teoría de las nacionalidades, pues no basta que un pueblo sea de la misma raza para unirlo a otro. Para mí la "voluntad" es un factor tanto o más importante que la "nacionalidad".

El principio de las nacionalidades debe a mi entender formularse así: Los pueblos de la misma raza, idioma, cultura, etc., que se sienten extraños y hasta oprimidos bajo la autoridad de gobiernos que les impiden la aspiración nacional de unirse, tienen derecho a realizar y es justo que realicen su ideal.

El día que no haya pueblos oprimidos, no habrá opresores ni política de uniones de raza. Desaparecería la única causa aceptable de guerra, pues pese al marxismo y al neosocialismo, el patriotismo que consiste en querer gobernarse soberanamente cada pueblo como pueda y como quiera, es un hondo y necesario sentimiento de la vida colectiva, que subsiste y subsistirá por muchísimo tiempo, quizás siempre, para bien de la dignidad y del progreso humano.

*

Segunda pregunta: *¿Qué influencia tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina?*

Preveo que en los países americanos la influencia material y moral de la guerra europea será muy grande.

La acción material y moral de la América se desarrollará, comparativamente, en mayor escala que la de Europa, porque los países del Nuevo Mundo no sufren el drenaje brutal de los me-

jores hombres y de las más respetables fortunas, que están experimentando los del viejo continente.

Yo no creo en el absurdo monstruoso del darwinismo social de la guerra. Creo, y estoy viendo en la presente, que es todo lo contrario y que el efecto inmediato de la guerra es segar despiadadamente los mejores elementos en hombres y capitales, y que su consecuencia mediata es producir un desequilibrio que desorganiza la historia nacional de toda una generación y afecta los intereses de muchas otras.

La humanidad hará más efectiva la igualdad social por medio de una práctica más honrada de las igualdades políticas y civiles.

Para ello las poblaciones europeas que anhelan rápido bienestar exigirán, y esta vez obtendrán, la modificación de las barreras prohibicionistas y proteccionistas, mantenidas con fines absurdos y hasta execrables de protección agraria y aristocrática.

La producción de la América latina constituída por materias primas para la industria fabril, encontrará en Europa y en los Estados Unidos, uno de los más amplios y colosales mercados que ha conocido la historia.

Nosotros, productores de materias "necesarias", las que más valen de las primas, como el trigo y la carne, podremos aprovechar la situación feliz que nos ofrecerá por mucho tiempo la transformación paulatina, pero fatal, de todo el comercio de alimentos del mundo, en un solo y libre mercado universal. Nuestros productos agrícologanaderos, podrán alcanzar el máximum de exportación y los mejores precios de venta.

Depende de nosotros mismos que saquemos de la producción el mayor provecho, es decir, que persigamos un beneficio integral. Todo nos aconseja ir industrializando racionalmente nuestra producción, en cuanto lo permitan las circunstancias del comercio internacional, con la mira de exportar los productos industrializados y sin contar, por consiguiente, con los artificios de protecciones aduaneras.

Garantida con serias probabilidades la paz general del mundo, nuestros países americanos podrán dedicarse completamente a las artes del comercio y de la industria.

Será la oportunidad, recién, de realizar como programa de gobierno, el plan de los armamentos limitados, que en las sesiones secretas de 1908 expuso magistralmente el malogrado estadista Emilio Mitre.

En el Nuevo Mundo no tenemos el problema de las "nacionalidades", sino el orgánico y en cierto modo contrario de la "nacionalidad" de cada uno, sobre la base del protoplasma ibérico, que queremos y debemos conservar, como filiación histórica y moral de nuestro presente y porvenir.

Los únicos problemas existentes son de puro carácter político y geográfico. Solamente uno, "el del Pacífico", reviste caracteres complejos y serios y nos afecta más o menos a todos, porque constituye un positivo obstáculo para la solidaridad americana.

La cuestión de Tacna y Arica debe arreglarse en alguna forma, o por la devolución de esas provincias a su legítimo dueño o por una justa y honorable compensación que satisfaga las aspiraciones y reivindicaciones mínimas del Perú.

Los americanos y especialmente los argentinos, no podemos mirar con indiferencia esa cuestión, que contradice y malogra las mejores iniciativas y los más sinceros impulsos del sentimiento americanista.

Tan grave asunto debe resolverse cuanto antes, por el exclusivo entendimiento de las partes interesadas y con el auspicio del resto de la América que anhela la confraternidad entre Chile y el Perú, como una medida previa y necesaria para muchas iniciativas trascendentales, tales como la del A B C, algo nebulosa e indeterminada todavía, pero, sin duda, bien intencionada.

Por otra parte, la justicia, como la verdad, padecen, pero no perecen; pueden ser martirizadas pero no ejecutadas. Y la justicia y la verdad exigen y esperan, hace rato, que Chile y el Perú encuentren una resolución a su divergencia que ya con los treinta y tantos años transcurridos, no puede liquidarse correctamente dentro de los términos del tratado de Ancón, sino por un arreglo directo, discutido entre las partes, con criterio positivista y ecuánime, bajo la presión de la necesidad de llegar a él.

América que es cuna y práctica de libertad, que es comunión y asimilación de razas y creencias distintas, necesita que se despeje ese único nubarrón en su horizonte, idealizado por los destellos de una aurora ingenua de justicia y de humanidad.

La civilización europea gastada y carcomida en sus propios esfuerzos y en sus propios excesos, renace o retoña en el Nuevo Mundo, renovada y regenerada, como la imponente civilización romana, que un día desplomóse al débil soplo de los bárbaros,

para renovarse y regenerarse en la sucesión de la Edad Media y de la Edad Moderna, que sólo han conservado del coloso sus concreciones en el arte y en el derecho, porque han sido los anónimos pero eternos tributos de esa época al progreso efectivo de la historia.

La aurora a que me refería, acaricia pueblos muy diferentes a los de Europa, en cuanto están exentos de prejuicios de raza, de odios ancestrales y de rencores sociales e internacionales; como vírgenes están sus tierras para la labor del hombre que, ante el criterio nuevo de la época próxima, no podrá cosechar honesta y lícitamente sus frutos, sino por los esfuerzos combinados del trabajo y del suelo, de la inteligencia y de la naturaleza.

Del señor Mariano Antonio Barrenechea

Nos pregunta la dirección de NOSOTROS, ¿qué consecuencias pueden preverse para la humanidad, como resultado de la guerra europea?

Si la pregunta se refiere a sus consecuencias políticas o sociales inmediatas, me parece imposible poder conjeturarlo, a menos de no estar dotado de don profético. Es emitir ideas muy simpáticas, pero vanas y platónicas, anunciar, como resultados más seguros de los formidables acontecimientos que trastornan hoy a la humanidad, la bancarrota del capitalismo, la liquidación del militarismo, o el fin de las utopías imperialistas y de muchas cosas más. Tanto vale predecir, para muy en breve, el restablecimiento de la edad de oro en el mundo.

Lo único que podemos hacer, lo más sensato, por lo menos, desde que el fondo de la naturaleza humana es inmutable y hemos, en consecuencia, de considerar que también lo es el fondo de la historia, es dejar hablar a los acontecimientos por sí mismos, mucho más elocuentes que todas las razones, cálculos y discursos que puedan inspirarse en los intereses y estrechas banderias que nos dividen. Luego llegará el momento de dejar hablar a la pasión, acaso.

Emile Vandervelde, prestigioso orador socialista y hombre de estado belga, representante, pues, de la moderna democracia oligárquica, no ha tenido reparo en decir con toda claridad, ante una gran asamblea popular, lo que sigue:

"La guerra, vista históricamente por encima de su torbellino presente, es un producto artificial de la diplomacia; la oposición racial de eslavismo y germanismo y la oposición colonial entre Alemania e Inglaterra, es obra de los diplomáticos. En la época de Bismarck, alemanes y rusos se querían cordialmente; si dejaron de quererse y comenzaron a temerse y hasta odiarse, no fué por nada, sino porque a Guillermo II le plugo embarcarse en una política internacional hostil a Rusia. En la época de Bismarck y aun más tarde, ingleses y alemanes se querían como buenos parientes; no había rivalidad naval ni había rivalidad colonial; si trocaron su afecto en temor y odio, no fué por nada, sino porque Guillermo II codiciaba posesiones ultramarinas para satisfacción de su megalomanía imperial, y un pequeño grupo de capitalistas las codiciaba por espíritu de lucro, en tanto que el honrado pueblo alemán emigraba, no a las colonias alemanas, buenas sólo para hinchar la vanidad vil de los indígenas, sino a las repúblicas americanas. La diplomacia y la casta militar habían venido preparando esta guerra durante años; una potencia más insolente que las demás ha provocado el incendio; pues he aquí lo trágico: ninguno de los pueblos contendientes cree que sus diplomáticos y sus militares contribuyeron a la preparación de la guerra, y ninguno cree que su nación fué la agresora.

"Cada parte se tiene por víctima de la otra; cada pueblo cree sostener una guerra defensiva. ¿Qué significa esto, sino que los pueblos no son libres, no ya en la sociedad donde viven, sino en la conciencia individual que les gobierna; que carecen de razón crítica suficiente para ir a las raíces de las cosas y para descubrir qué manos han tejido la red de sus infortunios; que basta una llamada a su sentimiento, en nombre de cualquier ideología falsa, para entregarse ciega, borreguilmente, al primer sargento que les pida sus vidas y haciendas?

"Y lo más triste de todo no es que la masa amorfa, inarticulada, de los pueblos, carezca de conciencia histórica, y todavía diste tanto de ser la dueña de sus destinos. Lo más trágico de todo es que aquella parte más culta, la población socialista de Alemania, haya aceptado el bárbaro fraude de sus gobernantes y militares como una revelación sobrenatural, sin ninguna duda crítica, con ceguedad de esclavos. Con qué dolor recordaba Vandervelde la reunión socialista de Bruselas, unos días antes de la guerra, y la presencia del austriaco Adler, con el corazón enfermo

de tanto combatir por la paz de los pueblos; de los alemanes Kaustsky y Haase, y de Jaurés. Aún veía a Jaurés y Haase — el mismo Haase que unos días después aprobaría los créditos militares en el Reichstag — redactando en común el manifiesto socialista". (1)

Y constituyendo la verdadera realidad de ese marco histórico trazado por Vandervelde, ¡qué infinita hecatombe de vidas humanas!, ¡qué derrumbe, no menos desesperante, de los ideales de paz universal, de todas las utopías y sueños humanitarios, de cualesquiera otras aspiraciones de amor fraternal de los pueblos! Ha bastado el gesto de algunos autócratas, para que todas esas canciones y adormideras, con las que se ha estado engañando a los oídos de la humanidad, cesáran de golpe en trágico silencio, para llenar, en cambio, el espacio con los infernales ruidos, lamentos y horrores del dolor, de la destrucción y de la muerte.

Para oídos crédulos se pueden poner ahora en orden rítmico muchas hermosas palabras generales; podemos cantar el despertar prodigioso del sentimiento heroico en el mundo; disertar largamente sobre la ineludible necesidad de la guerra, y hasta sobre sus esplendores y sus bellezas; y se puede concluir también, y con mucha filosofía, que después de esta catástrofe la humanidad, más fecunda que nunca, se elevará, llena de idealidad y de esperanza, de la abyección estúpida y materialista en que se sumergía poco a poco.

"Todas las cuerdas de mi alma, escribe el paradojista Bernard Shaw, piden que esta última lucha del león sea su mejor lucha de todas y que Alemania sea el último enemigo dominado. Pero soy socialista y sé muy bien que los días del león han pasado y que a la larga, un tiro acaba con el más bravo de los leones. Preveo que su victoria no nos llevará, como sus antiguas victorias, a un siglo de seguridad; sé que creará una situación más peligrosa que la situación de hace seis meses y que sólo resolverá satisfactoriamente esa crisis cuando cada una de las naciones de Occidente renuncie al sueño de la supremacía".

"He aquí la ilusión más reciente de las pacifistas ingleses, de esas *vírgenes locas*, como ahora se las llama, escribe el distinguido periodista español Ramiro de Maeztu, comentando las palabras del publicista inglés. Creo a Bernard Shaw muy capaz de renun-

(1) De una crónica de Luis Araquistain en *Nuevo Mundo*, de Madrid.

ciar a muchas cosas. Ha renunciado a los placeres del alcohol, del tabaco, de la carne, del pescado, y, desde luego, a los de la ociosidad. He oído decir que también ha renunciado a los placeres del amor. Ello lo ha hecho para mantener su pluma y su palabra a la tensión de un acero de Toledo, es decir, para no perder aquella supremacía de que gozan actualmente sus escritos y su palabra en una revista o en una tribuna. Pero a lo que nunca renunciará Shaw es a la supremacía de su espíritu. Cuando más reprime sus pasiones, tanto más será esclavo de la pasión dominante de dominar con su personalidad en el mundo de las polémicas inglesas. Y como Shaw no renunciará a su sueño de supremacía, tampoco los pueblos beligerantes. Al término de la guerra, se dirá Francia: "Soy el pueblo de la democracia", y querrá fundar en ello su supremacía sobre otros; dirá Alemania: "Soy el pueblo del orden", y seguirá aspirando a imponer su ordenación a un mundo que le parecerá anárquico; Rusia proclamará: "Soy el pueblo de Cristo", y soñará en nuevas guerras con el acero en la mano y la espada en el corazón, y si acaso Inglaterra no diga cosa alguna, ello dependerá de que los ingleses no creen completo el placer de dominar sino cuando dominan en silencio, esto es, sin necesidad de dar explicaciones".

Es todo lo que podemos prever, como resultados más seguros, no sólo de esta brutal e inesperada afirmación del principio de las nacionalidades, sino de cuarenta siglos de historia y de civilizaciones distintas.

*

Si podemos concluir que la bestia humana está demasiado acostumbrada a ser bestia para que sienta nunca sinceros deseos de dejar de serlo; si la más sensata consecuencia que podemos deducir de la historia, es que los asuntos humanos marcharán siempre igual y jamás se compondrán del todo, mientras intervengan en ellos los hombres, tales razones no son suficientes para desentendernos de esos asuntos. Hombres somos y nada de lo que atañe al hombre nos puede ser extraño. Todo nuestro deber y el único heroísmo posible es vivir con plenitud nuestro presente, sin querer perdernos en el pasado, ni volar hacia el porvenir, dos infinitos sin realidad. Desarrollemos en nuestra hora — que ella sola contiene todo el pasado y todo el futuro — las

energías de que seamos capaces, al solo objeto de hacerla aun más fecunda. Empuñemos nuestras armas en el eterno combate de la vida, sin desaliento aunque sin esperanza. El laurel de este combate es el combate mismo, porque ningún desastre ni ninguna victoria definitiva lo coronará jamás.

Lo esencial para cada uno de nosotros, es definir sus propias aspiraciones espirituales, y ponernos del lado de aquellos que se encuentren en armonía con ellas. No podemos mantenernos en actitud expectante en el momento de la tragedia. Si la neutralidad puede justificarse en los Estados como una actitud defensiva, de conservación, en los individuos es puro egoísmo, sequedad y vileza de alma, repugnante indiferencia.

¿Pero podemos ser realmente indiferentes? ¿Es que acaso se han quebrado en nuestras almas las cuerdas del sentimiento y se han detenido en nuestros corazones todos los movimientos de la simpatía? No; no puedo creerlo. Podemos creer, sí, que el mundo no se arreglará jamás políticamente, ni después de ésta, ni de otras guerras; podemos creer también que el hombre no tendrá salvación; pero no podemos (ni debemos quererlo) detener las inclinaciones de nuestro temperamento moral. Y porque siento en mí, una ardiente admiración por el noble genio francés, en el que se ha manifestado, en el que se ha depurado siempre, lo mejor del pensamiento de Europa; porque creo que las expansiones generosas y heroicas del genio francés, grande en todos los dominios del espíritu y grande en la acción "que fué su creación más sublime", constituyen el vigor, la savia, la vida moral misma de los pueblos que responden a las "tradiciones latinas"; porque creo que la patria francesa es la patria grande de todos los hombres cultos y libres, no puedo permanecer indiferente ante la agresión premeditada y feroz que le ha llevado el bárbaro pueblo alemán, mortalmente celoso de la gloria francesa y de su influencia en el mundo; que odia instintivamente al dulce y heroico genio del pueblo francés, como odia la ignorancia vanidosa al espíritu, la perversidad inconfesable a los sentimientos generosos, la impotencia ambiciosa del pedante a la facilidad graciosa y sonriente de la inteligencia, como odia el esclavo al amo. Y porque así lo creo y no puedo servir a Francia de otro modo que con los arrebatos sinceros de mi pluma, he pensado que la mejor manera de cumplir con mi deber — porque es un deber para toda inteligencia activa definir su situación respecto de esta horrorosa

contienda — era aprovechar la oportunidad que nos daba NOSOTROS, para propagar algunas verdades sobre el carácter del pueblo alemán.

*

Cualesquiera que sean — políticos o comerciales — los orígenes de esta incomparable catástrofe, no puede decirse que sea una *guerra de razas*. Al referirnos a los pueblos de Europa como a los de América, no podemos hablar de razas, razonablemente. Ni Francia es completamente gala, ni Inglaterra sajona, ni Alemania germana, ni siquiera Rusia completamente eslava. En cambio, bien podemos considerarla como el choque mortal de dos culturas que se mueven sobre fundamentos diversos. (1)

Dentro de la variedad infinita de los caracteres humanos, hay, y ha habido siempre, ante todo, dos categorías: de un lado aque-

---

(1) No resisto al deseo de reproducir íntegramente un hermosísimo artículo de Ramiro de Maeztu sobre un aspecto de este zarandeado problema de la cultura europea. Creo que la literatura, bajo cualquier forma que se practique, ha de proponerse directamente dar nociones claras de las cosas o despertar sentimientos. El señor de Maeztu define con tanta claridad y justicia dos tipos opuestos de cultura, el que predomina en Inglaterra y el que predomina en Alemania, que estoy seguro que tanto la gentil dirección de NOSOTROS como los lectores que no conozcan este artículo, encontrarán en él tan vivo interés, que justificarán de sobra, y aplaudirán, este largo aparte.

He aquí el artículo:

"INGLATERRA Y ALEMANIA: DOS TIPOS DE CULTURA.

"Hablamos mucho de cultura. Mejor sería hablar de culturas, al menos si quisiéramos penetrar en el sentido de esta guerra. Cuando hablamos de cultura, corremos el peligro de imaginarnos que la cultura es una. Y en cierto modo no descaminamos al pensarlo, pues cultura es cultivo, o sea aprovechamiento sistemático de las oportunidades naturales en una dirección establecida de antemano.

"Pero si esta cultura abstracta es una, la cultura concreta es multiforme. Como el cultivo puede ser de bosques, o de prados, o de huertas, o de tierra candeal, así la cultura puede ser estética, o religiosa, o ética, o científica, o militar. Este artículo se propone definir el contraste esencial entre el tipo de cultura que predomina en Inglaterra y el que prevalece en Alemania. Y para entrar pronto en materia, diré que la cultura inglesa es, ante todo, cultura de hombres (y mujeres), mientras que la cultura alemana es cultura de cosas.

El ideal de la cultura inglesa culmina en el *gentleman*. El *gentleman* pudiera definirse en castellano como el guante de seda en la mano de hierro. La palabra *gentle*, gentil, dulce, amable, dice el guante de seda; *man*, hombre, varón, la mano de hierro.

"El *gentleman* ha de ser fuerte, valeroso, duro para consigo mismo. De

llos hombres que aspiran con todas las fuerzas de su alma hacia la libertad, y del otro los que se inclinan hacia la esclavitud. Esta doble psicología, definida así de un modo quizás demasiado sumario, ha dividido la historia en dos aspectos distintos, oponiendo a los pueblos en los que reinó el espíritu de libertad, aquellos otros dominados por el espíritu contrario, o de esclavitud.

Esos dos principios parecen ser los mismos que dividieron, de un modo predominante, la historia antigua, y que se manifestaron, opuestamente, en el genio jónico y en el genio dórico.

El genio dórico, severo, casi bárbaro, animó a la sociedad lacedemoniana, se manifestó principalmente en Esparta, por una fuerza militar semibárbara, en una barbarie más o menos miti-

---

ahí, el cultivo del *sport*, del ejercicio físico y de los peligros. Pero al mismo tiempo ha de dominarse, a tal punto, que en su comportamiento con los demás, no muestre nunca su fuerza, sino cuando la justicia lo demande.

"Su ideal le ordena no molestar nunca a los demás. Ha de ser, por lo tanto, reservado en las palabras y sobrio en los gestos. No dirá sino lo que tenga que decir, y ello en voz baja y sin mover las manos. No hará preguntas ociosas a nadie; no se entregará nunca tampoco a confidencias, que el oyente pueda juzgar indiscretas. Si en un vagón del tren hay un departamento ocupado por un viajero y otro vacío, el *gentleman* irá al vacío, porque es deber suyo respetar la soledad y el silencio del prójimo.

"El *gentleman* será escrupulosamente limpio, pero no por estética, no por refinamiento personal, sino para no molestar a los demás con su suciedad. También será parco en atavíos, pero no por ascetismo, sino para no molestar a los demás con su ostentación. Será fuerte y bien formado, pero no por inclinación natural al atletismo ni por narcisismo, sino para no molestar a los demás con el espectáculo deprimente e intranquilizador de un hombre débil o mal hecho. Se guardará sus penas para sí mismo, porque no debe molestar a los demás con su relato.

"No os pedirá favores, porque no debe molestaros. No os los hará tampoco, sino después de haberse cerciorado muy discretamente de que no os molesta al favoreceros. No elevará la voz en público, como no tenga que pronunciar un discurso, porque sabe que con ello molesta a los demás. Tampoco tolerará de buena gana que vosotros alcéis la voz donde él se encuentre. Tendrá, a lo sumo, un amigo o una amiga confidencial. Para con todos los demás, parientes, amigos, conocidos, ingleses o extranjeros, guardará respetable distancia, que es decir una distancia suficiente para infundir respeto mutuo.

"El *gentleman*, en una palabra, ha de estar educado de tal modo, que no pierda nunca la conciencia de que el prójimo existe y es digno de respeto. La palabra *self-consciousness*, en inglés, no significa realmente conciencia de sí mismo, sino conciencia del prójimo, conciencia de que el *gentleman* no debe ofender, ni engañar, ni explotar, ni oprimir, ni molestar al prójimo, pero tampoco dejarse ofender, engañar, explotar, oprimir o molestar por el prójimo.

"Esta doble función de respetar al prójimo y hacerse respetar por él

gada que se fundamentaba en el acrecentamiento de todas las manifestaciones materiales de la actividad del hombre. Aquella semibarbarie militar, cuya fuerza social radicaba toda ella en el freno de la costumbre — como sucede actualmente con Alemania — en la regla severa, en la disciplina que todo lo metodizaba, hasta el amor, hasta el matrimonio; que produjo grandes políticos y grandes hombres de guerra, triunfó del genio jónico en la batalla de Egos-Pothamos; pero Esparta no dejó más que su nombre, mientras que el genio jónico manifestado en la historia de Atenas, responde a las aspiraciones ideales del hombre y al engrandecimiento de la personalidad humana, y dejó, antes de morir, las obras inmortales del siglo de Pericles y sus ruinas grandiosas,

---

impone al *gentleman* una constante vigilancia de sí mismo, un perenne *control*, para emplear la palabra inglesa. Este control de sí mismo, supone un gasto incesante de la voluntad en la atención. Este gasto hay que pagarlo. Y se paga, en efecto.

"El director de un colegio inglés de segunda enseñanza se cuida tanto de que sus alumnos lleguen a ser *gentlemen*, que sólo en segundo término se preocupa de que estudien o no. Lo que le preocupa es que sean limpios, sanos, enérgicos, veraces, buenos camaradas, incapaces de delaciones y de chismes, respetuosos de los demás y de sí mismos. El resto, que sean buenos matemáticos o buenos lingüistas o buenos técnicos, viene en segundo lugar.

"Hablo aquí, está claro, de las clases superiores de Inglaterra, pero como las otras clases las imitan, podemos decir que en la formación del *gentleman* culmina la cultura de Inglaterra.

"El tipo de la cultura alemana es opuesto. En Alemania lo primario es la obra; lo secundario, el hombre. Lo importante es que un estudiante sepa bien milicia o filología o matemáticas. Lo accesorio, que sea chismoso o hable a gritos, o pegue a sus criados, o se embriague como una cuba. Un alemán tiene que ser *sachlich* para ser estimado. *Sachlich* no se puede traducir al castellano, pero *Sache* es cosa, y *sachlich* es, por lo tanto, el hombre que hace cosas o que trata las cosas con escrupulosidad.

"Lo importante es tratar bien las cosas, no los hombres. Un médico alemán trata mejor la enfermedad que no un inglés, pero el enfermo no le guardará tanta simpatía como a éste. Un ejército alemán rematará bien la conquista de Bélgica, pero no se ganará, de seguro, la simpatía de los belgas. Si Bélgica llegara a ser alemana, no habría seguramente dentro de diez años un general belga que se bata por Alemania con el mismo entusiasmo con que los generales boers Botha y Smuts se baten actualmente por Inglaterra.

"Los alemanes hacen bien las cosas, porque se subsumen en ellas. Cuando salimos de Alemania, traemos la cabeza llena de admiración hacia la limpieza de las calles, la organización del servicio de correos, la disciplina y fuerza del ejército y el saber de los catedráticos. Pero es muy raro que acompañemos esa admiración con el cariño hacia el país, ni hacia sus costumbres.

"Y es que los alemanes no se hacen el cargo de que también los ex-

gloria y dulzura de la inteligencia, fuentes inagotables de toda idealidad en el mundo.

La sociedad romana fué más bien mixta, un compuesto de la influencia dórica y de la influencia jónica, o si se prefiere oriental. Roma empezó como Esparta y terminó como Atenas.

Es verdad que no debemos hacernos muchas ilusiones sobre los fundamentos de la civilización moderna. "Hablamos de la dignidad del hombre y de la dignidad del trabajo, dice Nietzsche; pero tales alucinaciones son productos miserables de una esclavitud miserable que se quiere engañar a sí misma. Entre nosotros, hombres modernos, todo se tortura para perpetuar miserablemente una vida miserable."

No obstante que la domesticación de la bestia humana por los progresos de la democracia, del nivelamiento común, del cosmopolitismo — fenómeno esencialmente moderno, — y de las violencias del régimen económico, asume caracteres idénticos tanto en París como en Petrogrado, tanto en Londres como en Berlín, los principales pueblos de la Europa central son movidos por principios diversos que mantienen entre ellos un constante espíritu

---

tranjeros tenemos nuestro corazoncito. No que se hayan portado mal con nosotros. Nos han invitado repetidamente a sus comidas largas y a sus bebidas profundas. Nos han hecho admirar su riqueza, su industria, su orden, su organización, sus millones de casas, de soldados, de fábricas, de libros, de laboratorios, de asociaciones. Pero al mostrarnos su casa lo han hecho con un gesto que decía:

"Así será todo el mundo cuando lo germanicemos. Todo estará organizado al modo como en un gran acorazado. En el centro, Berlín y Alemania; en la periferia, los demás pueblos, prósperos, tranquilos, gordos y sujetos. Una jerarquía férrea presidirá los destinos humanos.

"En lo alto, los nobles oficiales, dedicados a la guerra; en torno suyo, los grandes mercaderes e industriales, los profesores y los jueces; y, por último, las masas populares, bien atendidas en su enfermedad, en su vejez y en su falta de trabajo, pero sin espontaneidad, sin libertad, encasilladas, regimentadas, encajonadas. Todo, sistema; todo, orden; todo, organización; todo, disciplina; todo, maquinaria; todo, método; todo, reglamento".

"El *gentleman* inglés nos dice, en cambio:

"Así vivo yo; pero yo soy yo y tú eres tú y cada uno vive a su manera".

"Y cada país dominado por el inglés vive a su modo: el boer como boer; el hindú como hindú; el muslín como muslín.

"Pero el alemán nos dice:

"Así vivo yo; esto es lo bueno; así has de vivir tú".

"Pero no logra germanizar ni al polaco de Posen, ni al danés de Schleswig, ni al francés de Metz.

"Y es porque en los demás pueblos sigue viviendo el sentimiento de responsabilidad personal, de espontaneidad y de libertad, que cinco siglos de orden mecánico han destruído en Prusia. — *Ramiro de Maeztu.*"

de competencia, de lucha, de celos tradicionales y de ambiciones inextinguibles; que les determinan a emplear en este o en aquel sentido sus fuerzas de conjunto y que crean su destino histórico y su verdadera situación en la jerarquía de las naciones.

Los pueblos de origen germánico han representado en la historia, particulamente Alemania, las tendencias que distinguimos con el nombre de genio dórico: el Sacro-Imperio en la Edad Media. Los bárbaros germanos, los teutones como los llamaban los italianos del Renacimiento, fueron enemigos de todos los atractivos y refinamientos de la civilización, expandidos en el mundo por los verdaderos herederos de las aspiraciones jónicas, los italianos y griegos de las pequeñas cortes italianas, herencia que más tarde Francia recogió con gloria.

Veamos como ese espíritu dórico, esencialmente bárbaro, renace con caracteres alarmantes, en el actual imperio alemán.

Los ingenuos admiradores de Alemania hablan en forma ditirámbica de su prodigioso desenvolvimiento moderno y para aplacar la justa indignación que ha levantado en los corazones de los hombres cultos la ferocidad de bestias de que han hecho gala los destructores de Bélgica — lo que hará eternamente execrable en el mundo el nombre alemán, — los panegiristas del Imperio hablan todavía del espíritu humanitario de sus gimnasios modelos y de sus universidades, de sus inmortales filósofos y de sus músicos.

Corresponde declarar en honor de la verdad que el engrandecimiento de la Alemania moderna tiene mucho de admirable. El viajero que ha visitado sus ciudades principales recordará siempre con placer las impresiones que en ellas se reciben de bienestar, de orden, de comodidad, de higiene... El erudito y el intelectual sentirán verdadero agradecimiento hacia los pacientes sabios alemanes, cuya labor meticulosa y cuyo esfuerzo infatigable y enorme, han renovado materialmente todos los campos del saber. Pero hasta sin espíritu se puede ser sabio, nos recuerda Nietzsche; y es demasiado evidente que lo mucho que el mundo debe a Alemania responde a necesidades materiales de la humanidad y deriva del ejercicio casi exclusivo de actividades de orden material. (1)

---

(1) Ante afirmaciones como ésta, los alemanes se vuelven airados para invocar los manes de Gœthe, de Schiller, de Beethoven, de Schopenhauer... Los bestiales horrores de la locura patriótica y de la imbecilidad militarista han venido a romper esta filiación ideal que reivindican con tanto

"Es incierto, dice expresamente Nietzsche, que con Alemania domine en el mundo una alta cultura, ni menos un gusto delicado, una noble belleza de los instintos. Dominan con ella virtudes *viriles* de que no goza ningún otro país de Europa: valor y respeto de sí, gran seguridad en las relaciones y en la reciprocidad de los deberes, actividad y resistencia".

A esas virtudes *viriles* se reducen, en verdad, los motivos de la admiración que sienten muchas personas por Alemania.

"Sobran razones, continúa Nietzsche, para que la cultura alemana esté en plena decadencia. Cuando un pueblo sufre, y quiere sufrir la fiebre del nacionalismo y de las ambiciones políticas, tiene que ver nublado su espíritu con turbaciones diversas".

"La infección política ha producido en Alemania accesos de bestialización pública; por ejemplo: la estupidez antifrancesa, la estupidez antijudía, la antipolonesa, la estupidez cristianoromántica, la estupidez wagneriana (ésta de carácter universal), la estupidez teutona o prusiana..."

"Al fin de cuentas, pueblos o individuos no pueden gastar más de lo que tienen, continúa Nietzsche. Si se gasta en el poder, en la política, en la economía, en el comercio internacional, en el parlamentarismo, en los intereses militares, la dosis de razón, de seriedad, de voluntad, de dominio de sí que se posee, el otro lado se resentirá... *Cultura y Estado son ideas antagónicas, que no hay que confundir.* ESTADO CIVILIZADO es una idea moderna, vacía de sentido. El uno vive de la otra, uno prospera en detrimento de la otra. *Todas las grandes épocas de cultura son épocas de decadencia política.* Todo lo grande en el sentido de la cultura ha sido no político, antipolítico... El corazón de Gœthe sintió abrirse ante el fenómeno Napoleón, quedó cerrado ante las "guerras de independencia..." En el momento que Alemania se eleva como gran potencia, Francia, la gran escuela del buen gusto, gana como *potencia de cultura.* Hoy mucha seriedad nueva, mucha nueva pasión del espíritu ha emigrado a París; la cuestión del pesimismo, por ejemplo, la cuestión Wágner, casi todas las

---

arrebato los alemanes de ahora. Me parece difícil poder establecer qué lazos unen esta enorme y todopoderosa factoría de mercaderes y de soldados con la vieja patria romántica de Gœthe, la Alemania de las baladas, de los *lieder,* que "era como la dorada Madona de los Caballeros del Ideal". Lo mejor que hubo en aquella vieja patria alemana era de cepa y de cultura francesas; lo mejor de su siglo XVIII, Gœthe y Mozart, son más bien dos acontecimientos europeos.

cuestiones psicológicas y artísticas son examinadas en París con mayor fineza y profundidad que en Alemania — los alemanes son incapaces de esta especie de seriedad. En la historia europea la ascensión del Imperio significa ante todo una *traslación del centro de gravedad...*"

Estas reflexiones de Nietzsche datan de la victoria alemana del 70. Después de un poco más de cuarenta años esa traslación del centro de gravedad se ha operado por completo.

En la guerra del 70 la cultura francesa no fué vencida, como se ha dicho, por la cultura alemana, como la cultura macedónica no venció a la griega a pesar del buen éxito de sus armas. Por el contrario, la victoria sobre Francia ha sido de efectos desfavorables para el país alemán y su cultura. Creó el imperio como ídolo, la absorción absoluta de la individualidad humana, la usurpación del dominio de la cultura en favor del estado, el sacrificio del individuo y de la cultura a la política.

Escuchamos hoy las odiosas explosiones de esa barbarie.

El manifiesto de los intelectuales alemanes decía bien claro: "La lucha dirigida contra nuestro militarismo, es dirigida contra nuestra cultura".

Sometido a la casta militarista más brutal y absorbente de la historia, el pueblo alemán coloca la glorificación y engrandecimiento de su ejército por encima de su propia dignidad de pueblo civilizado.

"La Prusia, proclamaba el político Rehberg y con él toda la opinión pública alemana, no es un país que tenga un ejército, es un ejército que tiene un país."

El profesor Ostwald, de Leipzig, ha dado conferencias para pregonar la superioridad del estado militarista sobre las sociedades que profesan el respeto de la personalidad humana, porque el primero representa la organización, mientras los demás encarnan el individualismo, y el profesor Ostwald cree, como todo buen alemán, que la organización significa un grado más elevado de civilización que el individualismo.

Admiremos sinceramente los efectos sociales prodigiosos de esa organización alemana. Es esa organización admirable la que ha llevado al buen pueblo alemán — el pueblo de espíritu más grosero y chato, el más cazurro y cándido a la vez de la Europa, dice Nietzsche — a esta infernal danza de sangre y de muerte.

La ley de la solidaridad social se relaciona directamente con la

ley fundamental de la conservación social, enseñan los sociólogos.

¿Ha habido pueblo alguno que dé un ejemplo más sorprendente que Alemania de solidaridad social, y por lo mismo de energía y resistencia sociales?

Pero la solidaridad es por sí misma indiferente y amoral. Desde el punto de vista de una exacta psicología social, la solidaridad no es más que un egoísmo de muchos, una intensificación y una exacerbación de los egoísmos individuales. El espíritu de solidaridad es esencialmente antiindividualista, como bien lo vemos hoy con Alemania. Es esencialmente conservador, porque es esencialmente coactivo y tiránico. Es una supervivencia del espíritu de obediencia que pesa desde tiempo inmemorial sobre los rebaños humanos.

Nietzsche lo estudia muy bien y sus observaciones se aplican a su país:

"Desde que hubo hombres hubo también rebaños de hombres (asociaciones de familias, comunidades, tribus, pueblos, estados, iglesias), y siempre muchos esclavos en comparación del pequeño mundo de los que mandan; considerando, pues, que la obediencia ha sido hasta el presente lo que mejor y más se ha ejercido y educado entre los hombres, podemos fácilmente suponer que cada uno siente más o menos la necesidad innata de obedecer, la voz de una especie de *conciencia formal* que le ordena: Tú debes absolutamente hacer tal cosa, tú debes absolutamente no hacer tal otra, en una palabra: *tú debes*. El hombre trata instintivamente de dar una satisfacción y un objeto a tal necesidad. Según la fuerza, la impaciencia, la energía de esta necesidad, acapara sin distinción, con grosero apetito y acepta todo lo que le susurran al oído los que le mandan, ya sean sus padres, sus amos, o las leyes, los prejuicios de clases o las opiniones públicas... *De ello resulta que el hombre de rebaño se da hoy en Europa aires de ser la única especie de hombre autorizada; glorifica las virtudes que le hacen útil al rebaño como las únicas virtudes realmente humanas*".

Nietzsche toca aquí el verdadero fondo de la psicología del pueblo alemán, de la psicología de los hombres que tienden irresistiblemente hacia la esclavitud.

Una consecuencia inmediata de este formidable espíritu de solidaridad conservadora es la generalización del respeto y del temor de la opinión pública.

Es la generalización de lo que Nietzsche llama la vanidad gregaria: "El vanidoso, dice, regocíjase de toda buena opinión que de él se tiene (sin tomar en consideración su carácter verdadero o falso) como también sufre de toda mala opinión: porque se somete a ambas; se *siente* sometido, a causa de este instinto de servilismo, de sometimiento más antiguo que le domina. Es el *esclavo* en la sangre del *vanidoso,* un resto de la truhanería del esclavo, es el esclavo que se prosterna en seguida ante esa opinión, como si no la hubiera provocado él mismo" (1)

Lo vemos en el alemán actual, vanidoso y esclavo de la opinión ajena. "Los alemanes somos intelectual y moralmente superiores a todos los demás pueblos".

"Para metodizar al mundo, para organizarlo (para civilizarlo, dicen) los alemanes debemos extirpar en él todos los restos que aun quedan de las tradiciones latinas".

No obstante esa vanidad enfática, demoníaca, les vemos mendigar por todas partes los beneficios de una buena opinión. Tergiversan a su modo los acontecimientos, mienten cándidamente, recurren a los más groseros expedientes de la falsificación y de la invención, gastan millones en todos los países neutrales, hasta en la Argentina, que es para los ilustres profesores de Munich un país más bárbaro y despreciable que Egipto, con tal de poder alterar los juicios inviolables que nacen de la verdad de los hechos. ¿No revelan así toda su truhanería de esclavos y bárbaros? Bien diferente es la actitud que cuadra al verdadero orgullo, al orgullo, ni jactancioso ni consciente, que nace de la nobleza de los instintos, de una real superioridad moral.

Como los antiguos bárbaros y escitas de los que en gran parte deriva, — pues es necesario apreciar el verdadero carácter de los pueblos modernos en sus orígenes — el pueblo alemán es bárbaro con premeditación, porque quiere serlo, porque se siente superior a los pueblos que representan en el mundo, en cierta medida, las tradiciones inmortales de las civilizaciones greco-latinas.

Comerciante,

Deorum maxime Mercurium colunt (2),

y militarista,

---

(1) Todos los pasajes de Nietzsche pertenecen a su obra *Más allá del bien y del mal.*

(2) *Tácito.* Germania, IX.

Nihil autem neque publica, neque privata rei nisi armati agunt, (1)

el pueblo alemán tiene el sentimiento de su fuerza y la ignorancia de su debilidad, como los antiguos bárbaros, y en el fondo de su carácter innato es como ellos, rapaz, rústico, materialista, sensual y brutal:

Quoties bella non incunt, non multum venatibus, plus per otium transigunt, dediti somno ciboque. (2)

A pesar de los oropeles de una civilización universitaria muy adelantada y expandida (3) y de los aparentes progresos de su civilidad, afrentosamente negada en la salvaje destrucción de Bélgica, la irremediable barbarie del pueblo alemán, que duerme en el fondo de su carácter, se manifiesta en el prusianismo absorbente y en los sables de Berlín. Esta casta militarista ha implantado el terror, como ley suprema de la guerra, y la destrucción sistemática, a sangre fría, y sin provecho militar alguno, de la vida y de la propiedad privadas, como una práctica natural de aquella ley suprema. Semejante conducta de bandidos, que sobrepasa los límites de toda perversidad, deshonra al género humano. Todo hombre, sea de donde fuere, que sienta en sí algún espíritu de justicia, que se sienta animado por el deseo purifi-

---

(1) *Tácito*. Germania, XIII.

(2) Id., id., XV.

(3) Sin dar una extensión demasiado excesiva a esta respuesta no he podido aquí dar los juicios que la civilización universitaria alemana merece a los espíritus independientes. "Que no se me argumente, exclama Nietzsche, con la ciencia alemana, porque tiene sobre el espíritu alemán una influencia verdaderamente deprimente. Nada perjudicará más a la verdadera cultura que la abundancia alemana de ganapanes pretensiosos y de humanidades fragmentarias. Las universidades alemanas son verdaderos invernáculos para este género de empequeñecimiento, de deterioro del espíritu en su instinto".

Ya en una de las conferencias de su juventud, *Ueber die Zukunft unserer Bildungsanstalten*, Nietzsche criticaba las dos orientaciones principales de los institutos alemanes de enseñanza superior:

1.ª La tendencia hacia la mayor ampliación y difusión posible de la cultura intelectual;

2.ª La contraria, esto es, la atenuación, la restricción de la cultura misma.

La primera hace parte de los dogmas de la economía política contemporánea: *cultura* significa modernamente conocimiento de medios más directos para hacer dinero. Fin moderno de la educación: formar, con una instrucción rápida y fácil para todos, la mayor cantidad posible de hombres *corrientes*, del mismo modo que se fabrica moneda corriente. El peligro que esto entraña es que la gran masa salte una vez el escalón medio

cador de la libertad interior, que es la única verdadera y condición de todas las otras, ambicionará que esta guerra concluya con el aniquilamiento completo de la influencia alemana en el mundo. Lo ambicionará y debe trabajar por ello en la medida de su personal esfuerzo, por pequeño que sea, pues el triunfo de Alemania y de sus ideas importaría la más rápida bestialización de la Europa entera y, naturalmente, del mundo.

A semejante hombre le darán la razón las orientaciones de la verdadera civilización y de la misma naturaleza. La naturaleza quiere todo lo contrario de lo que se propone Alemania [1]. La mayor parte de los hombres viene al mundo por casualidad, no se revela en ellos alguna necesidad racional de orden superior; pero los fines naturales de la cultura nos enseñan que el objeto de la procreación es dar al mundo hombres más libres que nosotros.

Paralelamente las orientaciones naturales de la civilización tienden a la elevación, al engrandecimiento, a la diferenciación,

---

que la detiene y se lance hacia la felicidad. Ya se anuncia en el mundo los síntomas de este peligro, que la sociología llama "la cuestión social".

Pero la cultura así entendida, la semicultura actual, es una cultura atenuada que no forma ningún privilegio, que no inspira ningún respeto. La instrucción general no es más que la domesticación del hombre. Como la gran masa es rebelde a los efectos de una verdadera cultura y es absolutamente impermeable a su posible eficacia, la instrucción general ha creado ese estado gris, abúlico, de aplastamiento, de indiferencia por carencia de asimilación real, esa *ignorancia pedante* y esa falta de intrepidez moral que distingue a las clases semicultas de nuestras democracias, a la mesocracia intelectual del mundo entero.

La otra orientación de la enseñanza superior alemana, consiste en la especialización del trabajo científico. Quien quiere hacer algo en las ciencias, cultiva una materia completamente especial y no se preocupa del resto. En aquella partecilla del saber humano el sabio se encuentra por encima del vulgo, en todo lo demás pertenece al vulgo, o está por debajo de él.

(1) Los alemanes quisieran convertir a los hombres en abejas, en hormigas o en castores. Remy de Gourmont sintetiza en una fórmula feliz, la diferencia de naturaleza entre el hombre y el animal. "El animal ha hallado; el hombre busca". Y su gloria está en que buscará siempre.

Oigamos cuán sensatamente se expresa al respecto el pobre Ordinow, en *El Espíritu Subterráneo*, de Dostojewsky:

"¡Señores! Muchos misterios me inquietan: explicádmelos! Queréis transformar al hombre según las exigencias de la ciencia y del buen sentido. Pero ¿cómo sabéis que se puede transformar al hombre y que *se debe?* ¿Cómo sabéis que esa transformación será útil al hombre? Es una suposición gratuíta. *Es lógico, pero no es humano.* Al hombre le gusta construir, cierto es; mas ¿por qué le gusta también destruir? ¿No será

a la dignificación de la individualidad humana. Sólo entre los bárbaros y los salvajes tenemos el desvanecimiento y la supresión total de la personalidad.

Alemania representa, como se ha visto, los derechos de la sociedad, del Estado, de la organización, de la esclavitud; quiere el aniquilamiento completo de la individualidad, de la persona humana, su absorción total por el Estado. Los pueblos que la combaten representan, a lo menos durante la guerra actual, los principios y las tendencias contrarias. ¿De qué lado estarán nuestras simpatías? ¿De qué lado debemos ponernos? ¿Hacia dónde tienden nuestras aspiraciones personales? ¿Hacia la libertad? ¿Hacia la esclavitud?

---

porque siente horror instintivo de alcanzar el fin, de concluir sus conclusiones? Quizás no llega a construir más que de lejos, en proyecto; tal vez se complace también en hacer viviendas para no habitarlas, abandonándolas en seguida a las hormigas y a los animales domésticos. Las hormigas tienen otros gustos que los hombres. Edifican para la eternidad sus hormigueros; es el fin de toda su existencia y su único ideál, lo que hace gran honor a su constancia como a su espíritu positivo. El hombre, por el contrario, espíritu ligero, es un perpetuo jugador de ajedrez: ama los medios más que el fin y, ¿quién sabe?, ¿el fin no estará en los medios? ¿La vida humana no consistirá más bien en cierto movimiento hacia cierto fin? Este fin, no hay que decirlo, no puede ser más que una fórmula, dos veces dos son cuatro, y estas dos veces dos son cuatro no es ya la vida, señores!, sino el comienzo de la muerte. Supongamos que el hombre consagra su vida entera a buscar esa fórmula: atraviesa océanos, se expone a todos los peligros, sacrifica su vida entera a esa rebusca; pero alcanzarla, alcanzarla realmente, os aseguro que le causa horror. Bien siente que cuando la haya hallado, no tendrá más que *buscar*. Los obreros cuando acaban su trabajo reciben su jornal y se van a gozarlo a la taberna: tal es su ocupación de toda la semana. Pero el hombre ¿dónde irá? Alcanzar una fórmula ¡qué irrisión! En una palabra: el hombre es una máquina visible, trasuda el *calembour*. Convengo que dos veces dos son cuatro es una cosa bonita; pero en el fondo dos veces dos hacen cinco, no está del todo mal!"

Hasta la fecha en que cerramos este pliego (20 de Abril), hemos recibido las contestaciones de los señores Osvaldo Saavedra, José Martínez Jerez, José Gabriel, Arturo Marasso Rocca, Raúl A. Orgaz, Alejandro Gancedo (hijo) y José Muzzilli.

EL BUEN ARBOL AMIGO

He tendido mis manos caldeadas
por el sol del camino hacia tu sombra
i las has confortado, árbol amigo.
Venian fatigadas por la ausencia
de las manos amadas, i en tus hojas
se han hundido afanosas i han hallado
de aquellas buenas palmas la frescura.

¡Oh canción de sosiego i de ternura
sobre mi corazón; polvo de senda,
arrojado a vagar constantemente
por sobre la aridez de las llanuras!

¡Oh buen árbol amigo! Yo deseo,
aquí bajo tu amparo, una continua
renovación de mis palabras: quiero
unas que sean nuevas i que digan
de tu buena hermandad para conmigo,
de este compañerismo que nos une
i que no es el humano; voces vírgenes
de la boca del hombre, todas amplias
i llenas de tu aliento, de tu vida
primitiva i sincera, i de tu savia;
palabras interiores i sonoras
que arrastren mi sentir exactamente.

Armonicemos nuestras voluntades,
i digamos injenuos pensamientos:
que tu acción i la mia se confundan
en procurar la gracia de un remanso
al viajero cansado del camino;
que al ajitarnos ambos bajo el viento
le brindemos rumores de agua fresca.

Yo recibo tus brazos en los míos,
i, por tu corazón lleno de fuerza
ajitando mi pecho, tu constante
i severa actitud. I así, abrazado
a tu robusto tronco, parecemos
ambos un solo tronco por donde hace
pasar la tierra múltiples designios.

El descansar bajo tu sombra ha sido
ser fuerte i ser injenuo: boca abajo,
he apretado esta hierba entre mis dientes.
I con mis manos he escarbado el suelo
endurecido, i a tus pies he abierto,
majestuoso de esfuerzo, una ancha taza.
I he corrido después a la vertiente
i he traído en mis manos agua clara
innumerables veces, i te he dado
con humildad la ofrenda de mis actos;
porque he pensado en todos los que cruzan
a estas horas la tierra, i cuyos pasos
fatigados resuenan dolorosos
sobre mi corazón.
Nos parecemos,
árbol amigo: Yo tambien doi sombra,
pero la mía es infecunda: nadie
hallará hierba fresca en sus dominios
ni protector arrimo ha de pedirle.

Amo tu compañía: tu lenguaje
me aclara cosas viejas; conversamos
para dejar en medio de los hombres
altas renovaciones.
Yo bendigo
tu confianza i tu paz, i las deseo.

¡Acaso como tú, tras largos años,
seré también un árbol del camino!

ERNESTO A. GUZMÁN.

Santiago de Chile, 9 de Enero de 1915.

POEMAS

Palabras.

Tú hablas i al oir tus palabras, veo i recorro la casa que tú me describes i yo desconozco.
Me rodean con tal realidad las cosas que en mí tú despiertas, que defino contornos, enciendo una luz i añado detalles.

¡Dios mío! He llegado a esta casa i me he resistido.
¿Dónde la casa que tú despertaste en mi mismo? En nada se iguala a esta otra.
Un oculto dolor sobreviene al destruir lo que había soñado, extinguir la luz encendida i borrar los distintos contornos que había construído.
I pienso, en mi angustia, que entonces te hablé de mí mismo, de ansias e ideas informes.
Pienso que habrás tú forjado al oirme quién sabe qué historias.
I no puedo llevarte ante ellas i lograr que las veas i cambies tu imajen absurda.
Palabras, palabras... pensemos, amigo, en todo el engaño que trae este viento tan débil, este aire que apenas si mueven los labios.

La tierra.

A la tierra la veo, al agua la gusto, al viento lo escucho i lo palpo.
Sólo el tiempo, más flúido, se escapa; él es como un viento en el viento.
Yo he visto en las rocas el paso del tiempo.
Un grano de vida hacía nacer un liquen rojizo i la muerte del liquen, un polvo pardusco
Pasaban los días, un año, i un musgo pequeño brotaba.

El musgo ya muerto era polvo de tierra, en él arraigaba una yerba, la tierra en la roca crecía.
I semillas venidas quien sabe de donde, llegaron.
Así he visto en las rocas, que triunfan los árboles.
Un grano de vida caído en la roca, hizo tierra del aire invisible.
Un grano de vida hizo tierra del paso del tiempo.
¡Oh! puñado de tierra morena que tengo en mis manos, te palpo, te observo, te escucho,
inmóvil i muerta pareces i fuiste el canto del viento que sopla en la tarde,
el vuelo invisible del tiempo impetuoso que nadie doblega!

PEDRO PRADO.

Santiago de Chile.

EL MISTICISMO EN LOS POETAS PERSAS

Al Dr. Joaquín V. González.

El trono poderoso de la ortodoxia islámica, que las huestes de Mahoma cimentaran sobre bases que parecieran inamovibles, comenzaba a tambalear sacudido por el libre pensamiento y por la filosofía griega que arrojaran de Atenas y Alejandría Justiniano y el cristianismo. Esa filosofía que se arraigara profundamente en el reino deslumbrante de Josroes principió a retoñar varios siglos después, fuerte y lozana, en la corte de los grandes Califas de Bagdad. Fué entonces propagándose la llama que encendiera en la Persia musulmana el islamismo liberal atizada más tarde por el Califa Al-Mamún, hijo de Harun-el-Rashid, con el célebre decreto en que sostenía que el origen del Corán no era como hasta entonces habíase creído.

Pretendía el nuevo Califa demostrar que dicho libro no había sido revelado, destruyendo, de esa manera, las ideas fundamentales de la exégesis islamita; obligó al pueblo persa a aceptar esa doctrina, que produjo cismas en la religión que Mahoma predicara; mas los mismos sucesores de Al-Mamun se encargaron, poco más tarde, de alterar el dogma por éste sustentado: sostuvieron que el Corán era increado y esta es la teoría que perdura hasta nuestros días.

Las tendencias mitológicas y filosóficas del pueblo iránico, no eran tan fáciles de satisfacer con doctrinas procedentes de la corte de Bagdad. Ese pueblo cuyo pasado hallábase estrechamente unido a una historia llena de personajes simbólicos, creados por la fantástica imaginación de sus historiadores y poetas; ese pueblo que aún conservaba en su corazón los vestigios indelebles de las doctrinas de Zoroastro; que aún admiraba en secreto al todopoderoso Auramazda y temía las malas influencias de los dives

vengadores, principió a transformar la religión musulmana, que tan fervientemente abrazara siglos antes. Esa transformación que se empezó a operar lentamente y sólo entre personas pertenecientes a ciertos círculos, tenía por objeto satisfacer los instintos mitológicos y politeístas del pueblo iránico; instintos que no pudieron olvidarse a pesar de tantos siglos de dominación musulmana. Es así cómo la religión de Mahoma pierde su dominio influenciada por las nuevas ideas, al tratar éstas de exagerar el espíritu islámico o al querer desviarlo, para colmar caprichos religiosos nacidos de teorías mitológicas de la Persia antigua, o provocados por la intolerancia dogmática del Corán. Así nació el chiismo.

Una vez debilitada la religión musulmana a causa de tantas contradicciones, desorientóse a tal extremo el espíritu ortodoxo que comenzaron a evidenciarse, en forma alarmante, las deserciones del Islamismo. Si bien el populacho conformábase con la nueva religión, no así el pueblo culto, que no podía aceptar doctrinas cuyos principios estaban basados en teorías teológicas de dos religiones completamente opuestas. Formáronse dos sectas principales, creada la primera por aquellos que, independizados de toda creencia religiosa, tenían como base de su doctrina la incredulidad provocada por la ciencia — siendo Avicena uno de sus iniciadores; — y la segunda compuesta por ascetas, cuyas prácticas fundamentales eran el misticismo y la vida contemplativa. Fué de entre éstos que surgieron los grandes poetas místicos del Iran, siendo el precursor de ellos Abu'Said, el santo Sheij de Merú.

Nació éste en Jorasán y se retiró a Amol, en el Tabaristán, donde le sorprendió la muerte en el año 440 de la égira (1062 de la era cristiana). De cómo se hizo derviche, nos lo refieren antiguas crónicas de historiadores contemporáneos del gran místico. Un día que se paseaba por la villa de Sarajs, detúvose junto a una de sus grandes puertas y púsose a observar a un mendigo que, sentado sobre un montón de escombros, remendaba, al rayo del sol, su desgarrada túnica.

Era el mendigo el sheij Locman, apellidado "el loco" y cuando concluyó de remendar su túnica, sobre la cual se había proyectado la sombra de Abu'Said, díjole a aquél: "Hijo mío, acabo de coserte a esta túnica de derviche; ven conmigo". Y sin proferir otras palabras tomóle de la mano y le llevó a la zauía vecina, donde lo entregó al sheij diciéndole: "Abul Fadl, educa este muchacho y cuídalo con cariño que es de los tuyos".

Una vez encerrado Abu'Said en el convento, comenzó a llevar la vida del asceta. Pasóse siete años en un rincón con las orejas tapadas y sin dormir, pronunciando a todas horas en alta voz la santa palabra "Alá" hasta que la puerta y los muros respondiéronle "Alá, Alá". Fuése después al desierto, donde vivió como un anacoreta y sin otra compañía que los animales salvajes, alimentándose con flores de tamarindo; y, cuentan las viejas leyendas, que su reputación de santidad extendíase por todo el Irán. Tal fué su fama de santón que sus admiradores pagaban veinte *dinars* por las cortezas de pepinos caídas de sus manos; y había fanáticos que se frotaban la cabeza con el estiércol de su camello.

Fué éste el primer poeta que cantara los atributos de Dios de manera simbólica, y proclamase la unidad divina y el panteísmo en la misma forma que lo hiciera, dos siglos antes, el primer sufi, Hallaj, quien al expirar, exclamó: "Yo soy Dios"; y sin embargo, el panteísmo de Abu'Said no tiene la decisión ni la certeza que parecen poseer los poetas místicos que florecen más tarde enriqueciendo, con su lenguaje armonioso, la literatura iránica, y perturbando con su simbolismo audaz la religión de Mahoma, cuyos preceptos descuidaron al aceptar los dogmas impuestos por la religión sufi.

La procedencia de esta religión, que ha sido por tantos años jeroglífico indescifrable para sabios orientalistas, permanece aun en el misterio, pues si mucho se ha escrito sobre ella, y las más antiguas teorías han sido exhumadas, tratando de arrojar nuevas luces sobre esa huella cubierta de escombros, que se pierde en la noche del pasado oriental, nada digno de ser tomado en cuenta ha llegado hasta nosotros, a probarnos claramente su lugar de origen, fecha en que por primera vez apareció en el mundo islamita; y si fuese extranjera — como se ha presumido — ¿Cuándo fué importada en Persia? ¿Por qué vía llegó? ¿Vino, acaso, de la India después de la muerte de Mahoma (461 de la era cristiana)? ¿Tuvo su cuna en la misma Persia y es su origen el mismo de los Ghatas del Avesta, y con el correr de los tiempos, sufriera alteraciones?

Las grandes invasiones del imperio; las luchas civiles, seguidas de tiranías opresoras que se sucedían siglo tras siglo; el continuo cambio de dinastías, de emires, shas, sultanes y reyezuelos de provincia que pasaron, como a través de un kaleidoscopio, por el des-

garrado imperio, hundieron el alma del pueblo iránico en hondo mar de apatía religiosa y patriótica, dejando en ella despojos inconfundibles de viejas religiones en las que predominan, porque así lo quiere la imaginación fantástica de los orientales, el fatalismo coránico. Esa alma franca que caracterizaba la raza de Josroes y Darío; riente y alegre con Deshamshid, tierna y melancólica como Zohrab y valiente como Rustem, hállase ahora impregnada de profundo pesimismo al ver que nada puede esperar de su patria, de sus conquistadores, ni de los que la gobiernan y desgarran en luchas intestinas. El humo que envuelve los escombros de las ciudades incendiadas; el polvo que levantan con sus cascos los caballos de los bárbaros del norte, ocultando tras nubes amarillentas las huestes invasoras de Timur el tártaro, parecen cubrir las figuras majestuosas de los héroes indomables del Irán, empañando sus brillantes rodelas y refulgentes yelmos; la sangre que corre por la riente campiña iránica marcando el paso devastador de las hordas enfurecidas de Gengis Kan, corroe los cetros de sus reyes poderosos y esfuma la celeste aureola de sus dioses omnipotentes. Es entonces y a raíz de tales hechos que los hombres buscan su único consuelo y depositan su última esperanza en Dios, en un Dios que sin ser el Aura-Mazda de Zoroastro, ni el Jehová de que nos habla el Génesis, ni tampoco el clemente Alá que enviara a Gabriel para iluminar a Mahoma, tiene marcadas analogías con ellos. Los adeptos a esta religión no saben, no pueden definirlo: es un Dios único que no admite dualidades como la del Avesta, ni trinidades como la de la religión cristiana; es un Dios omnipotente que no tiene rivales. El demonio no existe. ¿Cómo tolerar la existencia de un enemigo de Dios, si ese Dios único y todopoderoso puede fulminarlo con solo una mirada?

Esta religión que predica la sobriedad y el ascetismo, que aconseja la soledad y por lo tanto tiende a desarrollar, gracias a la vida contemplativa que practican sus adeptos, una marcada tendencia al misticismo, halló gran aceptación entre los derviches, santones y mendigos y, como la base fundamental de la nueva religión era la humildad, vistiéronse sus afiliados con el "kurk"—una túnica de largas mangas. Fabricábase este manto o túnica con la lana que dan las cabras de la región del Kermán. Lana en idioma persa es "suf", la letra "i" de nuestra lengua equivale en persa a la preposición "de", de manera que "sufi" quiere decir

"de lana" u "hombre vestido de lana" y sufi es el nombre con que se denominan los adeptos a la religión de que nos ocupamos.

Es del oriente de donde nos han llegado todas las religiones. Allí nacieron y hallaron, en la fecunda imaginación de las gentes, ancho y fértil campo para desarrollar y fortificar sus doctrinas demasiado confusas para nuestras mentes occidentales. Sin embargo, en medio de ese maremágnum de creencias contradictorias; de entre esa multitud de ídolos y fetiches, de dioses buenos y de dioses malos; de entre las incontables divinidades que fatigan la imaginación y oprimen el espíritu, desorientando nuestras creencias y sembrando la incredulidad en nuestros corazones, se destacan ciertas doctrinas religiosas que, al igual que el sufismo, atraen nuestra atención por la poca complejidad de sus dogmas y la sencillez de sus teorías.

Cuentan que los turcomanos, para evitar que los enemigos pudiesen seguir sus huellas, forraban de gruesas pieles de carnero las patas de sus camellos. De igual manera, los adeptos al sufismo para ocultar su ciencia religiosa a la indiscreta mirada de los profanos y para evitar que los ritos, por ellos practicados, sean del dominio público, se sirven de expresiones puramente simbólicas, las que, a pesar de parecer indescifrables al no iniciado resultan, después de un pequeño estudio, fácilmente accesibles. Dichas expresiones eran para la ortodoxía musulmana dignas de toda reprobación y censura pues atentaban, la mayoría de las veces, contra el espíritu religioso y contra la fe dogmática del Corán.

La taberna es, según los sufi, el lugar preferido para la oración, ya se le llame iglesia, mezquita o sinagoga; la copa simboliza el corazón del devoto lleno del amor de la divinidad que es el vino. Comparan, también, Dios a la bien amada, y los actos de adoración dirigidos a él son cual declaraciones de amor, pero de un amor tan poco ideal que nos trae a la imaginación las sublimes estrofas del Cantar de los Cantares; esa poesía tan extraña y que a pesar del sentimiento místico que encierra, su apariencia exterior, desnuda de todo simbolismo, parece glorificar la carne en la más intensa y material de las formas.

Mr. Nicolás, a quien tanto debemos por sus interesantes trabajos sobre esta materia, cree que a causa del número reducido de expresiones simbólicas, de que podían echar mano los poetas sufi, concluían éstos por exagerar las imágenes materializando las

ideas, y despojaban sus composiciones poéticas de todo el carácter religioso que pretendieron darle. (1)

El misticismo, tal cual lo comprendían los poetas iránicos, parte del mismo principio y persigue el mismo fin que las otras escuelas místicas. Es simplemente el medio de abstraerse del mundo y sus sufrimientos, tratando así de acercarse a Dios y fundirse en él; perderse en la divinidad, volver, en otras palabras a Dios, puesto que, según esa doctrina religiosa, nosotros no somos sino ínfimas partículas de la divinidad que hemos abandonado y a la cual debemos volver y, así como la gota de agua cae al mar perdiéndose en la inmensidad, también nos fundimos nosotros y desaparecemos al ser absorbidos por la divinidad.

Esa constante preocupación de restituirse a Dios, de perderse en él, se destaca por sobre el espíritu lírico de todos los poemas y es el deseo que se desprende de todas las oraciones sufi. Pero ¿cómo acercarse a la divinidad si sabemos lo difícil que es llegar a ella? ¡Cuánta constancia, cuánto valor se necesitan para viajar por ese sendero erizado de peligros de que nos habla Ahmed Hatef! (2) ¡Cuántos sufrimientos son menester para penetrar en ese lugar, donde el dichoso peregrino, podrá contemplar frente a frente el rostro refulgente y maravilloso de ese Dios tanto tiempo presentido, tanto tiempo buscado!... Mas ¡cuán pocos llegan a ese alto grado de beatitud, sólo obtenido por Jesucristo a quien los sufi consideran como el más alto exponente de la perfección espiritual!

La vida contemplativa llevada por los sufi; el desprendimiento y la indiferencia por todo lo humano; esa continua marcha ascendente hacia la divinidad, buscando siempre la verdad y el bien; ese vehemente deseo de perderse en la nada, de fundirse en lo divino y perder todo contacto material y espiritual con este bajo mundo, llega a turbar el espíritu y a ofuscar el entendimiento y se

---

(1) Je croirai plus volontiers que chez les poètes de l'Iran, c'est la répétition même des images qui, à force de revenir sous la plume de l'auteur, finissent par donner l'impression d'un poème licencieux. C'est là un mode de penser auquel il faut s'accoutumer et que nous n'avons aucunement le droit de critiquer sous le pretexte qu'il s'èloigne de notre façon d'envisager les choses. *(La Divinité et le Vin chez les poètes persans).*

(2) Ahmed Hatef de Ispahan, en su poema religioso intitulado *El Terdji'Bend* (siglo XVIII), dice: "El sendero que a ti nos conduce está erizado de peligros. El mal que causa el amor que tú inspiras, es un mal sin remedio".

produce, en el cerebro del místico sufi un cansancio, una confusión que ellos comparan a la embriaguez provocada por el vino.

El éxtasis aumenta minuto por minuto, conforme el alma del sufi asciende paso a paso, acortando cada vez más la distancia que lo separa de Dios; los rayos de la divinidad le envuelven como una aureola de luz cuyos reflejos, al iluminarle, le hacen existir, le hacen vivir la verdadera vida. "Nada — dice Hafiz — existe en este bajo mundo. Esa copa, ese vino, esa rosa, todo lo que nuestra vista descubre no es sino el reflejo de Dios". Es la existencia del todopoderoso que al iluminar con sus irradiaciones la creación, nos hace percibir la existencia de las cosas, como el sol que al disipar la obscuridad, la ignorancia, según los sufi, descubre con sus rayos luminosos las cosas inanimadas y los seres vivientes.

Es desconcertante, para aquel que desee profundizar el espíritu de los poemas religiosos, los muchos obstáculos con que se tropieza antes de hallar un rayo de luz que despeje tan brumoso velo, y nos sirva de guía entre las innumerables contradicciones que componen ese misticismo peligroso, peligroso a causa de las imágenes de que se sirven en sus canciones los poetas místicos y que simbolizan el arma más poderosa que esgrimir pueda la tentación: la carne. "Por más templado que se halle el espíritu para luchar ¿qué puede hacer contra enemigo tan sagaz y tan porfiado?" San Francisco de Sales decía: que "si supiéramos hacer buen uso de las tentaciones, las buscaríamos en lugar de huirles". Los ascetas, eremitas y místicos cristianos comprendieron lo arriesgado que era el aventurarse en tan escabroso sendero, y si nunca se quejaron de que Dios les enviara tentaciones, tampoco dejaron de pedirle que fortaleciera sus espíritus lo bastante para poder luchar contra el demonio, el mundo y la carne y salir triunfantes de tan peligrosa contienda. Los monjes cristianos de todas las épocas han mirado con horror todo aquello que evocara el mundo y sus placeres, la carne y sus deseos y llegaron a cambiar el espíritu de la oración que el Cristo enseñara a sus discípulos; mientras sus resecos labios repetían el precepto de "no nos dejes caer en la tentación", allá en el fondo de sus mentes ofuscadas por el arrobamiento místico y atormentadas por extraño temor, le pedían a Dios "no nos envíes tentaciones", pues sabían cuán difícil es el no caer en ellas. ¡Cuánto flagelo, cuántos días de penitencia no se imponían aquellos que habían incurrido

en el gran pecado de la tentación! Por ella San Francisco arrojóse entre espinas, y en la nieve sepultó su escueto y afiebrado cuerpo San Benito. Sabían ellos que la tentación podía ser sentida, sin que por ello existiera ningún consentimiento espiritual; que el sentir una tentación era un sufrimiento, pero que una vez consentido transformábase en un placer y era, por lo tanto, un pecado. San Antonio, el fundador de la orden de los cenobitas, conoció la dificultad de substraerse a las tentaciones cuando se vive en continua comunicación con el mundo, y fué a encerrarse en el sepulcro que hallara en las soledades de la Tebaída, y ni aún así pudo librarse de los asedios del demonio.

Ese extraño temor que inundara la mente de los monjes cristianos no existe en el ánimo de los místicos persas. Estos, al igual que la doncella de Avila, no tratan de evadir las tentaciones y en vez de substraerse a todo lo que a ellas pudiera conducirles, las buscan llenando sus cerebros, oscuros a toda razón, de imágenes tentadoras. Así consigue Santa Teresa de Jesús celebrar sus esponsales con Jesucristo, y así pueden los místicos sufi llegar a desposarse con la "dulce copera de negros ojos y suaves mejillas cual tulipanes".

La apariencia exterior de esa doctrina practicada en la Persia durante la dominación musulmana, escandalizó a los ortodoxos y viéronse los sufi perseguidos y severamente castigados. ¿Tenían los pontífices musulmanes amplia razón para perseguir a los místicos sufi? Nos inclinamos a creer que sí. En aquellos tiempos (siglo XIII), la ortodoxia coránica habíase hecho muy exigente, a causa, quizá, de que los conquistadores trajeron consigo sus religiones y que a pesar de que éstos abrazaran la fe de Mahoma, quedaban entre la plebe y la soldadesca restos de creencias extrañas al Corán. Muchas de las composiciones de los sufi fueron destruídas por la censura que ejercían sobre esa clase de producciones los pontífices musulmanes; pero a pesar de ello leíalas el pueblo, eran aprendidas de memoria y recitadas secretamente.

Sobre la pléyade luminosa de los poetas sufi, tres grandes bardos destacan sus figuras majestuosas, cubriendo con sus poemas inmortales el campo florido de la literatura iránica. Ferid-ed-din-Attar, autor del poema de filosofía religiosa intitulado "El lenguaje de los pájaros" (Mantic Ut-tair); Saadi, oriundo de Shiráz, cuyos "Jardín de las rosas" y "Vergel" son dos monumentos de inestimable valor para la literatura oriental, y por último Mohamed Shems-ed-din apellidado Hafiz, "el más persa

de todos los bardos persas". Fué este el Anacreonte de la Persia; consagró su vida a cantar las delicias de las rosas, del vino y de las bellas doncellas de Shiráz, su patria, sin excluir de sus hermosas canciones tiernos versos en los que alaba los rubios cabellos o la blanca piel de jóvenes efebos.

El amor a los placeres se traslucía tan claramente en sus poesías, que fué la obra de Hafiz la más discutida en todo el mundo islamita. Pero el alma apasionada de los persas halló en las odas de este poeta todas las ternuras, todos los placeres, todas las voluptuosidades que ellos criaran en lo más recóndito de sus corazones, e hicieron de él su bardo favorito. Recitábanse sus composiciones en todos los lugares y a todas horas, y cuando el terrible Timur-leng entró en Shiráz, después de haber conquistado todo el Jorasán, hizo que le presentaran a Hafiz, cuya fama, traspasando las fronteras de la Persia, había llegado hasta las montañas azules de la Transoxiana.

La dominación islámica se extendía por todo el oriente. Parte de la India había sido sometida, hacía ya tiempo, por las huestes de Mahamud el Grande, que impusieron a los países conquistados, junto con su religión su literatura. Pronto fueron llevadas a la India las poesías de los bardos persas, adquiriendo mayor popularidad las obras de Hafiz; odas que todavía recitan los boteros del Ganges de Benarés la fantástica. En noches claras cantan los remeros una de las más sentidas gacelas del "ruiseñor de Shiráz" y acompañan el lánguido cantar con el rítmico movimiento de sus remos, que al hundirse en las cenagosas aguas levantan burbujas de espuma que platea la luna, una luna enorme que parece velar sobre la ciudad silenciosa en cuyo ambiente flota, fatídicamente, la pesadilla inquietante de sus innumerables religiones.

C. Muzzio Sáenz Peña.

REMEMBRANZA

A mi hermana Flora G. de Berisso.

Señora: este crepúsculo lluvioso,
Con su vaga tristeza me insinúa
Que abandone un momento mi reposo

Y os dirija estos versos. La garúa
Que llora en los barrotes de la reja
Y el viento que a lo lejos continúa

Monologando su doliente queja,
Que, ora simula el sollozar de un niño,
Ora el rezo impreciso de una vieja,

Y ora la voz de un ancestral cariño,
Me sugieren que os hable de mi infancia.
Y así lo haré, con ese desaliño

Que me es particular, sin arrogancia
De lenguaje; lo haré sencillamente,
Sin preocuparme de si en cada estancia

El verso suena melodiosamente.
Os diré de mi madre, así, de paso,
Alguna cosa vaga, que en mi mente

Surge como una imagen del acaso;
Porque habéis de saber, hermana mía,
Que por muy poco tiempo en su regazo

Mi madre me amparó; que todavía
Me apena esa remota desventura,
Pues era yo muy niño cuando un día

Me arrebató la muerte su ternura.
Una vez — hace muchos años de esto,
Pero el recuerdo en mi interior perdura —

Una sonrisa angelical, un gesto
De infinita bondad, una caricia
Tierna como un arrullo, y todo el resto

De amor inexpresable: esa delicia
Que penetra hasta el alma y la conmueve,
Hacia mí descendió, como primicia

De una dicha futura; y fué muy breve
La sensación, pero fué tal su exceso,
Que aunque el alma a decíroslo se atreve —

Bien lo sé yo — su intensidad no expreso.
Y es sencillo, señora, sin embargo:
Era mi madre que me daba un beso.

Vos lo veis, esto es simple, viejo y... largo,
Y no vale la pena que prosiga;
Volveré pues a hundirme en mi letargo.

Vos, señora, lo veis, por más que os diga
Lo que la tarde triste me insinúa,
Mi espíritu ya en vano se fatiga

Y en vano su romanza continúa.....
En la tranquilidad de mi pereza
Oiré el llanto del viento y la garúa
Mientras me invade el alma la tristeza.

EMILIO BERISSO.

LAS ALMAS

CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY

Por Eulogio R. de la Fuente

(Continuación) *

Hebras impalpables

Escuchad mejor... dentro del jarrón hablan. No se entiende. Hay debajo del lavabo un enjambre de ratas blancas infinitamente pequeñas y tenues, que si sacan la nariz serán convertidas en vaho; hablan mucho; se cuentan unas a otras sucesos que no pueden pasar en ningún mundo; tened cuidado: son cosas que vendrán. No se entienden. Las paredes están cuajadas de "espíritus": se desprenden por racimos; el polvillo viene dando vueltas y grita y se prende y resbala: los "espíritus" están muy cansados de que los tengan ahí y murmuran más que sacristanes: son maestros de escuela que del polvillo nada sacan en limpio; se han reunido en el techo y están en asamblea. No se entienden. Yo les doy mis buenos argumentos y se van. No es mala gente. ¿Qué traen de la hendija del yeso? Una mujer hermosa; aún no la veo; pero es hermosa: ya me ha mirado; la conducen desnuda... Con nardos la han hecho; le han metido en las venas vino purpúreo de Chipre. Me ha mirado con timidez y se ha escondido en los brazos... Los espíritus ríen. El polvillo no se mueve. Les animo y muy quieto estoy. Es una virgen que han ido a buscarme al castillo de los corales; tiene coral y espuma de mar en muchos

---

(*) Ver los números 68, 69, 70 y 71.

sitios. La quiero. No me muevo. Ayer y otras noches me ha besado en la boca; y siempre tienen que traerla, porque es muy tímida y no sabe, de cada vez, dar más que un beso. Pero ¡tardan! Las ratas blancas se han amontonado y las entiendo... El beso... brisa de mar... soplo de gozo... ¡El sol!

Reconocí a Vilma; su cara estaba encima de la mía; entendí lo que dijo:

— Sí, el sol, al fin ves... No, no hables; has estado hablando dos semanas. Tienes una manera horrible de soñar... y estás muy débil. Cierra los ojos, ciérralos; pero pon entre las pestañas, sólo entre las pestañas, esta buena noticia: hoy nos hemos salvado.

El sol se eclipsó; quedó como una raya roja debajo de la tinta china. ¿Cuándo reapareció la luz verdadera?

— Esta noche, Edgar, has cantado entre dientes. Lo mismo me cantabas a mí en mi camita cuando era mala y lloraba. Esta noche me asomé a la ventana y le canté a las estrellas la canción de la cuna, para que no lloren.

— Vilma...

— Cierra los ojos.

— ¿Te he visto muchas noches aquí?...

— ¡Zsit! ¡no hables! Cierra los ojos y adivina cómo es hoy la tarde. No hay una nube. Hace frío.

La tarde... ¿qué era una tarde? Una mitra de obispo ví. Crecía aprisa. Una bola de madera más grande que el mundo cabía dentro y no se caía. Era un proceso: los elefantes ocupaban el estrado; las focas tenían buenas poltronas; las serpientes colgaban de los bordados... Un puerco apostrofó: "Jesús-Dios, ¿quién es nuestro Padre?..." ¿Eso era una tarde?

Otra vez comprendí totalmente. Me reconocí a mí mismo. Ví muy pálida a mi hermana. Recordé que "Lais" había recibido una perdigonada. Yo habría, pues, tenido una congestión cerebral...

— Vilma...

— Edgar...

— ¿Cuántos días?

— Veinte.

— ¿No te has acostado nunca?

— ¡Zsitts!... no preguntes más. Sueña cuanto quieras.

— ¿Qué médico ha venido?

—Ninguno. Descansa; y ten presente que he descubierto cómo te haré dormir solamente con la yema de un dedo...

—¿Cómo?...

—¡Zsit! ¡zsit!

Más de una hora estuve callado.

—Vilma... ¿quién vino en esos días?

—Nadie.

—Sin embargo, te aseguro que han venido... besos. Estoy seguro de haberlos sentido. Vilma... Vilma... ¿no estás?

—Sólo mamá puede haber entrado... Ella habrá sido.

—No era...

—Ha mandado... Duerme.

—Ha mandado!... ¿A ti, Vilma?... ¿No estás?

—¡Zsitsss!...

Sopor melancólico... Hinchazón de "materias tensivas" en el cráneo... Ríos azules que corrían tranquilamente... Un firmamento de bronce sonoro donde los astros tocaban el *Alba*... Pájaros plateados... bosque de esmeraldas. La noche.

—Toma tu caldo, Edgar... Has dormido mucho.

¡Qué difícil es incorporarse cuando todo el espacio se apoya en el pecho y hay que levantarlo tantas leguas! ¡Qué hermoso es no ver, ni pensar y no tomar caldos!...

Risueña fué la mañana, aunque Vilma dijo que hacía más frío. Yo estaba muy despierto; ella dormitaba en una butaca. No tuve que hacer sino ir contando los minutos que tardaba en abrir un ojo y después lo mismo... Estaba muy cerca. Saqué un brazo y le toqué en la frente con un dedo... Abrió los dos ojos. Sonrió. Volvió a cerrarlos. Vilma no sabía que la mañana era tan bella.

Desperté.

—Vilma...

—¡Oh! tienes voz de coronel, Edgar... Pronto dejarás la cama. Eso conviene, me conviene... También he tenido un sueño. No creas que yo sueño cosas espantosas; pero tienes que sanarte enseguida.

—Dímelo.

—¡Es muy largo!... Cuando haga falta que duermas...

—¡Quiero dormir, Vilma!

—¡Caprichoso!

¿Soñé o realmente oí? ¿Fué una música rellenada por las inflexiones de mi arrobamiento?...

—Abrígate... No me mires. ¡Zsit!... Empieza ya a dormir; mi sueño es tan increíble que no puede ser escuchado con los ojos abiertos... Has de saber que hay, en alguna parte, un desierto grandísimo. No vive allí ni una brizna de yerba, ni un cardo, ni una ortiga; no se ha encontrado nunca un gusano, ni una arena blanca. Es una cantera quemada, sin agua, sin sol, que no tiene fin, con millones de puntas afiladas como bayonetas, con abismos más profundos que el mar. La luz es como la del azufre y brota de las piedras, siempre la misma, sin noches. El Gigante de las estrellas muertas nos había transportado: estábamos allí; sabíamos que si lo anduviésemos de un cabo al otro resucitaría el reino del cielo... y caminamos muchos días, meses, años... No sé quién de los dos dijo: "—¡Ay! ¿cuántos años hace que no bebemos?... Aquí no hay agua". Cierto era: no había ni pizca de agua... La sed empezó a abrasarnos. Nos bebíamos el aliento; descansábamos con eso y seguíamos. Sangraban los pies; los ojos iban tan secos que de secos no podían cerrarse; jamás el sueño nos separaba... y nuestro viaje no tenía quejas, ni protestas, ni lágrimas; no era triste. ¿Qué nos hablábamos? nada... ¿de qué hablaríamos viviendo tanto?... Me bajaba para limpiarte las heridas; después emprendías otra buena carrera, conmigo en brazos. Me dijiste: "—¿Ves cuánto corro? Mírame; mientras me mires no rodaremos por esos barrancos... Sujétate bien a mi cuello." Adelantábamos; me parecía que no era necesario ir tan veloces. ¿De qué existiría yo cuando el gran desierto terminara? Pero la sed no me dejaba hablar; y quería verte reir y el sueño no te permitía reir. Tres días largos como años, tres días de la sed, no del sol, reposamos. Entonces te dije un secreto: "—Edgar, he leído tu obra. Es como esta cantera: por ella vamos. El cielo no se ve; pero el cielo nos ha dejado el aliento y la fe de uno en otro para que en el desierto valgan más que el día y la noche y las selvas y los palacios..." Bajamos a un valle; un arroyo fosforecía... Bebimos. Era lava. Fascinaba como las ascuas. Bebimos otra vez... y me levanté. ¡Sola estaba!... Sola en el silencio de la cantera quemada... Me estremecí y mi dolor apagó la luz de azufre. ¿En dónde estabas? ¿a dónde te habías ido?... ¡Tierra bendita! ¿quién apaciguaría tus delirios? ¿quién pondría para calmarte su boca en tu boca?... Junté mis fuerzas y levanté un peñasco; lo lancé contra los peñascos; salieron chispas y estrellas... y te ví en el suelo, agonizando, clavándote las uñas en la

cara. Te grité: "¡Edgar! ¡abre los ojos! ¡apaga tu sed!... ¡Edgar, mira! ¡estoy rompiendo mis venas para que bebas!..." Me miraste. ¡Cómo me miraste, que me hiciste despertar!..."

Magia de las cosas soñadas... ¡Qué imposible y bellísima aventura! ¿Qué profecías o qué antiguas historias se vestían tan dichosamente con las gasas de la enajenación? Había, sin duda, dormido mucho. ¿No era Nelia quien hablaba en el cuarto-tocador?... Agucé el oído.

—¿Ha pasado todo peligro?

—Así lo espero—contestó Vilma.

—Era tiempo. He pensado más de una vez en él y en ti.

—Gracias, Nelia. El es mi familia, no tengo más; no tendría otra. Mi madre me la devuelve.

—¿En dónde está la baronesa Ilata? Con gusto la vería.

—Ha vuelto a Dios.

—Te ve? ¿la ves tú?

—Sí, nos vemos.

—Ah! ¿desde dónde, Vilma?

—Desde el amor.

—¿Es como lo dices? No... ¿No vería también yo? ¡Credulidades! ¿Qué se saca de creer esas niñerías?... Cosas parecidas leo en los libros... ¿Qué términos se emplean? Los términos son lo de menos; pero hay en ellos el mismo misterio, una letanía rara, vaga... ¿Qué sacáis de fingir lo que no es, lo que no es posible patentizar? En un lugar oigo o leo: "Divino amor... ¡eres todo!"; y a la vuelta: "¡Maldito amor! eres nada". De la muerte o de los muertos, lo mismo decís. ¿Quién os entendería?

—Eres de otro mundo, Nelia. ¿Nunca has sufrido?

—No me acuerdo.

—Lo que hay en el amor sólo lo entienden los que aman.

—Los que aman ¿sufren?

—Necesariamente, Nelia. Se sufre... se tiembla.

—¡Yo no tiemblo! Mi padre me refirió su vida; no lloré. Me refirió cómo y en dónde nací; no temblé por mi madre. Me dijo de ir a una corte imperial y corromperla; probé mis puños doblando barrotes de hierro. Nadie me vencerá.

—¿Eres el taladro?... ¡Pasas de incomprensible!

—¿Qué taladro?... Vilma, las cosas del amor no las veo; pero tú y yo vemos las cosas de la guerra... No son términos, no son ficciones, pasan a cuchillo familias y pueblos. Antes, la guerra

tenía magníficos días: los vencedores no dejaban piedra sobre piedra; en el solar de un Estado sembraban sal. Yo he salido de esa sal: tengo la frente de los pueblos raídos del globo. En mis ojos hay menos lágrimas que en el sepulcro de Cheops; pero me ha quedado, como hay en las tumbas abiertas, el poder de pasar con la muerte sobre miles de cabezas juntas.

—¡Nelia!... ¡Nelia!—le dijo dulcemente mi hermana.—¿Para qué hablas así? ¿se puede ser así?

—¿No lo he dicho ya? Soy... la que ha quedado.

Las voces se apagaron. Sonaban en mi cabeza campanas de iglesia y martillos de herrería. Estaba oscureciendo. ¿Habría leído Vilma mi obra? ¿Era posible que me hubiese seguido a través de las dificultosas cuartillas, explorando mi entendimiento para curarme, tal vez, de él también?

—Vilma... —la nombré con los labios.

—Edgar, ¿qué deseas?

—Creí que no estabas. Dime: ¿qué ha sido de "Lais"?

—Ya corre muy bien. "Lais" nos avisó; se vino sola...

—Vilma... ¿estuviste en mi escritorio? ¿Has leído?...

—Aquí leí.

Se me agolpó toda la sangre a la cabeza. ¡Los sueños!... Vilma conocía, pues, la ordenación de mis mundos interiores, tan fría que hubiera congelado a Schopenhauer... Ella, la mujer de la idealidad, había estudiado las fórmulas algebraicas de todos los fracasos del Ideal...

—Vilma...

—Edgar, no pienses. ¿Sufres?

—No. ¿He soñado que estuvo ahí Nelia?

—Ha estado. No es mala, Nelia.

Pasó más de un cuarto de hora. Le dije:

—Quiero abrazar a "Lais".

—¡Oh!... ¡Querido, no empieces otra vez!...

—Vilma, siéntate, vén...

—¡Si no me voy!... ¿Qué quieres? ¿quieres oir el lindo cuento del Pajarito Pica-flor?

—Ponme en los labios la yema de un dedo... Ya veo como están resucitando las estrellas muertas...

—¡Zsitsss!...

¿Qué balanza se ha desarreglado?

En el dormitorio se conservaba la temperatura como en las estufas; pero llegaban hasta la ventana con fuerza ráfagas de los días cortos y fríos de noviembre, indicando las desagradables mudanzas que encrudecen la vida universal. Mi convalecencia adelantaba en la paz de ese invernáculo. Llevaba ya una semana de alimentación progresiva y Vilma había dado su indispensable venia: al día siguiente dejaría la cama; pero... "no más correrías!"

Mañanas enteras me quedaba a solas. Le tocaba a mi hermana dormir. La soledad se había depurado de malos gérmenes: era una tregua bien endulzada. Me hizo acumular, moneda sobre moneda, caudales de paciencia y de doctrina; afirmó una esperanza más concreta en mí mismo. El espíritu, desatado de las impaciencias, corregía sus miras en la celda fría y refinadora de las ecuaciones filosóficas. ¿Me sobraba todo o empezaba a tener todo? ¡Para qué puntualizarlo! La felicidad no se analiza; se la aspira.

—¿Quieres que pase el capellán?

—Sí, Vilma. ¿Es muy tarde?

—Las tres. El doctor Flamingt bajará a las cinco. El día es de ellos... hoy.

—¡Albricias!... Buenas tardes, señor barón. El restablecimiento de su excelencia me llena de gozo. Buenas tardes... ¡Es la alegría de todos!...

—Usted tiene la salud de las encinas, padre Miecio. Satisface mirarle...No se quede, sin embargo, mortificando sus pies.

—¡Gran susto nos hizo pasar su excelencia, demonche! Cuando le traíamos por la carretera... ¡con el alma en un hilo! ¡Qué cosas! ¡qué cosas! Una desgracia sucede sin dar tiempo a contarla. Me sentaré... no se incomode. ¡Demonche!...

Se acariciaba la cara, sonrosada y sin pelo de barba, buscando con los ojos el asiento más apartado y modesto.

—¡Cerca, cerca!—le dije.—¿Qué hazañas ha hecho entre sus coleópteros?

—¡Demonche! les solté... todos. Pero si hubiésemos atrapado al hombre de la escopeta... ¡Dios me lo perdone! yo mismo le desollaría en menos de un credo. Y la señora baronesa Vilma... ¡cómo miraba! ¡cómo temblaba! ¡cómo venía como un terrible

juez que no ve en quien hará caer su cólera! En fin... ¡hay una Providencia!

—¿Se aclimata, padre? El castillo ¿no le ocasiona malas picazones?

—Pero, ¡Señor!... si éste es escalón de los justos... A mí ¡demonche! las excentricidades me tientan, dicho con todo respeto. Bach, Gluck, Gounod, Wágner... me hacen un gusanito, a mí, me electrizan... ¿Y qué tenemos con el doctor Flamingt? ¿qué tenemos con la señorita Nelia? ¡Demonche!

—¿Qué tenemos?...

—Simas atravesadas por relámpagos; y eso y barones de Noormy no hay más que en Noormy. Aquí, cuando alguno me mira, me hace esconder, así como lo digo, esconder.... y de noche pienso, pienso ¡demonche! Cada mañana, me parece que soy un poco más alto, un poco menos ciego. No obstante, lo que oigo y lo que pienso me horripilan, exactamente, me hacen horripilar. No veo bien a mi divino maestro o le veo de otra manera; se me van de las manos los oficios de mi ministerio...

—¿Qué dice usted, padre?—me reí, irreverentemente.

—Esas cosas me atraen ¡demonche!... a mí me atraen, me electrizan, hacen que apriete los tornillos de la cabeza; pero así como voy entendiendo mejor a Wágner, voy entendiendo peor a los pontífices y a los santos padres. ¡Demonche! no son flojas picazones, señor barón.

Cautivado por esa pintoresca ingenuidad, le dije:

—Vuelva usted, padre, a los sentimientos de su ministerio, pues si los dogmas no penetran hasta el fondo, los sentimientos del fondo vienen... Turbia es nuestra época; quizás no la hubo más revuelta; todo ha sido derruído y nada edificado... Cambie los retoques de sus creencias, pero apuntale aún más su tendencia a la alegría de las nobles obras. La filosofía no es un bien hereditario, ni de ella se adueña nadie por la lectura: la verdad es preciso vivirla para que sea incorporada a nuestro fondo; y usted no vivirá, segun creo, más que las realidades fáciles de cruzar. Conténtese con su moral. La moral de su maestro ignora la Naturaleza, ignora la justicia... pero usted tiene en ella una brújula, mientras no la rompa. ¿Con cuál la sustituiría? ¿por ventura halla usted que su moral le contraría en su naturaleza?

—¡Mi naturaleza! yo no debo tomarla en cuenta, si he de ser

un buen sacerdote; pero en ella estoy, eso es: mi vocación estaba montada en mi naturaleza como un reloj en su caja... tan sólo ahora no sé cuál es la cáscara y cuál es el fruto. Malo, malo, no soy, hágame su excelencia el honor de creerlo: hasta me ha entusiasmado la idea de que mi sacrificio contribuiría a la gloria de Dios y a hacer entrar bajo techumbre ovejas desventuradas... Pero ¿y si no hubiese tales ovejas descarriadas? ¿y si el que me ha parecido un impío irredimible estuviese en la eternidad más salvado que yo? ¡Demonche!

—Usted es víctima de Satanás: es evidente.

—Satanás...

—O Nelia: hacen la misma persona. ¡Ah ¡ah!... y aunque hiera sentimientos de su ministerio, le encarezco que... no cometa usted, padre, la imprudencia de enamorarse de ella. Veamos, veamos, qué hay... ¿qué le ha dicho Nelia?

—¿No estoy abusando de su excelencia?

—No, no, padre Miecio.

Se había puesto rojo hasta los cabellos y trató de disimularlo con una postura de concentración. Su temperamento no dejó, sin embargo, de sonreir.

—La señorita Nelia—dijo—habría metido en apuros al Santo Sínodo, exactamente. ¿Qué me ha dicho, señor barón? Cosas que no caben en veinte infolios: algunas, ni las he digerido todavía. Me ha preguntado qué Ser es mi Dios, qué hace en el universo, cuál es su poderío y su beatitud; quién soy yo y qué hago en Su nombre acá abajo... Con tino respondí, señor barón, midiendo las palabras, ateniéndome a los textos revelados y a las inspiradas lumbreras de la Iglesia... ¡Plum! ¡el mazo! ¿Pensará su excelencia que la señorita Nelia hizo una réplica heterodoxa e impía?... "—Señor fraile: la humanidad no puede tener dos ejemplares iguales; jamás los habrá ni los hubo. Lo infinito está en eso, en la infinidad de las formas y de las aptitudes: no hay milagro más grande; es la carátula de lo eterno. El arquetipo no existe más que en el origen mental del Creador: las criaturas corren del máximo al mínimo de dotación: unas tienen de más lo que otras tienen de menos. Unicamente el Todo es igual a sí mismo. Y si la desigualdad y la diferenciación son el prodigio y la necesidad de Dios fecundo ¿no están a la misma distancia del Creador los desiguales necesarios, ricos, pobres, bellos, deformes, valientes, cobardes, duros y blandos?..." Me

puse como la grana, exactamente, sin saber qué demonches hubieran argumentado San Crisóstomo o San Jerónimo.

—¿Qué más, padre Miecio?

—¡Ah! sin rencor lo digo: me maltrató desconsideradamente. Esas partituras del pensamiento me electrizan; quise discutir: la señorita Nelia por poco no me dejó fulminado:: "—Despacio, eminentísimo fraile, no cometa la necedad de recontar lo inmenso por los dedos, creyendo que aun le sobran dedos... Corte usted una hoja de laurel y mírela: tampoco hay dos hojas idénticas, ni las hubo: es el infinito objetivo. Pero, ¿qué seres podrían verla con la misma sensación? Ningunos. Una mosca no la verá como una hormiga, ni como un pájaro: un cocinero no la verá como un pintor, ni como un naturalista, ni como un paseante. He ahí como un solo objeto origina el infinito subjetivo de la impresión y la concepción. Y sucediendo eso con la cosa sencilla que es una hoja de laurel ¿pretende usted que los frailes pueden concebir de igual modo, y sentirla, la Divinidad? ¿quiere usted hacerme creer a mí, señor fraile, que la identidad humana de las palabras del Credo significa la unidad espiritual de un cónclave? ¡Haga, pues, a molde, cuantos cirios le acomode, santos, oraciones, indulgencias...! ¡Engríase, señor fraile, con la ilusión de que usted puede devolverle al Creador criaturas niveladas por la absolución y peladas al rape por la tijera de la Disciplina...! El Infinito no dejará de ser por eso el eterno Infinito".

—¡Buena corrida ha llevado su paternidad!...

—¡No he empezado aún, señor barón!—exclamó, levantándose, regocijado interiormente de su batalla con Nelia.—Y es el caso que yo crezco cada día un milímetro y que ando con miedo de que a tanto crecer he de dar con la cabeza contra los techos y quedarme sin ella. Eso mismo me electriza ¡demonche!... Pero ¿una Providencia? la hay, hemos visto que la hay. ¡Gran desgracia ha conjurado! Me felicito, me felicito... y sólo siento...

—El órgano...

—Eso es... un Tedéum de mi cosecha que infaliblemente me hace llorar. Su excelencia me hará alguna vez el honor de oirlo: es la alabanza al Supremo... la alabanza de las cordilleras, de los torrentes, de los mares... Es doloroso, porque lo compuse con el dolor de ser tan pequeño.

—En verdad que es usted originalísimo, padre Miecio.

—¿En superlativo?—dijo halagado, enrojeciendo de placer.

—¡Pecado para mí!... Y me retiro, señor barón... ¡Dios sea bendito y nos haga el beneficio de proteger sus días!

Una hora pasé agradablemente, meditando sobre los ¡demonches! del presbítero. El aire de Noormy empezaba a actuar en él y a moverle las poderosas aletas introspectivas; llegaría pronto a ese espanto de las interrogaciones profundas, el más real y el más inmotivado de los espantos. ¿Era el doctor Flamingt o era el decrépito y augusto teatro de las piedras quien nos envolvía en esa labor de la conciencia hacia su propia substancialidad? ¡Magnitud imponente de escombros! ¿cuántos muertos custodiaba? Volvía a amarlos, escombros y muertos. Abrazaba mi casa como la ardilla abraza la rama en que se refugia: nada del exterior había sido hecho para mí: todo parecía cumplido en Noormy para el último Noormy; y mi primer gran acto, después de abandonar la cama, habría de ser una hoguera para mis papeles, último vínculo con los personajes de un pasado exigente...

—Vengo un momentito... ¿Te han dejado solo?

—¿Por dónde andas, Vilma?... No te alejes tanto; necesito verte para seguir encima...

—¡No me adules! Mañana... ¡a pasear! Será un gran día. Voy a buscar claveles.

—No salgas al frío; no necesito claveles. Hoy, apenas te has sentado aquí has vuelto a escapar.

—Bueno; reclamo entonces un premio... En tus recuerdos has de tener muchos claveles de invierno... Me gustaría conocer el más raro, el más marchito...

—Querida, son claveles demasiado enfermos.

—Deseo entrar en tus días enfermos de antes... Empieza de lejos

—No me atrevo, Vilma. Pero, ¿quieres saber algo de mi amigo Hermæning?

—Dí, dí, que de todo se pueden sacar puntadas. Pido que la historia no sea cortita.

—Verás. Aproxima otro poco tu butaca... Lucas tenía en Budapest un amigo, Pedro Adán, que era un terrible misántropo. Habían hecho juntos su carrera, sombra uno del otro, hermanos de alma, apartados algunas veces por las ideas, parientes siempre por la simpatía. Pedro Adán era tres años más joven que Lucas, pero parecía veinte años más viejo. Lucas le vigilaba. Ambos eran médicos y, no obstante, un destino, un porvenir muy

diferentes se señalaban en sus ocupaciones: a los veintitrés años, Pedro Adán, afamado publicista, era un hombre laureado por el cataclismo. Lucas vió que no había tiempo que perder, que el suicidio llegaba al galope... y una noche, llevando un tratamiento de horrorosas responsabilidades, se presentó a deshora en la casa de su amigo.

"—Lo tengo resuelto, Adán y vengo a decírtelo. Me caso.

"El misántropo ni aun levantó la cabeza. Metió la mano en la confusión de cuartillas, libros, útiles y pomos que cubrían la mesa... Sorbió el aroma de un extracto de ámbar.

"—¿Te casas? ¿has vuelto a nacer, Lucas?

"—¿Eh? ¿Acaso es necesario para casarse nacer dos veces?

"—Eres especialista en operatorias cerebrales... ¿tendrás cerebros de repuesto para tu mujer?

"—Las sátiras no me enfrían, Adán. Tú estás tamizando las palabras por el sayal de un cartujo; yo no me lanzo a "la mujer".

"—Sombra animada... víscera, látigo, úlcera, espanto fecundo... Sombra que perturba al sabio Hermæning... ¡Otro titán esclavizado! ¿por quién?... Pandora es eternamente idéntica, la negra como la amarilla, la duquesa como la sierva... Tentación, banalidad, envidia, celos, muerte.

"—No es mi caso, Adán. Me lanzo al amor idea fija, al remolino de un solo sentimiento.

"—Patología!... Tu remolino se parece a un punto convulso tanto como un loco se parece a otro loco.

"Se escondió Lucas para sonreir; Pedro Adán le vió sonreir como un buen padre.

"—No es lo que crees, Adán: tiene todos los crepúsculos, lleva en los ojos el negro milagroso de la primera noche, algo de la inmensidad antes de la iluminación... Y te conoce; te conoce, Adán. Ella se llama... Irma de Sión.

"Ese nombre produjo un efecto, obró como una fuerza extraordinaria. El misántropo se levantó.

"—¡Alto ahí, Lucas!... Irma de Sión me pertenece. Nadie es; pero prohibo al mundo entero que la toque.

"—¿Nadie es?... Tú estás cerca de ello ¡estricnina!... Pero, ¿Irma de Sión?... ¡es de carne y hueso, la tengo!...

"—¡Cómo vas a tenerla, Lucas!... ¿Has perdido tu razón en la sala de vuestras histéricas?... Irma de Sión es una figura de mujer que yo construí, es la heroína de uno de mis *Cuentos*

Fríos, no salió de vientre de mujer sino de mi cerebro, cuando yo tenía diecinueve años... ¿no lo recuerdas?

"—No. Evócala, tal vez es la misma.

"El misántropo se animó, revivió en sus criaturas, se recostó en la belleza de sus fantasías. Dijo:

"—Irma sería una mujer tallada en la más blanca fibra de las razas antiguas para la tragedia de los sentimientos sublimes. Creció en Sión, la ciudad en donde resplandecía Dios. Fué de azucenas la carne de sus senos; fué acarminada como los claveles, majestuosa como una sultana, firme como una profetisa, insondable como la más sabia mujer de Caldea, templada en el aislamiento para las agonías del amor infinito... Tendría veinte años. Fué virgen, virgen siempre; pero los deseos se estremecían debajo de su piel como en un prado se estremece la colcha de las primaveras...

"—¡La misma es!—se apresuró Lucas a interrumpirle.—Escucha: Irma de Sión es esa mujer que jamás ríe, pero que tiene en la mirada todas las sonrisas. Es alta. Recuesta el talle en las caderas. Habla poco; sus palabras son sueños. Duerme poco y el insomnio le hunde las ojeras, ojeras que casi sangran..."

Corté ahí mi relato.

La palidez de mi hermana, un desmayo mortal que ví en su semblante me hizo sentarme en la cama.

—¿Qué tienes, Vilma?

—Nada. Aire... Voy a respirar un instante... un solo instante y podrás seguir.

Fué con dificultad hasta la puerta; se detuvo repentinamente; dijo, repuesta, fría y altiva:

—¿Me buscabas, Nelia?

—No—contestó Nelia con absurda tranquilidad,—no te buscaba. Pero, ahora, te diré... Eres tú, Vilma, la virgen de Sión, la blanca y acarminada, la que tiembla como las primaveras de los prados... Y yo... yo, que soy la avalancha... ¡puedo en la mitad de un segundo...

—¡Silencio, Nelia!—le ordenó el doctor Flamingt, que sin duda llegaba a ese tiempo, con voz de irresistible rigidez.—Espérame arriba. No se atemorice, Vilma.

—¿Atemorizarme?... Pobre Nelia, no está bien.

—No, no está bien—dijo él entrando en mi aposento.—Hace diez días que me obliga a ir pisando sus talones. Está rompiendo

todo lo que fué previsto... Barón, vamos a necesitar de su buena salud.

Un círculo de amapolas en un cementerio no produciría con el viento rumor tan lúgubre y sencillo como el tono de esas frases claras. ¡Sobrecogido el domador, el gigante! ¿era posible?... Ocupó el asiento que Vilma había dejado y, con su densa máscara impasible, me dijo:

— Mejor que yo ha salido usted del trance... Nelia nos va a revolver de abajo arriba. Tiene que prevenirse.

— ¿Contra Nelia? ¿no es ella la diosa Minerva? ¿Qué podríamos dar ni oponer a la sabiduría? — le pregunté, irritado aún por la intempestiva escena.

— Tiene algo que no se ve... un clavo metido entre la carne y la armadura. Nelia no es Nelia: es una bala que retrocede. ¿En qué tropezó? ¿hacia dónde vuelve? Es usted, barón, quien llegará a saberlo. He venido por otros asuntos, con noticias adversas... Hilda Clara de Noormy de Andrassy Schlich, marquesa de Haynán, condesa de Unghvár, ha muerto en su castillo de Neustring.

— ¡Ha muerto!... ¿cuándo?

— Hace veintidós días. Juzgué inútil comunicárselo antes.

— ¿Lo sabe Vilma?

— Se lo dirá usted cuando lo crea oportuno.

— No ha llegado a conocerla... Era nuestra única tía paterna. ¡Mi buena tía...! ¿no me regalaba sus bosques de Bohemia para que fuese a divertirme allá? Mucho la estimé, porque mucho valía.

— Es usted su heredero universal, barón. Cerca de los cuarenta millones... Tendrá usted que ir a Viena. En su ausencia... ¡bah! ¡quiero suponer que la Ley no ha sido trastornada para humillarme!... ¿Llevará a su hermana?

Había en su frialdad fugas de súplica que me inquietaron, subiendo de aquel pozo broncíneo.

— Nada nos costará, doctor Flamingt, acceder y ausentarnos.

— ¿Acceder...? ¿qué he pedido, barón?

No se veían sus ojos azules, tan fluorescentes de ordinario, focos de voluntad y de genial inteligencia. La noche venía rápidamente y la cabeza le sombreaba la cara. Agregó, casi afectuoso:

— Removerá usted el mundo... la fortuna le hará llegar y entrar por todas las puertas. Usted plantará el árbol de la Humana Verdad. En el humo sagrado de la Mente histórica va a brillar la centella suprema. Y puede, después, volver todo al

principio, al diluvio, a otra infancia, a la hora de otro despertar, que la cumbre habrá quedado aquí, en Noormy, para las compaginaciones del Universo... ¿Qué música viene?

Se puso a escuchar. Bajó la cabeza como un penitente.

—¡Podía perdurar la Centella... y, en vez, quedará el rastro! El árbol quedará seco... ¿Qué debió ocurrir? Debió ser creado el supremo Hecho humano, en el macho y en la hembra... El libre Espíritu, en la Sensación incontaminada... la divinidad vivida... todos los monstruos vencidos... el minuto soberano de la Fecundidad con los ojos videntes... ¡Oh! ¿qué música es esa?

Dió algunos pasos hacia la ventana.

—Nelia—habló sibilinamente—era la mitad de esa cumbre... ¡Se me desploma! Mis palancas se traban. La Divinidad se fragmenta en la Animalidad... ¿Sabe usted, barón, qué obra se me viene abajo?... ¡Música!... es el órgano... ¿Quién puede tocar un himno victorioso cuando yo tengo en el cráneo cien ruedas de molino?...

Me sentí casi anodadado por aquella catarata de imágenes descomunales. El, continuó:

—Es Vilma... ¡es ella! ¿otra cúspide?... ¿De qué gloria desconocida me habla usted, barón? ¿Qué perspectivas hay que yo no viese?... No es eso, no es eso... Es que la balanza está mal... ¡La arreglaré o la haré saltar! Hablaremos cuando haya regresado de Viena.

Iba a decir que todo ello era poco comprensible; pero el doctor Flamingt no estaba ya en el dormitorio.

Alcázares de oro

Estaba en mi tercer día de libertad. Avanzaba la mañana, serena y seca. Una hora hacía que andaba de extremo a extremo por el camino de los frutales, gozando del sol y de mis paisajes imaginarios, con el entusiasmo de un escolar en vacaciones. Etéreamente rutilaba la luz invernal, pacífica como el reflejo de un lago. Estaban allí los mirtos perennes para atestiguar el relieve de las florescencias que resurgirían, curada la tierra de las lepras otoñales de su parto, purificada en las destemplanzas de la desnudez. ¿Empezaba entonces mi juventud?... Veía a un lado

la masa del castillo inmemorial, frontones escalonados y rasgados por hendiduras negras, atrevidas torres que fingían caer, abultadas pirámides que imitaban inmóviles caparazones de monstruos, y soñaba una primavera para las piedras, una combinación de formas restauradas, un empleo magno de mi herencia, que prolongase mil años más las raíces pétreas de mi apellido.

Un perro que pasa y vuelve haciendo cantar sus cascabeles nuevos no iría tan ufano de ello como lo estaba yo con mis demoliciones y mis reconstrucciones. Haría levantar un palacio con todas las magnificencias. Arquitectos de hiperbólica fantasía vendrían del Indostán. Cargamentos preciosos llegarían de las venas y canteras iránicas. Conservados joyeles de las reinas de Azur constituirían la pobreza de mis museos. Terrazas soberbias harían palidecer la grandiosa amplitud de los vestigios de Khorsabad. Se acumularían esculpidos y columnas de Luqsor, haciendo entrada ciclópea a los camarines lunares de Damasco... y un esplendor de civilizaciones sucedidas brillaría bajo la lámpara bruja de la industria moderna desde las estatuas de oro de las cúpulas, que darían idea de los cien ojos de Argos vigilando en el cielo. Sería yo el señor y el pontífice de ese hijo salomónico. Vendrian las mujeres más bellas del orbe a prosternarse en las escalinatas de ágatas y diamantes ofreciendo la servidumbre de sus cabezas, la obediencia de sus lomos y sus vientres. Mi nombre sonaría a gloria y despilfarros en las campanillas de la Locura... Y tanta pompa no haría más que ascender, crecer, colmando de maravillas las azoteas, deslumbrando al Tiempo, pues funcionarían en los subterráneos de Noormy las artes del poderío genial vomitando por las máquinas la inagotable abundancia. Habría asimismo un órgano... un órgano jamás inventado que enviaría sus cantos a cien naves de un templo enterrado en las negras entrañas de la tierra, órgano inviolable como el tesoro de un shah, bifurcado como una mina de guerra, peligroso como una trampa... Un órgano en el cual solamente unas manos podrían posarse...

En voz alta, impensadamente, pronuncié el nombre:

Vilma...

Fuí a mirar las lágrimas turbias de un peral. Mi boca ¿acababa de injuriar a Dios?... Me asaltó una timidez desconocida. Emociones de cortedad y de resentimiento sobrealzaron a Nelia, hiriente y maligna, en el pavés de esos rientes proyetos. Sí, Nelia

nos había abatido, había clavado a nuestra puerta la lanza de un reto envenenador; y Vilma y yo estábamos otra vez separados, divididos, siendo pequeño el castillo para huirnos, alarmándonos nuestras pisadas, ensopando en silencio acobardado nuestras comidas... Pero ¿era Nelia, en realidad, la culpa de tamaña perturbación?... ¿No andaba zumbando en el aire, entre nuestros ojos, atrás de nuestras huídas un silfo impudente, dulzón, cupidesco, angustiante, como una larva precaria y osada que quisiese reinar o perecer?...

—¿Hay, pues, en esa corteza algún huevo de avestruz?

—¿De dónde sale usted, Nelia? ¿Viene de la médula de esa higuera?—dije antes de haber podido resguardar mi semblante, que estaría vendiendo mis pensamientos.

—¿De dónde vengo?... de mi vigilia.

—Salamandra...

—¿Soy tan hermosa?... Le suponía en Neustring.

—¿Está usted impaciente por verme rico?

—No. Puedo hacer y deshacer entes ricos.

—Lo creo, Nelia, pues eso es más fácil que deshacer presbíteros... y usted nos le pulveriza a nuestro capellán.

Contempló, sin responder, la pura y azul taza de la atmósfera, dirigiendo a lo alto los ojos como serían dirigidos los cristales de unos gemelos de teatro, enriquecidos con nácares y esmaltes. Llevaba puesta una toga blanca de vicuña, gruesa, esponjada, cuyos pliegues se marcaban con la suavidad aristocrática de una piel de armiño. Nelia parecía, en el uniforme de su toga, tan alta como yo. Su garganta era armoniosamente movible y esbelta. La nariz, breve y afilada, más parecía adorno maestro en su cara de pinceladas finísimas. El pelo, rubio, elástico, leve, se rizaba en el aire como los zarcillos en las viñas... ¡Despertarla y tenerla!... Era más odalisca que Lea, más hermosa que lo había sido Aranka, más impúdica que Timea...

—Voy a renovar los acumuladores de los baños de luz—dijo tranquilamente.—Usted piensa demasiado en las cosas de los niños.

—En usted pensaba, Nelia.

—Mi primera lágrima está lejos.

—Estuvo lejos. El mundo no se ha conmovido por ello.

—¿Qué me importa el mundo?... Lanzo mi disco más lejos que los frailes, a más distancia que cien médicos.

— Bien; pero deje usted en paz al padre Miecio. Muy pronto tendrá a Lucas.

— Más pronto tendrá usted su Irma de Sión.

—¡Es usted más implacable que los tiburones!

— Son impecables, no otra cosa. Lo mismo soy yo. No es ninguna hora: nosotros no necesitamos medir el tiempo. Usted, que lo mide, prosiga en el árbol su interesante observación. Al cabo de un año o de tres, usted hará salir de esa cáscara huevos de avestruz: el mundo lo creerá, aunque no saliesen, como ha creído a Tomás de Aquino.

—¡Dardos, siempre dardos!... He de llegar, Nelia, a un día limpio y apagado en que nada me habrá quedado sino la enseñanza de haber vivido. En ese día, usted orará y llorará delante de las cáscaras rotas... Entre tanto, no la conozco, no sé quién es ni a dónde va.

—¿Quién es usted y a dónde va? — me miró fijamente.

— No quiero ser más que el "hombre". Iré derecho a eso, hacia todos los martirios.

—¡Embriones de astros! ¡Gran gallina precisan! — dijo con tono más frío y sesgado que el filo de una guillotina.

No la detuve más: sus puntas castigaban demasiado.

La figura que debí de hacer sería desdeñada por un azotado. ¿Me arrastraban a las anteriores revulsiones? ¿Qué era Nelia en mi espíritu? ¿qué quería ser? ¿por qué se enquistaba en mis sentimientos como un proyectil en los músculos? El doctor Flamingt me la conservaba... ¡sin igual don! ¿Sería ella la encargada de desmantelar las vetustas religiones y de encontrar los reemplazantes de los gastados dioses? Transcendía a mecanismo más que a mujer; pero ¡qué cincel la había hecho, con líneas nunca producidas!... ¡Ah! ¿por ventura echaba ancla en mi carne el deseo de despertarla y poseerla?... Me palpé. ¿Era yo suficientemente denodado para tal empresa? ¿cómo desconcertar su superioridad?...

Mes y medio ocuparon los viajes y las escrituraciones.

El dinero allana muchos trámites y me ayudó a regresar de Viena en ese plazo. A mi paso por Budapest esperé tres días a Lucas, dedicándoselos casi por entero a la muerta, a Alicia, en el mausoleo de los barones de Güns. ¿Qué otra mujer la igualaría en amor ni en generosidad? ¡Adiós, alma doliente y clara de mis noches de peregrino!...

Fuerzas ocultas tiraban de mí hacia Noormy. Pese al romanticismo de las tumbas, bien pude cerciorarme de que el antiguo imperio se había hundido.

En el tren no tuvimos muchas cosas que recordar. Lucas temía ver abrirse las heridas y dejaba mis vendas intactas. Se esforzaba por ser un gentil y despreocupado mundano. Había dogmatizado sus maneras. La severidad y la filantropía hacían grave exhibición en la rigidez de los lentes y de la boca. Era, ante todo, una autoridad del mundo médico; pero cuando se arriesgaba a reir, reía como un colegial y los lentes brincaban informalmente en su recto caballete. A las cuatro horas de viaje se le soltaron las puntas y ¡alta concesión!... me hizo el obsequio de descender a la gacetilla escandalosa del último semestre.

"¡A sable! ¡lance ruidoso! Mauros Aranios y Albritzy: un sociólogo y un poeta, ventilando en el campo caballeresco derechos de primacía sobre una cortesana... ¿no adivinaba? Sobre Timea. ¡Reconciliación con champagne copioso! Pero la esposa de Maurus no se reconcilió así como así con el infiel... Continuaba en pie de guerra, al decir de los maliciosos, vengándose dignamente con auxilio de un Otocar, bello tenor melenudo... Y merecido se lo tenía el académico, porque ¿acaso sin las influencias de Leanka habría nunca llegado al sillón de los inmortales?..."

—Acabarán de reconciliarse los tres en Noormy...

—¡Oh! ¡Oh!... ¿Irán a Noormy?

—Aranios y Albritzy lo han prometido. Invité a cuatro agradables amigos de... mi infancia, cuatro excelentes cabezas soñadoras, mis cuatro leones de dulce: Aranios, Lungkas, Albritzy y Riny... la novela, el drama, la erudición, la lírica...

—¡Linda camada! — se amargó Lucas. — No acabarán jamás de perorar, ni dejarán a Dios tranquilo un instante, ni al clero, ni la ciencia, ni a la nobleza... ¡qué anarquía! ¿Cuándo irán, Edgar?

—En Agosto. Pero, Lucas, tú les barrerás en el estadio de la metafísica.

—¡No reincidamos, no reincidamos!... Hago dimisión de polemista. Conversemos de libreas y caballos.

—De otros expedientes vas a necesitar, creo, para acercarte a Nelia.

—Veremos —dijo, con suficiencia. — Soy Jefe de Sala en...

—¡Alta y merecida distinción! Sin embargo, te ruego que prepares tu sustancia gris para entrar en Noormy, pues allá hasta los perros han envejecido también un poco... Tu talento de sabio oficial puede atraer preferentemente las flechas de Nelia, peores que el sarampión; no te bastaría un año para sacarte las erupciones. Ayúdate con la metafísica, Lucas, si la física vuelve a hacerte resbalar, porque tu viejo ídolo tiene más bayonetas que el emperador y mejor manejadas... ¿Qué piensas?

—¡Rico chocolate me llevaba Mikós todas las mañanas! Si yo estuviese en tu piel...

—¿Qué harías dentro de mi piel?

—Compraría una isla en el mar Egeo y haría edificar un harén guardado por kurdhos. Es así. Sería el modo de gozar del buen tiempo en todas las estaciones.

—¡Ay, doctor Hermæning, jefe de...

—Querido, suspende el garrotazo. Si los doctores contemporáneos continuásemos llevando monumentales pelucas, yo habría arrojado la mía, hace rato, por la ventanilla. ¡Gloria a Rabelais, colega inmortal! A los serios pensadores se les teme y se les hostiliza; los bufones son en todas partes bien recibidos. Respetuosamente me inclinaré ante la farsa, pues mis enfermas no me ven.

—Te queda muy bien la solemnidad.

—Por eso lo llevaba, porque me pinta mejor que otra indumentaria. Además, he sufrido mis topetazos ¡estricnina!... y casi estaba olvidado de por dónde se ríe. El paternal y próvido Dios pudo apartar una hora en sus largos días para reir, para que riesen todos los nacidos... La risa es inapreciable recurso terapéutico que ningún médico sabe usar por no saber ser bufón.

—¿Reincides en la metafísica, Lucas?

—Estoy más contento que ayer, puedo decirlo. Tu disforme castillón es como un cuento dramático y fantástico que se hace leer muchas veces... y, al ir allá, viajo ya por nubes hiperbóreas, montado en la loba rabiosa o en la frenética yegua blanca, con la lengua lista, repleto de versos y sentencias de la antigüedad.

—Nelia lo tiene previsto... "Con las valijas llenas de disparates"...

—¡Bicocas!... He leído a los clásicos, a los artistas, a los platónicos, a los aristotélicos, a los sofistas, a los escolásticos, a los racionalistas... Sé de memoria las bizarras peripecias de Don

Quijote. Puedo urdir tramoyas como Ulises y disputar con las tonantes sinrazones de un Atrida; y, cuando me agotase, aún me quedarían unos adarmes de buen espíritu para hacer el Convidado de piedra. Si con eso el sarampión me ataca en Noormy, confesaré que el doctor Hermæening tiene menos fósforo en la mollera que un grano de alpiste...

Tuvieron un fin las tiras embrutecedoras del ferrocarril y la dura jornada de la diligencia. Llegamos a Noormy en una fea mañana de invieno.

—¡No nos acogen con charangas ni cohetes! — dijo Lucas luchando en el patio con un viento helado e impetuoso. — Hace fresco en el país... ¿Es Nelia? ¡qué hermosa está! ¡pobre de mí!...

— Es Vilma — le advertí al punto.

Lo dije con una singular entonación, que a Lucas pareció chocarle. A pesar del pésimo tiempo, vi en un relampagueo feliz la apoteosis del castillo, reverberando en el boato y en la gracia vaporosa de los sueños. Vilma bajaba la gran escalera. Había carmín en sus mejillas y en los labios, blancura en sus brazos, y en la frente, luminosidades diáfanas que se desparramaban como las gavillas desatadas en una caída. Antes de que la abrazara, se prendió a mis muñecas.

—¡Cuánto tardaste! — me dijo presentándome el pelo para el beso.

— Tarde saldré desde ahora, hermanita. Ya te contaré... Es mi amigo Lucas.

—¡Ah... sí! gracias por haber venido — le sonrió.

—¡Es cosa soberbia la hospitalidad de los grandes! — contestó ingeniosamente Lucas, tartamudeando con el frío.

Subimos a escape, dejando que los criados se encargaran totalmente de los equipajes y en el comedor soltamos los embozos y nos arrimamos a la chimenea, donde ardían leños de roble.

— Es galante nuestro alienista... — sentí la necesidad de ser festivo. — Lo que no comprendo es que haya podido distinguir que eres hermosa, Vilma, y no haya visto que tienes pelo negro, confundiéndote con Nelia que lo tiene rubio. Creo que la lluvia le soplaría al oído la misma lisonja para nuestra nodriza.

Hermæning me echó una mirada turbia, quebradiza, por encima de los lentes mojados y rectificó con las manos la deplorable estética de su peinado.

— Hay días en que eres insoportable — murmuró.

Vilma hizo apurar la preparación de un almuerzo y a la media hora nos hallábamos sentados a la mesa. Lucas empezaba a reaccionar contra la primera cortedad, retocando sus habilidades de hablador, empinando su buena estatura de bibliófilo. Cerca de la llama, Vilma atendía y escuchaba.

— Morcilla heliogabalesca... Un sátrapa se atiborraría con estos bocadillos...

— No tiene las especies de Ceilán, Lucas.

— Pero tiene el sabor de las rancias hidalguías. En tu casa, Edgar, cada hora de mesa es un ágape de selectos príncipes; se ve subir a la cabeza la fe en las cosas humanas; las ideas se desarrollan hacia arriba... Es ático. En la familia moderna, las tiranías domésticas obligan a pensar hacia abajo: las cabezas son aguadas cabezas de espárragos. Nada corta mejor las digestiones que el ceño autoritario o hinchado de un anfitrión. El optimismo se consulta a cada instante con su compañero el hígado... Aquí, como en los templos de Apolo, hasta las culebras son castellanas y familiares: amistosamente me ha gruñido el perro. Me acuerdo de los higos de Noormy... ¡qué higos! Baco los escogería para sí, entre todos los higos de la Hélade; el higo es un símbolo. Y, después... hay los anómalos encéfalos, los gigantes, los ensimismados, los devorados, el fakir excepcional, el supremo derviche, el gran lama, el brahmín milagroso, lo tenebroso, lo sublime... Bien reconozco la calidad de este jamón... ¿es de venado?

— Has podido decir de faisán... Por suerte tuya no está Nelia y Vilma no te oyó.

— Sí, le oí. El doctor Hermæning va a domesticar a las cigüeñas con sus lindos discursos. Haría un buen jurisconsulto. Creo que le pediré la segunda parte de la historia de un misántropo.

— Millones de historias he leído — dijo, deferente, Lucas, equilibrando sus lentes — y estoy dispuesto a referirlas todas.

— He adquirido para tí, Vilma — le anuncié, — un órgano, en Presburgo; el mejor órgano. Vendrán veinticinco obreros para emplazarlo en la capilla.

— En la capilla?... Deseo que quede el viejo... ¿no te mortifica?

— En manera alguna, condesa de Unghvár — le dije, — puesto que tuyos son el nuevo como el viejo.

— Evidentemente — cerró Lucas con voz campanuda. — Es extraño que jamás se me hubiese ocurrido estudiar el órgano... ¡Sentimientos místicos... quintaesencia de idealidad!... no, no es mi tecla.

—Tampoco es la de Nelia — le felicité.

—¿Por qué me has dicho condesa de Hunghvár?—me preguntó Vilma, con un poderoso fogonazo en los ojos.

—Porque eres condesa de Hunghvár — respondí.

—¡Hem!... la señorita Nelia y yo — dijo Lucas — somos el avispero y el zagalillo... ¡buenos aguijones me esperan! Tendré, en toda ocasión, las piernas dispuestas para correr. ¿Soñé o me has dicho que contamos con un reverendo capellán?... a él me acogeré velozmente. En el peor caso, he de recurrir a mi poder hipnótico...

Vilma había llamado a Janos para saber si estaban listas las habitaciones del doctor Hermæning y se retrajo de escucharnos, permaneciendo al lado de la chimenea recogidamente hasta que dejamos la mesa. Lucas se fué con Janos, declarando que necesitaba dormir un día entero.

Tendí hacia la llama las manos y me senté.

—¿Qué novedades hubo, Vilma? ¡Cuántas horas de fastidio habrás pasado! ¿Tuviste visitas?

—Nada más que tus cartas.

—Infimo pasatiempo... En otro invierno iremos a Viena; la duquesa Ana Sofía me ha hecho prometer que será ella quien te presente en la corte. Tu prisión va a abrirse.

—Mi prisión... ¿cuál es, Edgar?

—Este solitario castillo al que no viene nadie.

—¡Vendrán!... eres millonario.

—Tú—le dije;—todo es tuyo.

—¿Qué dices, Edgar?—me preguntó con gravedad que multiplicaba la expresión monástica de su blancura.—¿Otra vez quieres marcharte?

—No, Vilma. La condesa de Unghvar me ha dejado toda su fortuna; pero ¿qué haría de ella?... Te la cedo. Esta es la escritura de donación. Todos los títulos de propiedad se hallan en mi valija, en la grande...

—¡Qué has hecho!—retrocedió, sin tocar al pliego que le daba.—¿Qué mal te propones hacerme? ¿qué piensas hacer en contra de ti mismo?

—No comprendo, Vilma. ¿Me censuras?... ¡Oh! ¿estás llorando, hermanita? Pero ¿formalmente rechazas lo que te regalo?

—Lo que debe ser para tus hijos ¿por qué me lo das?

—Mis hijos... Por gracia, Vilma, no me hables de tal cosa.

Siéntate. Eres tú la condesa de Unghvar; todo debe ser para los tuyos. El barón de Noormy ha envejecido notablemente y... ¡No; ya basta de eso! Querida, no me contraríes. Toma, toma... te regalaría veinte veces más. Tal vez ignoras que, como Nupling, sabría echarme a dormir después de haber lanzado mi bolsa de un puntapié.

— También yo — dijo, mirándome con ojos secos y brillantes.

— También tú, enhorabuena... pero no discutamos; tienes el deber de aceptar. Fuí muy rico y seguiré siéndolo sin los bienes de nuestra tía...

— ¿Cómo?...

— Vilma, créeme... La vida interior no es cosa fácil sacarla afuera. He sido rico cuanto se pueda ser. ¿Cómo? en mí mismo. Tengo la suerte o la desgracia de sentir con gran intensidad las imágenes que muevo en mi interior; he vivido en el ensueño la máxima riqueza. Desde los diez años disfruté así, a hilo, de los palacios, las comodidades, las mansedumbres que paga el oro y el dominio. No he envidiado ni a los más poderosos de la tierra, porque si ellos tenían el hecho, yo tenía las sensaciones de la opulencia; y el hecho, actualmente, no me las daría.

— ¡No te las daría!...

— No, hermanita. Antes de ir a Viena, mi espíritu me habló con franqueza. He hecho de los millones, andrajos; de los alcázares, argamasa para nichos; de los inventos, torres para las arañas. Me he decidido por los huevos de avestruz.

— ¿Qué son? — empezó Vilma a sonreir.

— Sentimientos... milagros interiores que casi no necesitan de una realidad para ser dolor, placer, intensa vida. Ya lo estás viendo: el dinero llena la hoja más característica de la superfluidad, es el grado inferior de lo superfluo, pues corresponde al hecho y puede no estar en la sensación. El artista no produce sin sentir; el pensador no alumbra sin dolores; pero la riqueza puede hallarse en las gentes como en una imagen de Balzac, como una diadema en los cuernos de una vaca. Así la tendría yo.

— No extremes las comparaciones, Edgar; tú la tendrías como los barones de Noormy han tenido el oro, para darlo. Así que...

— El ciclo de los Noormy se cierra, querida; yo le cerraré. Continuarás tú, en otra rama, un ciclo nuevo, con los cimientos de esa fortuna. A mí no me serviría para nada.

— Pero ¿por qué, por qué?...

—Persigo una pieza de caza, mayor que las cosas de la vanidad y de la ambición. Un bagaje me estorbaría.

—Esa pieza de caza ¿qué es, Edgar?

—Dios.

Sin vacilación di esa respuesta. No quise mirar la impresión que produciría y dije:

—Puesto que marcho en busca de la Suprema Alma, no puedo enredarme en el hecho superfluo. Yo mismo caería en las celadas de la adulación que mantendría, en la mentira de los astutos parásitos, en las falsedades que le sonríen al dinero. Nada verdadero podría ver; y aun lo honrado aparecería manchado debajo de la suspicacia.

—Y yo... —se insinuó Vilma con debilidad.

—Tu camino no es el mío, ni deseo que lo sea. Obedece a nuestra madre. Acepta.

—Sea —dijo con fuerza, bajos los ojos. —Aceptaré tu donación... en la cripta, para que mamá lo sepa. Ve a dormir. Te he conocido siempre el mismo. Tus sueños más me admiran que me asustan. ¡Ve, ve... ¡ve a tu gran caza, criatura de las estrellas!

Muy bien se duerme en la felicidad dada a los otros; yo dormí en el dulce orgullo de esa despedida cadenciosa.

Se acababa el día cuando me desperté y era noche ya cuando salí del cuarto-tocador. Arreciaban el viento y la lluvia. Por los pasillos y corredores circulaban legiones de voces de las puertas flojas, las aristas y los vidrios rotos. Me encaminé a la capilla directamente, pues era la hora en que Vilma renovaba las lamparitas de los nichos. Me defendí del agua con un impermeable, que después de entrar colgué de un atril de misales.

La lámpara de la arcada del ábside iluminaba pobremente los sillares, que tomaban formas y profundidades atemorizantes. En el coro, una lucecita daba matices cadavéricos a un cristo de mármol. La bóveda tenía los registros bajos del viento y salmodiaba en canto llano, para los murciélagos, que estarían escuchando con atención desde las cornisas... Allí, como en las catedrales del catolicismo, había las ornamentaciones del miedo, de la suplicante meditación, de la corvadura del *Miserere:* la gloria era para Dios; la humillación, para los hijos de Dios... ¡Contaba sin sentido! Resonaron mis pasos en las losas tumulares con ecos de catacumba: era voz de mutilaciones. El órgano desafiaba, sólo él, la sombra con sus haces rectilíneos que se burlaban de la

genuflexión... Un reflejo de pavesas salía de un hueco y por él apareció Vilma, desfigurado el busto y escondidos los brazos bajo una manteleta negra.

— No hagas tanto ruido; todos duermen... — me dijo.

— Querida, estás demasiado tiempo con los muertos. Habrá que ensanchar esta escalera.

— Lee: "Barón Seksor". Aquí: "Italia". Son *ellos:* te han esperado; te esperarán. Les he dicho que cada lamparita es uno de nosotros. Cuatro... Son miradas. Querido, arrodíllate para que tu madre te bendiga; mucho te amó. Llámala, llámala, pues ella te llamó hasta después de muerta...

Me arrodillé. Tristeza suave emanaba del sepulcro, enrarecida, como ese humo de alma que sale de los ojos de un niño de diez días.

— Mamá, he vivido noches negrísimas — dije, dolorido. — Vela por Vilma. Yo tengo tu alma, mamá. Lo demás me sobra. Toma la escritura, Vilma.

— Mamá, también tengo tu alma... Tus hijos prenden hoy para tí esta lamparita...

Desdobló el pliego y lo puso a la llama. Añadió:

— Soy Vilma. Edgar, estoy en el mundo para ayudarte a llegar a donde quieras ir. La opulencia me estorbaría más que a tí y te la devuelvo.

Me levanté. Ella sonreía. Su mirada era de un prodigioso brillo aterciopelado. La abracé y sollocé. La cripta quedó más a oscuras. ¡Heroica cabeza de mujer!

— ¡Eres Vilma, Vilma, querida!...

La besé en la mejilla. Era poco. Busqué su boca. ¡Ah! ¿Qué sucedía?... ¿Qué embeleso me magnetizaba? ¡Ventura magnífica! ¡sol de gozo! ¡negro candente! ¡brasa infinita!... ¡Ay! ¡boca de viviente imán! ¡fuego de beatitud!... ¡Más beso! ¡beso, tráeme más alma!... ¡Es imposible! ¡tengo otra alma en mí! ¡la bebo! ¡es mía!... ¡Deleite divino! ¡abismo de ternura! ¡Ay, boca querida! ¡no puedo apartarme! ¡tienes el lazo del milagro! ¡si te dejo mi vida se rompe!... ¡Imán de Dios!...

— ¡Ay!... — suspiró hondamente, vencido el cuerpo.

Abrí los brazos: estaba sudando y temblando. Ví caer a Vilma en el rincón de los nichos.

— Ya está... Tú has visto todo — dijo, queriendo meter la cara en el mármol re la pared...

(Continuará).

EDUCACION

Hygiène Scolaire. — *Travaux du Prof.r Genaro Sisto et conférences faites aux instituteurs des écoles de la ville de Buenos Aires, par les docteurs Troncoso, Murphy, Enríquez, Caminos, De la Vega, Aráuz, Uriburu, Iriarte, Sinistri, Bondenari, Arata, Cassinelli... publiés sous la direction du Dr. Genaro Sisto.* — París, 1914.

"Para la Argentina, la instrucción es un problema del presente y del porvenir, y de seguro más del porvenir que del presente. Por ello pensamos, y lo deseamos ardientemente, que el problema de la instrucción bajo todas sus formas y sus grados debe volverse más que una aspiración tranquila y serena del espíritu, un sentimiento vigoroso y profundo, yo diré casi una pasión nacional".

Estas palabras del doctor Genaro Sisto, que encuentro en la introducción a su obra *Higiene escolar,* bastan para declarar la elevación de miras con que el distinguido hombre de ciencia argentino que dirige actualmente nuestro cuerpo médico escolar, ha encarado su tarea y su deber. Que el interés por la educación se vuelva una pasión nacional: quienquiera esto pida, demuestra haber comprendido cual es nuestro mayor y más urgente problema. "Cuando se ahonda el problema de la educación — agrega — su influencia en el porvenir político, social y financiero de la nación, cuando se advierte el enorme auxilio que él aporta a la organización de un país, se comprende que los espíritus selectos, los hombres superiores, dirijan toda su atención a esta función social, considerándola como la más segura, eficaz y provechosa para el progreso de los seres humanos y sus agrupaciones". Así piensan doquiera los que ven claro; así pensaron los próceres argentinos que más derecho tienen a nuestra gratitud.

Así, desarrollando este concepto cardinal, plantea el doctor Sisto su teoría de la escuela, que él quiere "profundamente sana, higiénica, alegre, educadora y formadora de la nación", y entiende que sólo ha de llegar la pedagogía a tal resultado, fundándose sólidamente sobre la anatomía, la fisiología y la higiene.

Y va más lejos aún, pues considera que es tarea de la escuela moderna, con sus nuevas orientaciones, abordar algunos grandes problemas que ensayan resolver los gobiernos y la sociedad: la tuberculosis, el alcoholismo, el tabaquismo, el paludismo, han de ser combatidos desde la escuela; la vacuna, la puericultura, mil otras nociones sobre defensa social han de ser igualmente tratadas en ella.

El autor no habla como simple teórico, puesto que ha consagrado toda su actividad desde largos años a esta parte, a llevar a la práctica su pensamiento, tan noble como justo. Catedrático de nuestra Universidad, director del cuerpo médico escolar, hombre de ciencia que ha alcanzado sonados triunfos en academias y congresos extranjeros — en 1910 la Academia de Medicina de París le discernió el premio Perron, — él ha sido el primer médico que presentara en forma orgánica el plan de instrucción higiénica del niño al aire libre en su trabajo titulado "Escuelas preventivas para niños débiles", leído en el Congreso Internacional de Medicina de Madrid (1903), y quien ha creado y propagado en Buenos Aires la obra escolar llamada la "Copa de leche".

Sus iniciativas son excelentes: ¿quién puede difundirlas y realizarlas? Sólo el maestro. De ahí su fervor por la formación de éste, tal como lo exigen las nuevas doctrinas higiénico-pedagógicas; de ahí su preocupación porque el Estado cree el tipo del educador completo, asegurándole una vida decorosa, tanto económica como social, y exigiéndole en cambio modestia, abnegación, dignidad, entusiasmo y una seria preparación científica.

"Las autoridades escolares no llegarán jamás a nada — escribe el autor — si no cuentan con buenos profesores, y todo lo que se haga en su favor será de amplio provecho, tal como lo piensan el sabio Posada, el ilustre y muy inteligente senador Joaquín V. González en sus exactas observaciones sobre la educación, y el Dr. Manuel Derqui en sus interesantísimas relaciones acerca de la instrucción secundaria."

Persiguiendo este propósito, el doctor Sisto organizó una serie de conferencias, a cargo de los médicos del cuerpo escolar, a fin de que, ilustrados convenientemente los maestros en materia de higiene, pudiesen ser luego los más eficaces colaboradores de los mismos médicos inspectores. En esta tarea, ellos han tenido la ventaja, como muy justamente observa el protagonista de la obra, doctor H. Méry, de la Facultad de París, de hallarse en

un terreno nuevo y no haber menester de hacer olvidar todo el pasado, todas las malas costumbres adquiridas.

Inauguradas por el doctor Sisto, las conferencias versaron sobre los temas siguientes: "Antropometría escolar", por el doctor Emilio Bondenari; "Preliminares de higiene alimental", por el doctor Pablo C. Arata; "Educación física", por el doctor Cassinelli; "Nutrición general y alimentación", por el mismo; "Bebidas alcohólicas", por el doctor J. Bernardo Troncoso; "Los primeros auxilios", por el doctor Miguel Murphy; "Algunas nociones sobre la higiene en las escuelas", por el doctor Arturo Enríquez; "Estudio higiénico del vestido", por el doctor T. Caminos; "El alojamiento", por el doctor Francisco de la Vega; "Profilaxis escolar", por el doctor J. Aráuz; "Higiene de la piel y del cuero cabelludo", por el doctor Uriburu; "Examen individual del alumno al alcance del maestro de escuela", por el doctor Hugo F. Sinistri, y "La defensa del niño débil", por el doctor Juan Ignacio Iriarte. Todas ellas, precedidas de los trabajos del doctor Sisto sobre "Escuelas *preventivas* de mar, montaña y llanura, para niños débiles", la "*Copa de leche*", la "Resistencia orgánica, morbilidad y mortalidad entre los institutores", la "Fórmula sintética que resume la defensa del niño débil", y la "Lucha antipalúdica" — y vertidas al francés por el doctor Gilbert Lévy, constituyen la obra de que tratamos, un tomo de 414 páginas impreso en París (O. Doin et fils), que, así por la materia que contiene como por su presentación, honra la bibliografía científica argentina.

En la imposibilidad de dar cuenta del contenido de cada uno de los trabajos y conferencias citados, nos limitaremos a analizar sumariamente la relación presentada al Congreso de Higiene escolar de París de 1910, bajo el título de "Fórmula sintética que resume la defensa del niño débil", en la cual se dice todo cuanto el doctor Sisto ha pensado y hecho en pro de su apostolado.

La nueva orientación educativa consiste en estudiar al alumno desde el punto de vista físico e intelectual, y en hacer su educación ateniéndose a los datos sacados de ese examen fundamental. Este nos dice que existen en las escuelas numerosos niños cuyo organismo físico es defectuoso, y que, no pueden, por lo tanto, hacer, sin un perjuicio inmediato o lejano para su salud, iguales progresos que los niños físicamente normales. Estos niños son los *débiles,* de los que se ha ocupado en varios congresos el doctor

Sisto: en el Internacional de Medicina de Madrid, en 1903; en el Latino-americano de 1904; y en el de Montevideo de 1907. Estos niños débiles pueden ser divididos en tres grupos: 1.º los anémicos; 2.º los escrofulosos o adenopáticos; 3.º los débiles, excitables, neurasténicos. En defensa de estos niños se han creado varias instituciones, como ser las colonias escolares de vacaciones (genial y filantrópica invención del doctor Byon), los refectorios escolares (la "Copa de leche" entre nosotros, la "Cocina escolar" en Francia, la "Sopa escolar" en Italia, etc.) y las escuelas al aire libre. Las dos primeras instituciones responden admirablemente a su objeto determinado, y de ahí su difusión en todos los países civiles del orbe; pero la más interesante es la escuela al aire libre, de acción más profunda, que protege al niño débil, principalmente al anémico, y tiene un fin de higiene preventiva. Su eficacia está en que el niño quede en ella todo el tiempo que lo necesite, hasta que su transformación orgánica se haya cumplido, y dependerá del acuerdo que se establezca entre los tipos de la clasificación precitada y las condiciones climatéricas especiales en que se los ponga. Por lo tanto, el ideal de la nueva forma de educación sería realizado por una "escuela preventiva de mar" para los escrofulosos; una de "montaña" para los anémicos, y una de "llanura" para los neurasténicos y débiles. La obra es nueva, el doctor Sisto reclamó y obtuvo para ella en el Congreso de 1910, el nombre argentino de "escuelas preventivas de mar, montaña y llanura", y ya ha entrado en el período de la realización. ¿Objeto último de todo esto? El mejoramiento de la vida individual para el mejoramiento de la especie y el bienestar colectivo.

Hemos hablado con cierta extensión de este libro, porque es de estricta necesidad difundir tanta idea buena que él contiene, y de elemental justicia prestar atención y rendir homenaje a quienes sustentan tales ideas: es triste que pensamientos, iniciativas, obras como ésta, se pierdan en medio de la indiferencia general.

ROBERTO F. GIUSTI.

* En el próximo número hemos de escribir sobre el interesante *Plan de reformas a la enseñanza secundaria,* sometido a la consideración del ministro de instrucción pública por el Inspector General Dr. Ernesto Nelson; y sobre la *Analogía castellana,* digna bajo todo concepto de especial atención, que ha publicado recientemente el doctor René Bastianini, Rector del Colegio Nacional Bartolomé Mitre.

NOTAS Y COMENTARIOS

La gran manifestación latina en la Sorbona.

Los diarios han dado noticia en su hora, de la imponente manifestación que tuvo lugar el 12 de Febrero en el grande anfiteatro de la Sorbona, en honor de la raza y el ideal latinos, manifestación en la cual hablaron, en representación de sus países respectivos, Deschanel, Lavisse y Richepin por Francia; D'Annunzio y Ferrero por Italia; Blasco Ibáñez por España; el barón de Istrati por Rumania; el profesor Andreades por Grecia; Xavier de Carvalho por Portugal; y el general Reyes por la América Latina. Algunos de los discursos de los señores mencionados han sido reproducidos aquí, y hasta trasmitidos en el acto por telégrafo; pero no conocíamos el del general Reyes, ex presidente de la República de Colombia, quien habló en nombre de las veinte naciones latinas del Nuevo Mundo. Los diarios franceses nos lo han traído, y por ser en cierto sentido el que más nos interesa, por haber el general Reyes deseado interpretar el sentimiento de América, a continuación transcribimos de él, a título de información, algunos de sus pasajes principales:

Señoras y señores: En el programa de esta gran manifestación de la raza latina no está ni puede estar anunciado mi nombre, porque ayer a esta misma hora me encontraba en la frontera española, a novecientos kilómetros de París, cuando recibí un telegrama de mi amigo el señor Lacour Gayet, miembro del Instituto, notable y brioso defensor de los ideales latinos, pidiéndome en su nombre y en el de los señores Deschanel, Lavisse, Richepin, D'Annunzio, Ferrero, Andreades y Blasco Ibáñez que llevara yo la voz de la América Latina. Tan alto honor es superior a mis capacidades y a mi sencilla persona; pero se trata de las aspiraciones y sentimientos de nuestra raza en momentos en que se libra el terrible y decisivo combate en su defensa. Consideré este llamamiento como una orden militar suprema para acudir bajo la bandera: soy soldado, he obedecido y aquí me tenéis.

Debo hablar en un idioma que no es el mío; pero me da confianza la idea de que los latinos nos comprendemos más con el corazón y con los ojos que con la lengua, como me lo prueba la expresión de las damas que me escuchan con tanta benevolencia, haciéndome recordar a las mujeres de España y de América cuyas almas generosas a la par de las francesas, están animadas también por el más sublime de los amores: el amor de la Patria.

Se conoce poco y se ignora la América Latina. Ella es inmensa y rica; está regada por ríos que parecen mares; sus gigantescas y fértiles montañas de variados climas y productos, levantan sus níveas cimas hasta el cielo y sus valles abrigan ciudades tan populosas y cultas como las de Europa. Ella tiene veinte naciones con ochenta millones de habitantes que no han degenerado de sus progenitores, de aquellos segundos iberos, hombres de fierro, que después de ayudar a salvar en Lepanto la civilización cristiana, dejaron a sus hermanos mayores títulos y riquezas y se lanzaron en débiles barcos por mares pavorosos y desconocidos, a descubrir, conquistar y colonizar un mundo. Entre sus hijos hay hombres notables en todos los ramos del saber y de la actividad humanos, con todo el vigor de las razas nuevas y toda la fuerza de aquella naturaleza. El alma latina que vibra en ella por todo lo que es justo y bello, acompaña a la Francia en su obra de civilización y de justicia. La América sufre con la Francia sus actuales dolores; llora con ella a los millares de sus heroicos hijos caídos en el campo del honor, y su sueño es estar en la línea del combate, al lado de sus ejércitos, como lo están varios latinoamericanos, que allí se baten. Las mujeres de la colonia latinoamericana en Francia acompañan a las nobles mujeres de Francia, en tan maravillosa abnegación, a cuidar y consolar, en las ambulancias de la Cruz Roja, a vuestros heroicos heridos.

. . . . . .

La victoria del latinismo en la actual lucha, será la primera de las muchas que obtendrá después de un siglo de derrotas, desde Waterloo hasta Sedán, y desde California hasta Panamá.

Bélgica la mártir, la Bélgica de Alberto el heroico, la gloriosa discípula de Francia, con su sacrificio actual por el honor y la dignidad, sustenta los ideales latinos como los comprende esta raza, como los comprendían la Roma de Cincinato, la España de Guzmán el Bueno, la Francia de Francisco I, y como los interpreta la América.

En la América sajona, los ideales latinos, que son justicia, verdad y respeto al derecho, han penetrado tan profundamente en el alma popular, que ya los Estados Unidos, por medio de su Presidente Mr. Wilson, han dado satisfacción a Colombia, mi patria, por la cuestión de Panamá, mediante el tratado ya firmado y que el Congreso de Wáshington, estoy seguro, aprobará, con aplauso de todo el continente americano, el cual lo espera como reparación y garantía del derecho.

La prensa de las Américas, se ha pronunciado siempre, y hoy más que nunca, en favor de los ideales latinos.

Señores: Debemos esperar con entera confianza, que después de este terrible cataclismo universal, el más grande que la humanidad haya sufrido, lo que surgirá de él será el triunfo estable y definitivo de la Justicia, del Derecho y de la Verdad, y que la fuerza bruta quede por siempre subyugada a ellos; la regeneración y el resurgimiento del mundo por los ideales latinos; y que el Dios Yo, el Dios Odio, el Dios Soberbia, inventados y adorados por la humanidad, serán reemplazados por el único Dios verdadero, el Dios de Amor, de Caridad y de Justicia; el Dios de los Cristianos.

. . . . . .

El poeta Vicente Medina.

Después de siete años de silencio, al extremo de que dudábamos si aun permanecía en la Argentina, aparece de improviso el amado poeta con un nuevo libro de versos, titulado *Canciones de la guerra.*

En el Ateneo Hispano Americano, efectuó la noche del 26 del corriente una lectura de las mejores composiciones de su libro. Decir que conmovió hasta las lágrimas al auditorio es el mayor elogio que podemos hacer de sus poesías. Fué aquel verdaderamente un largo momento de intensa emoción. Como primicia, ofrecemos a nuestros lectores la transcripción de una de las más sentidas composiciones del volumen:

ES LA GUERRA

Fué la víctima sangrando;
fué la mujer, con su afrenta;
el incendio sin excusa
y el pillaje con la prenda;
fué el crimen y la barbarie

y la crueldal con las pruebas,
y nos dijo el general:
—¿Qué se ha de hacer? ¡Es la guerra!

Han violado a las mujeres
bárbaramente, en presencia
de maridos amarrados,
torturados en la infamia de su escarnio y su vergüenza
y delante de los padres y los niños,
mancillando la vejez y la inocencia.
¿Pero a quién echar la culpa
si eran buenos y eran cultos
y es la ocasión? ¡Es la guerra!

Han bebido hasta embriagarse
y ponerse como bestias;
han volcado, desfondados los toneles
y vaciado y roto miles de botellas;
han regado, han inundado
de champaña las bodegas...
Ellos son y no lo han sido
porque firmes no tenían las cabezas.
Eran sabios,
cultos eran...
¡Estas cosas, son las cosas
de la guerra!

Han robado, han saqueado, han violado
cerraduras, como puede hacer cualquiera,
y han cargado con dinero y con alhajas
y con cuadros y con ropa, y hasta cuentan
que han matado, puramente
por robarles a las víctimas
el reló y portamonedas.
Son honrados y son cultos...
Es tentación del momento:
¡Es la guerra!

Han incendiado a su paso
las ciudades indefensas,
los pueblos encantadores
y las míseras aldeas...
fueron dejando un reguero
de ceniza y de pavesas...
Ellos no tienen la culpa,
que son sensatos y cultos:
¡Es la guerra!

Han hecho infamias sin nombre,
han cometido vilezas,
se han ensañado en las víctimas
como chacales y hienas,
han manchado, han deshonrado.
la Humanidad y la Tierra...

pero es todo esto una cosa
puramente pasajera...
Ellos son civilizados...
¡Es la guerra!

Han acariciado sueños
de grandeza;
han tenido el ideal de un solo tipo
super-hombre de la Tierra,
conquistando, dominando, cultivando,
eliminando la enclenque raza enferma
y borrando hasta los rastros
y las huellas
de los pueblos decadentes, en la historia y en el arte
y en la ciencia...
Pero ellos estaban locos...
¡Es la guerra!

"La Obra".

Los señores Carlos Malagarriga y Juan Mas y Pi, dos representantes dignísimos del pensamiento español en la Argentina, han comenzado la publicación de una revista mensual hispanoamericana, que se titula *La Obra*. El primer número acaba de aparecer con fecha 25 de Abril. El mismo título, el carácter de la revista y la actuación y tendencias harto conocidas de sus directores, dejan presumir su programa: hacer obra de idealismo y vinculación; "iniciar un movimiento de ideas entre este país y los demás, que no es bien permanezcan ajenos a ideales que deberían ser comunes a todos".

La nueva revista trata en el primer número casi exclusivamente de la gran guerra y de sus diversos aspectos, con manifiesto espíritu antigermánico. Ya lo declaran los títulos de los artículos: *Imperialismo, Elogiemos a Italia, Nuevo concepto de la Anarquía, Conveniencia de la mediocridad en los generales, De la crueldad en la guerra, Los cañones de 75,* etc. Breves anotaciones al pie de las páginas, sobre los muchos temas que la guerra suscita, hacen la lectura del nuevo periódico tan variada como sabrosa.

El boletín bibliográfico de *La Obra* es nutrido, y en él se dedica a nuestra encuesta un análisis extenso y muy bien hecho.

Recomendamos a nuestros lectores la nueva publicación, por cuya vida y prosperidad hacemos votos amistosos.

Comidas de literatos.

A iniciativa de un grupo de colaboradores de NOSOTROS, se han reanudado las comidas mensuales que en los años de 1908 y 1909 se celebraban con la denominación de "El Almorzáculo". La primera de estas fiestas íntimas de compañerismo se realizó el día 16 del corriente. Expresamente, el número de los invitados fué limitado, a fin de no dar a estas reuniones mayores alcances de los que desean tener. Notábase en ella, con pesar de todos, algunos vacíos que no se llenarán más: faltaban allí las figuras familiares y queridas de don Salvador Boucau, Florencio Sánchez, Evaristo Carriego... ; pero, en cambio, había muchas caras nuevas, de jóvenes de la última generación, que se han destacado en estos seis o siete años de aparente alejamiento. Uno de los directores de NOSOTROS, el señor Alfredo A. Bianchi, propuso, al final de la interesante reunión, que estas comidas fueran dedicadas a aquel de los comensales que hubiera hecho, durante el mes, una obra de mérito, dedicándose la primera al doctor José Ingenieros, por la publicación de la *Revista de Filosofía*. La moción fué aprobada unánimemente.

Asistieron los señores: José Ingenieros, Hugo de Achával, Rafael Alberto Arrieta, Horacio Villa, Carlos Muzzio Sáenz Peña, Armando Chimenti, José Gabriel, Alfredo Costa Rubert, Ernesto Morales, Jorge Piacentini, Luis Matharán, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Luis Bayón Herrera, Pascual Carcavallo, Carlos Schaefer Gallo, Angel Falco, Alejandro Gancedo (hijo), Alvaro Melián Lafinur, Evar Méndez, Enrique Banchs, Vicente D. Sierra, Pedro M. Delheye, Adolfo Korn Villafañe, Coriolano Alberini y Alfredo A. Bianchi.

Advertencia.

La necesidad de dar a la encuesta sobre la guerra y sus consecuencias la mayor amplitud posible, ha demorado la publicación de numerosas colaboraciones en prosa y en verso que hemos recibido en los últimos meses. Rogamos a nuestros colaboradores que nos perdonen esta demora, y les prometemos hacer en los números próximos a sus interesantes trabajos el lugar que justamente merecen.

NOSOTROS.